



ALIBUS



GAMEDONIA

ESCUELA de GAMERS



Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
NOTA DEL AUTOR
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Empieza el curso en Gamedonia, una escuela que tiene poco que ver con el Directorio XY, donde nuestros amigos, Rubén, Oli, Verkan y Flynn, terminaron su última aventura. Las cosas aquí son, en general, más relajadas, y la rivalidad entre ambas instituciones es un hecho. No obstante, pronto sabremos que la cooperación entre ellas va a ser necesaria. Un proyecto de alcance internacional va a requerir de la habilidad de unos y otros. Todos tendrán que trabajar en equipo cuando las circunstancias lo exijan.

 RUBIUS

GAMEDONTIA
ESCUELA de GAMERS

mr ediciones martínez roca

Cada vez que tomamos una decisión, el universo se divide. En otro universo paralelo seguramente hay otro Yo que ha tomado decisiones distintas a las mías. Un universo donde me atreví a decir lo que no me atreví a decir en este. En el que hice lo que no hice aquí.

Sin embargo, he descubierto que hay una manera de que podamos comunicarnos y cambiar las cosas.

Lo que tienes en tus manos no es un libro. Es una puerta. Te hablo desde un universo muy similar al tuyo, donde yo tomé otras decisiones.

*Abre la puerta y presta atención a todos los
detalles. Abre la puerta para ayudarnos.
Nuestro futuro depende de ello.*

Rubius



PRÓLOGO

Un asteroide o un supervolcán podrían destruirnos, y nos enfrentamos a riesgos que los dinosaurios jamás vieron: un virus manufacturado, la creación involuntaria de un miniagujero negro, cambios climáticos catastróficos o alguna tecnología de la que nada sabemos aún podrían ser el fin de lo que conocemos. La humanidad evolucionó durante millones de años, pero en los últimos sesenta años nuestro armamento nuclear trajo consigo la posibilidad de extinguirnos a nosotros mismos. Tarde o temprano debemos expandir nuestras vidas más allá de esta bola verde y azul o desapareceremos.

Elon Musk

¿OS ACORDÁIS DE AQUEL
VIDEOJUEGO DE NAVES
DEL QUE PULVERICÉ TODOS
SUS RÉCORDS, LIDYAT WARS?

PUES AQUÍ ESTOY,
PILOTANDO DE VERDAD,
GANANDO PUNTOS PARA
SALVAR EL MUNDO.



YA PUEDES
HACERLO MEJOR
O LA MISIÓN
FRACASARÁ.

AH, SÍ.

ESTE ES ROBIN, MI
ANTIGUO COMPAÑERO
DE DORMITORIO EN
EL DIRECTORIO XY.
ERA UN TÍO MAZO.

Y ESTE ES EL
PROFESOR LENDERMAIN,
ERA DE LOS NUESTROS,
AHORA NO ESTOY
SEGURO.

¿CÓMO?
OS PREGUNTARÉIS.
ES UNA LARGA
HISTORIA.

COMENCEMOS
POR EL PRINCIPIO.

CAPÍTULO 1

Septiembre, 2005. Australia.

—¿Sabes lo que te digo, Pecas...? —empecé a hablar dirigiéndome a mi portátil. De alguna forma quería desahogarme un poco, y grabar aquellos vídeos para el Pecas y cualquier otro amigo que quisiese verlos era como escribir un diario personal.

Ni siquiera era importante que mi amigo el Pecas visionara algún día aquellos contenidos. O no del todo. Y entonces le dije una de las cosas que había aprendido en el Directorio XY sobre el Sol...

—... en sus clases me enseñaron que el Sol es mucho más que una gran bombilla en el cielo; el Sol es una bola gigantesca de gas ardiendo, a lo bestia. En serio, es mucho más grande de lo que puedas imaginar. Tan grande que en su interior cabría un millón de planetas como la Tierra. No me digas que eso no se merece un WTF épico.

»Pero creo que me estoy yendo por las ramas. Como recordarás de mi anterior aventura, después de escapar del Directorio XY nos reclutaron para entrar en la verdadera escuela para gamers: Gamedonia. Y aquí estoy, en segundo curso... En tercero o cuarto dicen que se te rifan algunas empresas de tecnología, así que imagínate. Y es que Gamedonia es una escuela alucinante que parece de ciencia ficción, pero lo más raro de todo es

que está en mitad de uno de los desiertos más secos del mundo, en el centro de Australia. Fue aquí donde me di verdaderamente cuenta de lo caluroso que es el Sol.

Y allí estaba yo, en mi dormitorio de Gamedonia, contándole al Pecas cosas sobre nuestra estrella. Pero dejemos el Sol por ahora, que no quiero incurrir en ningún *spoiler* de lo que estaba a punto de pasarme. Bueno, de lo que estaba a punto de pasarle a toda la humanidad, más bien.

Yo acababa de empezar las clases en Gamedonia y andaba más que ilusionado. Por cierto, la palabra *spoiler* me la enseñó uno de sus profesores, Don Williams. Luego os hablaré de él.

Lo importante es que estaba en la auténtica, la inimitable escuela gamer, y que había llegado hasta allí en compañía de los mejores amigos que había hecho en el Directorio XY. Bueno, de casi todos los mejores amigos. Todavía me acordaba de Ogro. Y esperaba que Robin mantuviera nuestro pacto de no revelar su guarida secreta en el doble fondo del armario de mi dormitorio.

Estéticamente, Gamedonia era todo lo contrario al Directorio. ¡Qué graficazos puede tener la vida real, oye! Edificios acristalados, espacios abiertos ajardinados y, rodeándonos, una agradable temperatura. Más tarde descubriría que dentro de los límites de Gamedonia se mantenían unas condiciones más favorables que las del árido desierto que nos rodeaba. Los llamados procesadores meteorológicos de cuatro puntos eran la tecnología que permitía que nos sintiéramos en una especie de oasis. Gracias a esos trastos, por ejemplo, fuera podía hacer un calor capaz de derretir una barra de mantequilla en pocos minutos, mientras que dentro se disfrutaba de una templada tarde de primavera.

Mis padres habían accedido al cambio de escuela sin poner demasiadas objeciones. Creo que los asesores de Gamedonia habían tenido algo que ver en ello. En todo caso, ¡gracias, mamá!

Al parecer, Gamedonia también había logrado convencer con la misma facilidad a los padres de Flynn Puentes, Oli Janssen y Willard Verkan, mis amigos en el Directorio XY.

El que lo había tenido más difícil de todos era Verkan. ¿Os acordáis de Verkan? El chaval ruso de familia rica al que le encantaba pensar que era el mejor en todo. En el fondo, como ya os habréis dado cuenta, tiene su corazoncito. De hecho, a veces, para irritarle un poco, le digo que tiene el puño de hierro, pero el corazón sensible. Cada vez que lo hago me mira con el ceño fruncido, haciéndose el duro, pero sabe que tengo razón. La cuestión es que su padre sí que tiene el puño de hierro, aunque el corazón de hielo. Es un gran inversor del Directorio XY, e incluso sus ingenieros estaban detrás del diseño de las sofisticadas impresoras 3D que me habían convertido en leyenda. Seguro que alguno de vosotros llegó a tener en casa algún producto marca «Rubius» sin ni siquiera saberlo.

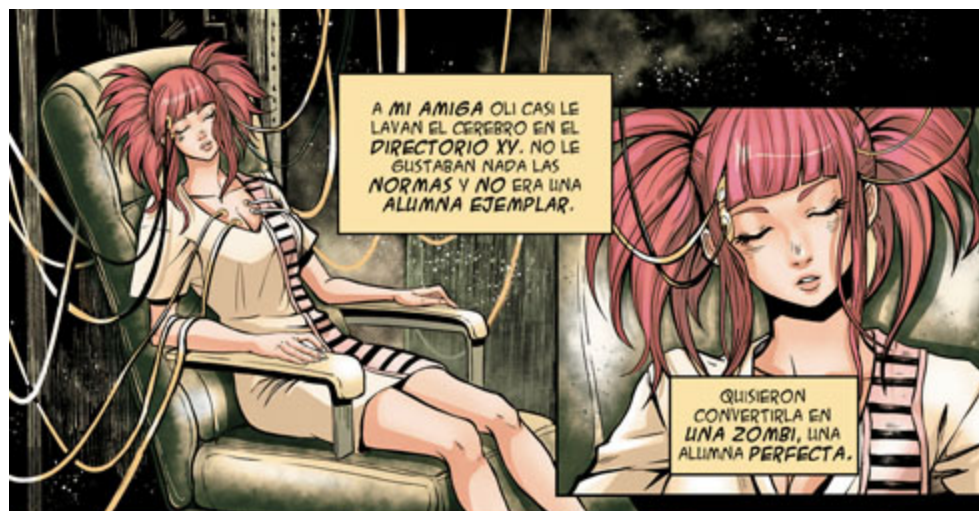
En el Directorio XY todavía se acordarán de mi ukelele amarillo. Era estrambóticamente sublime y a la vez más inútil que una rueda cuadrada, como si hubiese llegado de una dimensión paralela donde nada sigue las leyes de este planeta. Era imposible afinarlo, y si lo tocabas hacía un ruido tan espantoso que nadie podría aguantarlo más de diez segundos. Ahora que lo pienso, a lo mejor podría usarse como arma. ¿Que por qué me ha dado por pensar en eso? No nos adelantemos.

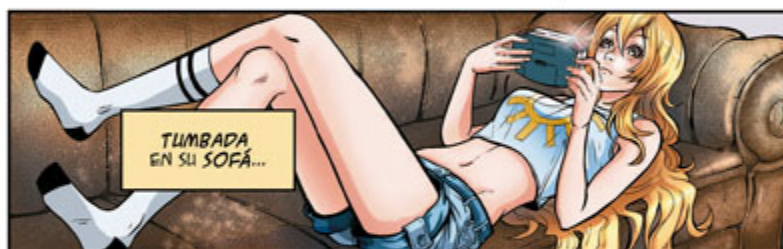
Yo nunca he visto al padre de Verkan, pero me imagino un tipo alto y de espaldas anchas, casi un vikingo vestido con traje de Armani. Lo que no soy capaz de imaginarme es cómo mi amigo consiguió convencerle de que prefería ingresar en Gamedonia. Y, sobre todo, cómo había logrado evitar un castigo por escaparse del Directorio XY. Verkan siempre me dice que la historia no vale mucho la pena, sin entrar en más detalles. Pero eso a mí no me vale.

—Venga, confiesa, ¿cuál fue el chantaje? ¿Le has prometido encerrar a mano su flota de limusinas?, ¿pulir con un cepillo de dientes los candelabros de plata? —Reconozco que sobre todo lo hacía para pincharle.

—La cuestión es que, después de discutirlo —me explicó—, se encerró toda la tarde en su despacho. Al final, salió todo serio para decirme que, si era lo que deseaba, tenía su permiso.

Verkan creía que quizá su padre tramaba algo y que tal vez por eso le había sido tan fácil convencerle. ¿El padre de Verkan pretendía recibir información sobre Gamedonia? Quién sabe. Lo importante es que Verkan no estaría obligado a regresar a aquella escuela antigamers nunca más.







A pesar de todo, nuestra entrada triunfal en Gamedonia había sido un poco más accidentada de lo que pudiera parecer. Básicamente, esto fue lo que pasó: detrás de nuestras espaldas oímos un temblor seguido muy de cerca de un gruñido metálico. Nos giramos en redondo y, justo a diez metros de distancia, localizamos un enorme robot que tenía la forma de Godzilla. Por suerte, no tenía el tamaño de Godzilla, aunque sus dimensiones eran capaces de causar pánico al más valiente.

—¿Qué es eso? —exclamó Verkan sin moverse del sitio, paralizado por el miedo.

—¡Un transformer! —gritó Oli.

—¿No veis que es un Godzilla? —me atreví a corregirles, a pesar de que el terror tampoco me dejaba moverme del sitio.

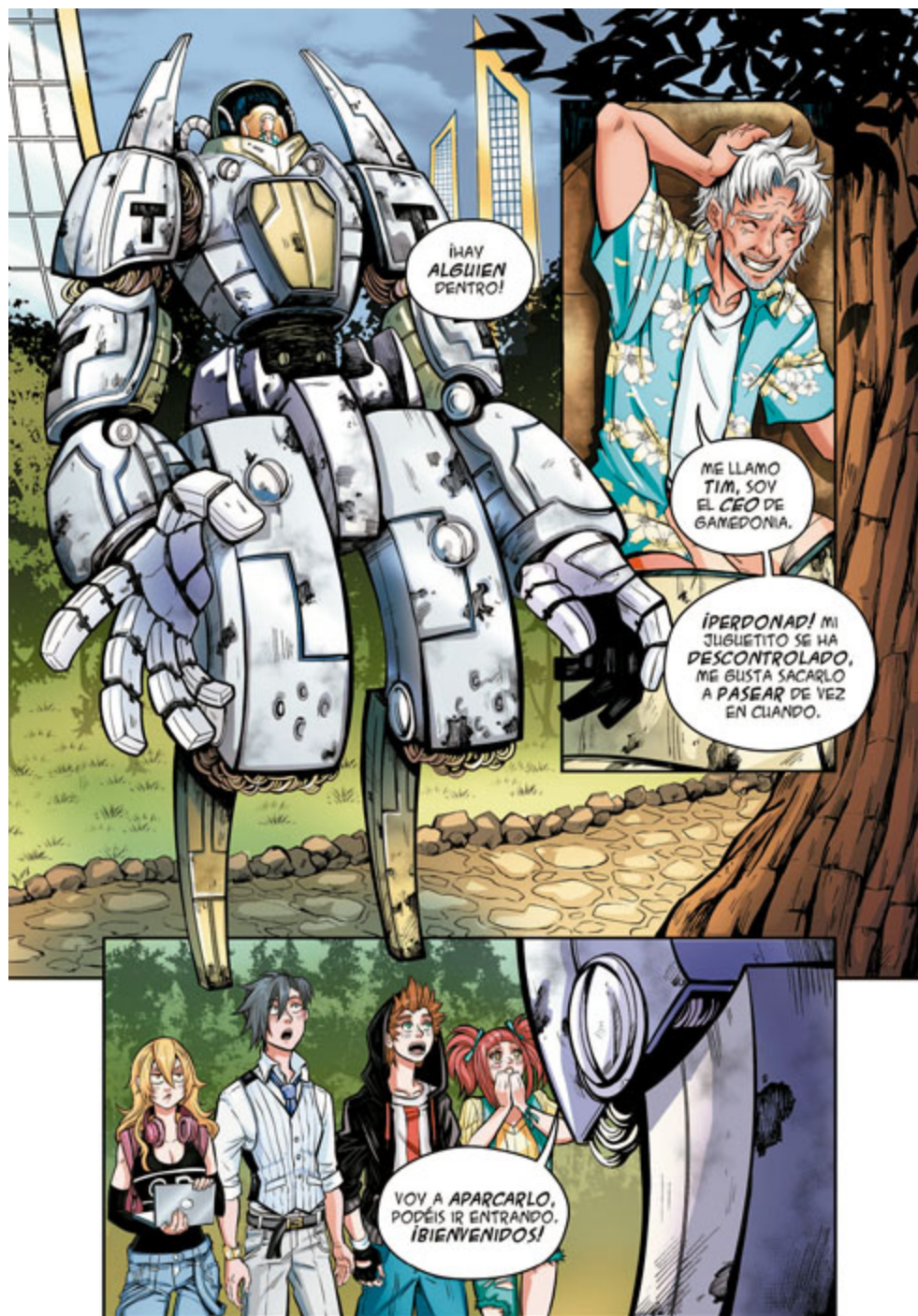
El robot, que me recordaba al típico mecha del manga japonés, emitió un rugido que sonaba como la frenada de un tren a punto de descarrilar y se lanzó a la carrera hacia nosotros. ¿De verdad íbamos a ser devorados por un robot gigante en nuestro primer día de clase?

Menos mal que Flynn estaba allí. En apenas un par de segundos había sacado su portátil de la mochila. Desplegó sus códigos de *hackeo* y, tras un fugaz tamborileo de dedos sobre el teclado, el robot se quedó de repente paralizado. Todos sus motores se apagaron lentamente, escupiendo un siseo como el de una caldera que se enfría. Teníamos a Godzilla solo a un metro de nosotros, pero al fin pudimos soltar todo el aire que habíamos estado reteniendo en los pulmones.

—¡Uf! —suspiró Flynn—, por los pelos.

—Creo que nunca agradeceré lo suficiente que una experta *hacker* sea nuestra amiga —murmuré sin dejar de examinar la enorme boca llena de dientes de aquella criatura de metal.

Entonces el robot emitió otro concierto de crujidos y chirridos, y la cabeza se desplazó hacia delante, dejando a la vista una entrada en la parte superior.



Aún teníamos el corazón a mil por hora. La única que parecía entusiasmada con aquel mecha era Oli, que no dejó de repetirnos que algún día iba a pilotarlo ella misma, que la sensación de estar dentro de un robot gigante debía de ser indescriptible.

Sin embargo, nos olvidamos de aquel juguete mecánico de Tim en cuanto contemplamos el interior de Gamedonia. El vestíbulo principal era digno de sacar una cámara y pasarse el día haciendo fotos. Desde luego, un diseñador de interiores se habría quedado pasmado allí dentro.

Básicamente, era un enorme patio acristalado con varios niveles, pulcro, diseñado al estilo de una nave espacial. Una sensación que se agudizaba gracias al enorme panel que colgaba de una de las paredes. Era como un póster electrónico gigante, tan fino como una hoja de papel, en el que se emitía en bucle una especie de publrreportaje sobre Gamedonia. Una voz en off decía: «Bienvenido a Gamedonia, estudiante. Disfruta y pásatelo bien, porque esos son los primeros pasos para aprender». A partir de planos aéreos, picados y contrapicados, en aquel publrreportaje que recordaba a una película de Hollywood se mostraban todas las dependencias de la escuela, así como imágenes de archivo de los inicios de la institución, cuando se habían construido los primeros edificios de aquel extraordinario complejo.

En el vídeo, los estudiantes andaban de un lado para otro sonrientes, llevando ropas informales y cómodas: nada que ver con los uniformes clasicorros del Directorio XY. Hasta los profesores, que, mirando a cámara, parecían responder a alguna pregunta, vestían casi como adolescentes. «Lo que intentamos en Gamedonia es eliminar la barrera entre la realidad y la imaginación», decía uno

de ellos dirigiéndose con ojos entrecerrados hacia el espectador y usando el canto de una mano para trazar una línea imaginaria frente a él, como si dividiera efectivamente dos planos de la realidad.

Gamedonia era una escuela futurista en todos los sentidos. Por todas partes había objetos que podrían haber aparecido en un videojuego. En alguna pared, por ejemplo, destacaba un aparato cromado y brillante del tamaño y la forma de un huevo de gallina que se iluminaba cuando te acercabas a él. No tenía ni idea de para qué podría servir algo así y, al contrario que en el Directorio XY, nadie vino a recibarnos para aclarar nuestras dudas. Allá donde mirases también había terminales de ordenador, espacios para conectarse con gafas electrónicas a mundos virtuales y hasta máquinas arcade antiguas. En ninguna escuela del mundo podría haber encontrado algo así.

—*Oh my God...!* —murmuré cuando descubrí tras un panel acristalado que hasta tenían una piscina de olas en unos jardines del campus para quienes quisieran practicar surf.

Sin embargo, reconozco que algunas cosas eran un poco viejas, tenían arreglos chapuceros, estaban cubiertas de parches o —como tendríamos ocasión de comprobar— funcionaban mal. Era como si Gamedonia hubiera sido un lugar alucinante diez o veinte años atrás, y en ese momento estuviera ya un poco deteriorada. O quizá todo se reducía al contraste de haber estudiado antes en una escuela tan ordenada y pulcra como el Directorio XY. Quién sabe.

Por otro lado, apenas había alumnos paseando por las instalaciones, lo que le otorgaba a Gamedonia un aire como abandonado. Más tarde descubriríamos que casi todos ellos solían estar conectados a mundos virtuales o jugando a videojuegos, y fuera de estas dos actividades eran tan vagos como los koalas, el

animal más popular de Australia. Yo, por el contrario, era un poco más canguro, el otro animal famoso del país. La sensación de desolación se acentuaba por otro motivo: en algunas pantallas que salpicaban diversos rincones de aquella recepción parpadeaba una luz roja con el siguiente mensaje: «Estado de Alerta 3. Todos los sistemas en suspensión». ¿Qué estaría pasando?



Lo primero que había llamado mi atención en Gamedonia era que no había una puerta cerrada con diez candados, ni un portero que se pareciera a Arnold Schwarzenegger custodiando la entrada. Tampoco había ningún tipo de medidor biométrico, como el control de huellas dactilares o el escaneo de iris.

Gamedonia era casi como un parque temático, como Disneyworld, pero sin taquillas ni torniquetes. Solo había una sonriente secretaria detrás de una mesa que entregaba el material y las tarjetas de acceso a los dormitorios.

En ese sentido, Gamedonia era todo lo contrario al Directorio XY, donde reinaban el secretismo y la rigidez. En lo que sí se parecían, y eso me dejó más tranquilo, fue en que nos facilitaron un traductor universal que se alojaba en nuestro oído y nos permitía hablar con alumnos y profesores de otras nacionalidades. (Como ves, mamá, seguía aprendiendo idiomas a tope). No obstante, los traductores de Gamedonia no eran tan pequeños y ergonómicos como los del Directorio, más bien eran una versión anterior, una beta en pruebas. Quién lo hubiera dicho de una escuela que parecía vivir en el futuro comparada con otra que parecía vivir en el pasado.

En cualquier caso, era como estar en una tienda de electrónica cuyo *stock* estuviera formado por los *gadgets* que iban a inventarse en las décadas siguientes. Si el Directorio XY desprendía un aire clásico, como en las películas de Sherlock Holmes, aquí parecía que estuvieses en *Star Wars*. En cualquier momento podría haber aparecido Darth Vader detrás de una puerta y creo que no me hubiera sorprendido demasiado.

Entonces, a través de mi traductor universal, empecé a oír un crepitar de estática y una respiración pesada y jadeante, precisamente como la de Darth Vader. Una voz distorsionada

parecía estar hablándome a través de aquel chisme. Creo que palidecí y tragué saliva con dificultad.

CAPÍTULO 2

Al toquetear el traductor, me di cuenta de que ese mensaje extraño no era la comunicación de una criatura extraterrestre o de un ser ultradimensional que hubiera sintonizado con la frecuencia del dispositivo. Solo era Verkan diciéndome que dejara de perder el tiempo y que moviera el culo hacia las habitaciones. Aquel traductor no funcionaba del todo bien y a veces sufría interferencias. Algo que nunca me había pasado con los aparatos del Directorio XY.

—¿Estás sordo? —insistió Verkan.

—¿A ti te va bien este trasto? —le repliqué.

—Perfectamente.

Les pregunté a Oli y a Flynn, y al responderme la traducción resultó perfecta. Quizá solo había sido un fallo puntual.

—Los traductores son una innovación del equipo de desarrollo de Gamedonia —nos informó la secretaria sonriente—, funcionan a las mil maravillas.

—A ver, dime algo en tu idioma —insistí dirigiéndome a Verkan —, cualquier cosa que se te ocurra.

—Aquí no vas a tener tanta suerte como en el Directorio XY —me dijo fijando su vista en mí—; voy a ser mejor que tú en todas las clases. Demostraré que la leyenda que rodea el nombre de Rubius tan solo es un cuento.

Le había escuchado perfectamente, pero preferí trolearlo:

—¿Mande? ¿Qué has dicho? ¿Algo sobre un complejo de inferioridad o algo así?

Verkan crispó el rostro. Aquello había sido un golpe bajo, sobre todo a juzgar por los codazos que me estaba dando Flynn: empezaba a pisar terreno peligroso.

—¿Cómo dices? —me preguntó con la voz más aguda de lo normal, como si no pudiera controlar el tono.

—Nada, que ya te escucho perfectamente —me apresuré a responder—, solo era una broma...

Me lanzó una mirada muy penetrante, como si sus ojos dispararan rayos láser.

—Mucho cuidado con las bromas —me advirtió.

—Vale, vale. Captado. No te me pongas nervioso el primer día.

—Nervioso te pondrás tú cuando empiecen las clases.

Me llevé las manos a un costado del vientre, como si Verkan me hubiera clavado un puñal.

—Me lo tengo merecido por bocazas.

Verkan me miró de arriba abajo. Supongo que me tenía por una especie de payaso sin gracia. Será que el sentido del humor ruso es muy raro. Corrijo: Verkan es el raro.

—Deja de hacer el idiota.

—Ok. Vámonos a las habitaciones. ¿Sabes por dónde es?

Verkan se limitó a señalarme con el dedo índice uno de los pasillos que nacían del vestíbulo, en cuyo lateral parpadeaba una flecha de color verde creada por ledes. Debajo podía leerse: «Dormitorios».

—Muy listo —le gruñí.

—Más que tú, seguro —gruñó él, a su vez.

Estuve a punto de enzarzarme con Verkan en otra de nuestras batallas verbales, como si fuéramos raperos, pero un letrero luminoso llamó mi atención.

Se trataba de una imagen insertada en la pared que había junto al pasillo de los dormitorios. Estaba festoneada de luces parpadeantes, como las típicas de Navidad. Me dirigí hacia allí para examinarla más de cerca.

Era una fotografía que de vez en cuando se animaba por unos segundos y mostraba una acción, para, acto seguido, retroceder hasta el punto inicial, quedándose quieta de nuevo como una imagen estática. Como un vídeo reproducido en bucle, pero desprovisto de cualquier sonido.



—Este tío es el director de Gamedonia —dije yo—, el que casi nos come con el Godzilla robot. Aunque aquí sale más joven.

—¿Estás seguro? —preguntó Verkan, a mi lado.

Describí una exagerada parábola con el dedo índice hasta señalar una pequeña inscripción luminosa bajo la fotografía animada. En ella se leía Timothy Peary, CEO.

—Uhm... —murmuró Verkan poniendo los ojos en blanco—, vale, me la has devuelto.

Verkan podía ser un tipo insoportable, pero también sabía reconocerlo cuando le ganaba una partida.

La fotografía volvió a animarse, y me fijé más en los detalles. En ella había un hombre de unos cuarenta o cincuenta años, aunque su bronceado y su camisa hawaiana le rejuvenecían. El CEO estaba subido a una tabla de surf que, a su vez, cabalgaba sobre las olas de la piscina de olas artificiales del campus. Sonreía enseñando todos sus dientes blancos como perlas, y su cabellera grisácea ondeaba al viento. Pero lo más extraño de todo era que sobre sus hombros, agarrado a su cuello, tenía un gato enorme. No era un gato gordo. Era un gato normal, pero tres o cuatro veces más grande de lo habitual. Parecía que también estaba disfrutando de aquella experiencia, a pesar de que todo el mundo sabe que los gatos y el agua no se llevan demasiado bien.

Verkan recorrió con la mirada todos los detalles de la imagen animada, hasta detenerse en aquel gatazo.

—Odio a los gatos —murmuró, y parecía inquieto.

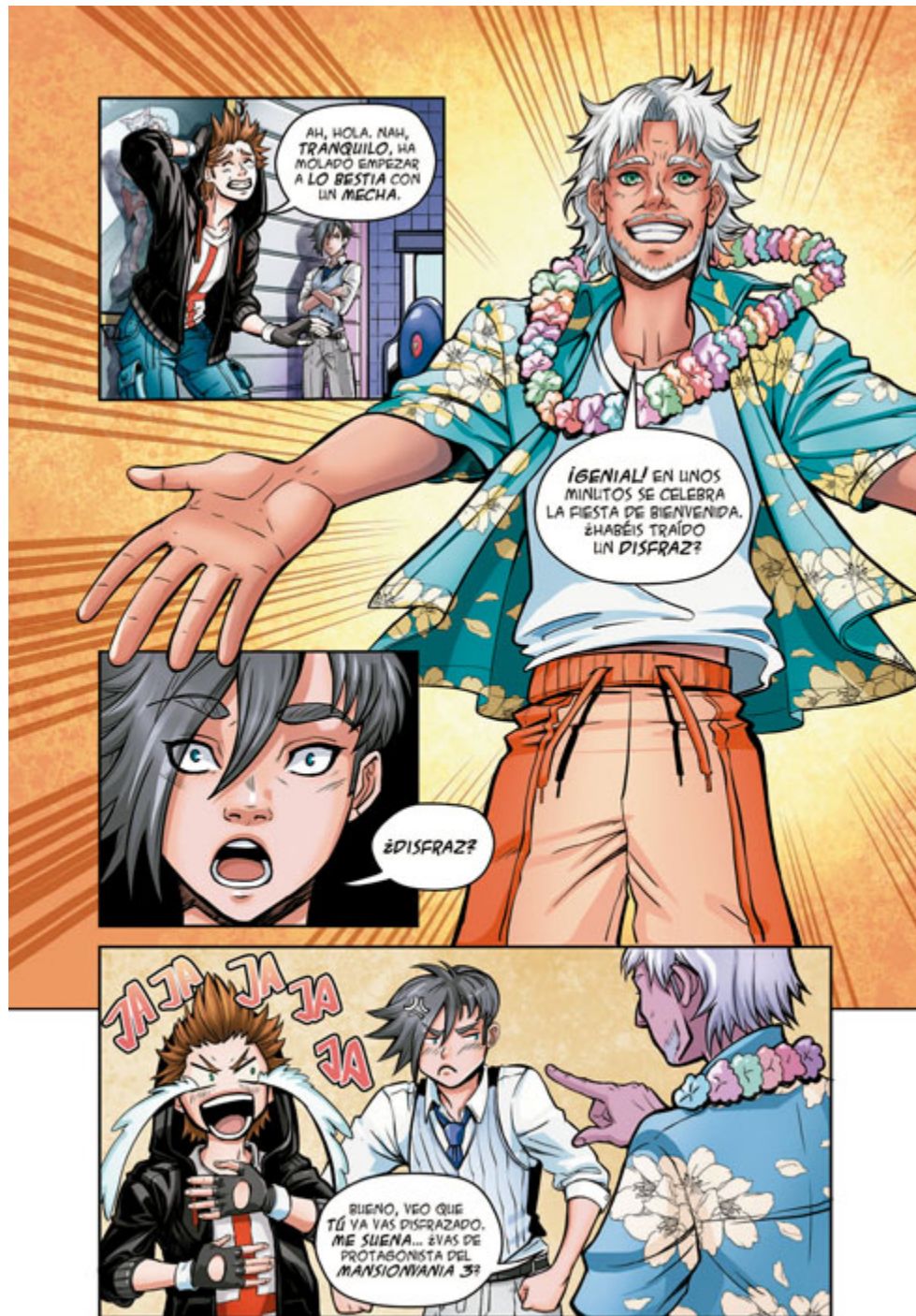
—Pero si son muy monos —repuse yo.

La voz de Verkan pasó de la inquietud a un leve pánico:

—Soy alérgico a los gatos.

—¡Hola, muchachos! ¡Bienvenidos a Gamedonia! Perdonad lo de antes, mi robot suele tener vida propia. A veces no sé si soy yo el que lo manejo a él o él el que me maneja a mí.

Verkan y yo nos giramos en redondo, encontrándonos de frente con la cara sonriente de Timothy Peary. Tim.



Verkan estuvo a punto de replicar, pero se tragó la respuesta. O más bien Tim no le dejó abrir la boca: le costaba callarse.

—Perdonad que nadie haya salido a recibirnos —continuó—. Como habréis visto, estamos en estado de alerta. Es algo grave, os lo aseguro..., pero luego las malas noticias, ahora las buenas: ya que pasaba por aquí, voy a acompañaros a vuestras dependencias en Gamedonia. Sentíos como en casa.

Verkan y yo nos miramos y nos encogimos de hombros.

Entonces, Tim nos condujo por un corredor, doblamos un par de esquinas, subimos una rampa, cogimos un ascensor, bajamos por una escalera circular, atravesamos un pasillo largo y, finalmente, desembocamos en un laberinto de paredes donde se alineaban las puertas de los cuartos de los estudiantes. Me parecía un poco raro que hubiera que dar tantas vueltas para llegar a los dormitorios y, por la forma dubitativa que tenía Peary de avanzar, creo que se perdió en un par de ocasiones. A los pocos minutos de conocerlo empezabas a ver un enorme rótulo de neón sobre su cabeza en el que ponía: «Soy una persona despistada que vive en su propio mundo».

Mientras nos extraviábamos por Gamedonia, Tim no dejaba de hablar. Por un instante, acaricié la idea de que en realidad Tim Peary fuera un alumno de la escuela que llevase veinte o treinta años repitiendo curso.

—Chicos, de nuevo me disculpo; todo está un poco manga por hombro, pero la escuela está afrontando una de las peores crisis que yo recuerde. Todavía no os puedo contar nada, estamos reuniendo datos. Pero es algo gordo, gordo. Esta noche, durante la

fiesta de bienvenida, creo que podré daros más información. Por cierto, ¿a que mola la furgoneta con la que os fueron a recoger al aeropuerto?

Recordé la furgoneta desvencijada que nos había esperado en la salida del aeropuerto de Alice Springs. Era el mismo modelo que la que nos había rescatado en mitad de nuestra huida del Directorio XY. Al parecer, Tim era un amante de ese tipo de vehículos y los coleccionaba por docenas. Siempre decía que era un recuerdo rodante de su época *hippie*, cuando había asistido al festival de música de Woodstock.

—Qué tío más raro, ¿no? —me susurró Verkan.

Yo no dejaba de fijarme en él, y tenía razón. No paraba de guiñar un ojo mientras nos hablaba: más adelante descubriría que así activaba un implante de su globo ocular por el que recibía información. En aquel caso, el lugar donde debía colocar a esos dos nuevos alumnos que éramos Willard Verkan y yo.

Sí, era sorprendente que un tipo tan excéntrico como Tim Peary dirigiera una escuela tan prestigiosa como Gamedonia. Y eso que aún no sabíamos que su despacho era como el cuarto de un adolescente atrapado en la década de 1980: tenía un reproductor de vídeo VHS donde solía ver las películas *Los Goonies* y *Cuenta conmigo*. También guardaba una enorme *jukebox* Wurlitzer con grandes éxitos de la época, como *The Power of Love* de Huey Lewis and the News y *Thriller* de Michael Jackson. Las paredes estaban decoradas con pósteres de estrellas del cine de John Hughes. En una vitrina exhibía unas zapatillas Air Jordan sin usar, así como figuritas de He-Man. Por si fuera poco, tenía una lámpara de lava,

cómics de Spiderman y varias novelas de Stephen King, como *Misery*. Y en una esquina, expuesta como si fuera un ídolo, una máquina de arcade original de *Donkey Kong*.

Por fin, llegamos hasta la puerta de nuestro dormitorio.

—Aquí es, chicos —exclamó desplazando los brazos como si fuera un auxiliar de vuelo mostrando las salidas de emergencia del avión con esos gestos tan subrayados, casi paródicos—. Yo me marchó a toda leche, hay mucho que hacer para esta noche y aún ni me he duchado. ¡Huelo a tigre!

Y Tim desapareció pasillo abajo como un torbellino.

—Lo que faltaba —dijo Verkan en tono apesadumbrado—: Tenemos que compartir habitación.







CAPÍTULO 3

CREO QUE
ERA POR AQUÍ PERO
EL DIRECTOR NOS HA
HECHO DAR TANTAS
VUELTAS QUE...

¡BUEN
DISFRAZ!

¡VO
TAMBIÉN SOY
FAN DE STREET
KARATEKA!

VAS A SER LA
SENSACIÓN
DE LA FIESTA.

¿Y TÚ
QUÉ? ¿NO TE
DISFRAZAS?

VOY DE PROTAGONISTA DE
«LAS INCREÍBLES AVENTURAS
DE RUBUS». AÚN NO SE HA
HECHO PERO EN EL FUTURO
SERÁ UN ÉXITO.

¿QUÉ
IDIOTA...



Verkan carraspeó y se atusó un poco la ropa, tendiendo la mano hacia aquella alumna:

—Soy Willard Verkan, encantado.

—Yumi Jusaka —respondió ella estrechándole la mano y sonriendo. Al hacerlo, sus ojos se convirtieron en dos rendijas muy estrechas, como en los dibujos manga.

Yumi era surcoreana. A cualquier otra persona, aquellas gafas de pasta tan grandes la catalogarían automáticamente como una *loser*, pero en el rostro de Yumi tenían mucho estilo. Enseguida me di cuenta de que era una *geek*, una *nerd*, una empollona y todos los adjetivos que se suelen dirigir a los alumnos brillantes por pura envidia. Sin embargo, Yumi convertía las connotaciones negativas de aquellos calificativos en virtudes. Porque Yumi era la clase de persona que podía poner de moda leer o jugar al ajedrez en una fiesta de la hermandad de jugadores de rugby.

Creo que, como estaba pensando en todo eso, se me puso un poco cara de tonto cuando Yumi me estrechó a mí la mano. O quizá era porque aquella chica empezaba a parecerme muy mona, sobre todo cuando sonreía. La música que sonaba de fondo ayudaba, porque era algo muy cañero.

—Eh... —titubeé—, yo me llamo Rubén Doblas. Bueno, puedes llamarme Rubius.

—¿Rubius? —repitió ella torciendo un poco la cabeza y sonriendo de aquella manera que me recordaba a un personaje de manga. Casi me derrito allí mismo.

—Era la marca de mis productos impresos en Taller 3D, en el Directorio XY. Se hicieron muy populares. ¿No te suenan? A lo mejor hasta compraste alguno por internet.

—Eran productos impresos con máquinas diseñadas por mi padre —intervino Verkan, sin duda comido por la envidia porque yo estaba acaparando la atención de Yumi.

—No me suena —dijo ella mirando alternativamente a Verkan y a mí.

—¿E Industrias Verkan? —insistió él—. ¿Tampoco te suena?

—Ya te ha dicho que no —le espeté yo.

—Lo que sí conozco es el Directorio XY. —Y con aquella sentencia de Yumi, ambos olvidamos nuestra pequeña rivalidad.

—Es una escuela muy secreta... —empecé yo.

—En la que yo fui estudiante y mi padre, inversor —añadió rápidamente Verkan.

—... me sorprende que la conozcas —concluí, lanzándole una mirada penetrante a Verkan.

Yumi volvió a sonreír con aquella inocencia que me hacía temblar el corazón.

—Lo sé, pero todo está en los libros. Y yo leo muchos libros. Empecé a leer sobre los orígenes del Directorio XY hace mucho tiempo. También sé que el tipo de pedagogía que allí se emplea es opuesta a la de Gamedonia. Lo que no me podía imaginar es que ambos hubierais sido alumnos allí.

Flynn carraspeó un par de veces de forma muy escandalosa.

—Nosotros cuatro fuimos alumnos del Directorio XY —nos interrumpió. Por su expresión pude intuir que estaba entre descolocada y furiosa ante el hecho de que ambos pareciéramos tan desesperadamente necesitados de la atención de Yumi.

—Y los cuatro nos escapamos de allí —añadió Oli, que mientras decía aquellas palabras me fulminaba con la mirada.

—Ah, sí —exclamé yo como si hubiera olvidado aquel detalle —, pero eso es otra historia.

Tras escrutarnos a los cuatro bajo aquellas gafas tan grandes, los finos labios de Yumi se torcieron en una sonrisa.

—Ya veo que estáis muy unidos.

—Sí, somos amigos —dije, y Verkan asintió por inercia.

—¿Amigos? —inquirió Flynn sin dejar de mirar a Verkan, que enseguida se recompuso y matizó:

—Bueno, no exactamente amigos, eh... yo, yo, por ejemplo, no soporto a Rubius. Pero al final le coges cariño.

Yumi se rio de nuevo adoptando el gesto típicamente manga que tanto me fascinaba. Todos nos reímos, de hecho, aunque la tensión se podía notar en el aire.

Oli y Flynn no dejaban de mirarla a los ojos, evaluándola. Era como si no se fiaran de ella, lo cual yo no alcanzaba a comprender, porque Yumi parecía todo amor. Aunque quizá el problema residía en eso, en el amor. Flynn y Verkan mantenían una relación muy rara que oscilaba entre la amistad, el cariño y quizá el amor romántico. Yo no sabía si quería a Oli en mi vida como amiga o como algo más. Y justo ahora aparecía Yumi para complicar más todas aquellas cavilaciones.

—Yo no conozco a nadie aquí —dijo Yumi con carita dulce. Casi parecía una niña con esa expresión, aunque (como comprobaría luego) también podía convertirse en una chica muy adulta cuando quería; parecía una actriz con muchas tablas.

—Vente con nosotros —dije yo tratando de ser amable, y me temí que Oli me fulminara otra vez con la mirada. Afortunadamente, no lo hizo. Tanto Flynn como Oli parecían haber enterrado el hacha de guerra respecto a Yumi: al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de ser tan encantadora, tan mona, tan lista y tantas cosas más que me voy a ahorrar para no parecer obsesionado con ella. La culpa la teníamos Verkan y yo, que nos volvíamos dos memos cada vez que ella estaba presente.

—Encantada de formar parte de vuestro pequeño grupo. Quizá podamos formar equipo en la competición de Telepresencia.

—¿Telepresencia? —indagó Flynn.

—¿Es algo sobrenatural? —aventuró Oli.

Yumi estalló en una carcajada contenida, tapándose la boca con la palma de la mano.

—¿No sabéis lo que es la competición de Telepresencia? Es el evento anual más importante de la escuela.

—Ni idea —exclamé yo—, nadie nos ha dicho nada. Ni siquiera el director de Gamedonia.

—¿Tim Peary?

—¡Ese! ¿También lo conoces?

Yumi negó con la cabeza.

—Solo por los libros. Y a través de los libros descubrí también el funcionamiento del campeonato de Telepresencia.

—Ah, claro —dije yo rascándome la cabeza—, cómo era eso de... Todo está en los libros, ¿no?

Yumi movió la cabeza aprobatoriamente, y Oli y Flynn torcieron el morro. Yumi se había dado cuenta de aquel pequeño gesto y, entonces, añadió:

—*Backpfeifengesicht*.

Todos nos miramos a los ojos sin comprender. Creía que mi traductor universal se había averiado porque solo reproducía aquella palabra llena de consonantes, imposible de pronunciar para mí. Pero el gesto de incomprensión de los demás me confirmó que sus traductores tampoco habían sido capaces de entender el término.

—¿Qué? —le pregunté aproximándome un poco más a ella a fin de que el aparato captara mejor su voz. Al hacerlo, me invadió su aroma corporal, una mezcla de almizcle y limón.

—*Backpfeifengesicht* —repitió ella, señalando a Oli y Flynn.

Me oprimí el traductor alojado en mi oído con el dedo índice, para introducirlo un poco más y así escuchar con más claridad la traducción. Pero no había manera: para aquel chisme, *backpfeifengesicht* significaba *backpfeifengesicht*.

—Perdona, pero no lo entiendo.

—Ya —dijo ella encogiéndose de hombros y formando dos ranuras con sus ojos una vez más—, es una palabra alemana que no tiene una traducción sencilla a otras lenguas. Supongo que el aparatito se ha vuelto loco.

—¿También sabes alemán?

—Un poco. Y aprender palabras raras me encanta. Ya sabes..., todo está en los libros.

Chasqueé la lengua.

—Claro, es verdad. Y ¿qué significa?

Mi pregunta interesó particularmente a Flynn y Oli, que ya estaban preparándose por si se trataba de alguna clase de insulto o burla hacia ellas. La situación se estaba poniendo más tensa que las cuerdas de mi ukelele amarillo. Sin embargo, un chirrido que procedía del techo desvió nuestra atención.

Como ya empezaba a darme cuenta, Gamedonia necesitaba alguna que otra reparación. Solo eso podía explicar que, de repente, un tubo de refrigeración del techo se hubiera desprendido, cayendo sobre nosotros. Era tan solo un fragmento, pero debía de medir sus buenos dos metros. Y pesaría al menos dos o tres kilos. Nadie habría podido detener algo así.

Pero Yumi, sí. Con unos reflejos casi felinos, había dado un pequeño salto para atrapar el tubo en el aire. Su mano había agarrado con tal fuerza el metal que incluso este se había

deformado bajo sus dedos.

—¿Estáis bien? —nos preguntó entonces con una sonrisa.

Todos nos habíamos quedado quietos, sin capacidad para reaccionar. La música, sin embargo, había ahogado todo aquel alboroto y nadie se había dado cuenta de que aquella alumna nos había librado de sufrir un buen chichón en la cabeza. Yo, desde luego, no podía dejar de mirar el fragmento de tubo en su mano.

—Estoy flipando —dije—, ¿también tienes superfuerza?

Yumi se echó a reír.

—Ah, no, no. Perdí mi mano en un accidente, cuando era pequeña. Ahora llevo un brazo biónico, lo diseñó mi padre. Es un importante inventor y experto en robótica de mi país.

—Encima es como Terminator —murmuró Flynn.

—Ha sido alucinante —admitió Oli abriendo mucho la boca.



Allí había alumnos de todas las nacionalidades, como en el Directorio XY. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría en nuestra primera escuela, en esta todo el mundo parecía estar pasándoselo bomba. Incluso el hecho de que casi se nos hubiera caído un pedazo de tubo en la cabeza era un detalle menor. Gamedonia molaba mil y la fiesta molaba dos mil.

Además, estaba lleno de chicas guapas e interesantes como Jyn y Ramona, que resultaron ser también de segundo curso. No cabía duda: estaba de suerte.

Unos golpes de micro interrumpieron nuestra conversación, y de paso mis pensamientos.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Se me oye? —carraspeó Tim Peary golpeando el micro con el dedo índice. Se había subido a una tribuna y entre sus manos sostenía un puñado de hojas de papel que consultaba con aire aturullado.

—A ver si dice algo de la alerta esa —murmuró entonces Verkan, que desde que Yumi había demostrado tener un brazo biónico con más fuerza de lo normal parecía un tanto cohibido. Supongo que era natural: Yumi era guapa, era lista. Y era superfuerte. ¿Cómo no iba a sentirse cohibido?

—Hola a todos. Para los que no sabéis quién soy, me presentaré: me llamo Tim... Timothy Peary. Pero podéis llamarme Tim. Solo en el banco me llaman señor Peary... —bromeó el director—. Bienvenidos, un año más, a Gamedonia. Estoy muy feliz de veros por aquí, sí..., muy contento de recibir a los nuevos alumnos y de saludar otra vez a los que ya nos conocemos de años pasados. Estamos dispuestos a iniciar un nuevo curso...

Tim Peary dudó unos instantes; pareció perder el hilo momentáneamente. No obstante, enseguida se recuperó y continuó con aquella sesión de bienvenida:

—... sin embargo, he de deciros que este curso va a ser un poco diferente a todos los demás. Como muchos de vosotros ya sabréis, nos encontramos en mitad de una crisis en la que jugamos un papel decisivo. Las clases en Gamedonia continuarán normalmente, pero vuestras evaluaciones se han ajustado para seleccionar a los mejores alumnos. Los escogidos participarán en la misión que nos han encomendado. Debemos sentirnos orgullosos de que nuestra escuela haya sido una de las instituciones en las que se ha confiado para gestionar esta alerta general. De momento, no puedo daros más detalles porque toda la operación es alto secreto, pero sí voy a recordaros los tres consejos que siempre doy a los novatos. ¿Estáis preparados?

Todos los veteranos levantaron sus vasos de plástico y corearon un «síiiii» lleno de entusiasmo. Parecía que les encantaba escucharlas al principio de cada año.

—Primero —continuó Peary—, juega contra los demás y contra ti mismo. Segundo, preocúpate del futuro solo lo justo, porque resolverlo es como resolver un problema de matemáticas que nadie ha sabido resolver jamás. Tercero, no me hagáis demasiado caso si no estáis convencidos de lo que os he dicho. Podéis seguir con la fiesta, buenas noches.

Las palabras de Tim habían levantado un rumor de comentarios entre los alumnos nuevos. ¿Qué misión sería aquella? ¿Qué clase de alerta deberíamos afrontar? ¿En qué se basarían

para escoger a los mejores? Con el rabillo del ojo vi que el instinto de competición se había instalado en el rostro de Verkan: para él solo había una pregunta importante: ¿quién era el mejor?

Pero aquello era una fiesta, así que no tardamos en olvidarnos de la alerta. Flynn y Oli se fueron a la barra junto a Ramona y Jyn: parecía que hacían mejores migas que con Yumi, que empezó a hablar con alumnos de tercero y cuarto. Verkan se había refugiado en su silencio de persona que reflexiona en cosas muy importantes y no puede perder el tiempo en socializar con nadie. Yo, por el contrario, traté de hacer nuevos amigos, porque al fin y al cabo Gamedonia era mi nuevo hogar.

CAPÍTULO 4







—Me parece muy injusto —protestó Oli en voz baja mientras el doctor Owl continuaba su clase de Entornos.

—¿El qué? —le susurré inclinándome hacia ella un poco más.

—El doctor Owl. ¿No te acuerdas de lo cañón que estaba cuando le conocimos en aquel mundo virtual?

—Ah, sí, cuando nos conectamos por primera vez en Gamedonia desde el puerto Byron, en el restaurante chino.

—Pues eso... que ya me había formado una imagen de él. De profesor joven y moderno, y no de un soseras.

Oli tenía razón. El avatar del doctor Owl, con el que habíamos interactuado hasta ese momento, era el de un chico joven y alto, de espaldas anchas y frondoso pelo azul. Pero en realidad Owl era un tipo de unos cincuenta años, con aspecto aburrido. Además, solo le nacía un puñado de pelos de uno de los laterales de la cabeza y se los peinaba de tal manera que cubrieran la calva. Lo hacía bastante mal, por cierto.

—Yo ya estaba contando las horas que faltaban para que empezara la clase de Entornos solo para conocerle —refunfuñó Oli.

—A lo mejor es un tío interesante —dije yo tratando de prestar atención a la clase.

Oli se limitó a lanzarme una mirada de impaciencia.

—En serio, Rubius, debería existir alguna norma que prohibiera usar avatares tan distintos de uno mismo. Eso es como mentir.

—En la reglamentación del Directorio XY no hay ninguna de esas —le repliqué en plan irónico.

—Muy gracioso.

Le di algunas vueltas a la idea de Oli cuando, casualmente, fue el profesor Owl el que abordó el tema de los avatares virtuales, como si hubiera llegado a oír algún fragmento de nuestra conversación.

—En esta clase no solo aprenderéis a diseñar entornos virtuales teniendo en cuenta las físicas implicadas, sino también a programar *software* de diseño de avatares. Al fin y al cabo, el avatar forma parte del escenario y es tan importante como este. De nada sirve disponer de un espectacular acantilado sumido en la niebla si el avatar es un puñado de píxeles sin gracia. Por consiguiente, para diseñar avatares deberéis emplear la misma imaginación que en los escenarios. Porque la gente no siempre quiere usar un avatar que sea una copia exacta de su cuerpo o de su cara. Cuando escogemos un avatar, podemos proyectar nuestros deseos, sueños, aspiraciones y hasta pasatiempos en él. ¿Por qué conformarse con ser una persona si podemos ser un salmón o un águila imperial?

Yumi, que se sentaba en primera fila, levantó la mano.

—¿Sí? ¿Jusaka?

—Tengo entendido que escoger un avatar que represente cómo nos gustaría ser o cómo nos sentimos es también bueno para el jugador.

Owl asintió enérgicamente, y casi se le desliza todo el pelo hacia delante, dejando al descubierto su calva.

—Excelente observación, Jusaka. En efecto, un avatar imaginativo no solo potencia el desarrollo de nuestras capacidades; nos permite ponernos en la piel de otras personas, animales o cosas. También puede ser una estupenda terapia para adquirir seguridad en uno mismo. Según un estudio del Virtual Human Interaction Lab, de Stanford, si una persona poco agraciada físicamente usa un avatar atractivo, se comportará con la misma seguridad que si fuera en verdad atractivo. ¿Alguien sabe cómo se denomina este efecto psicológico?

—Efecto Proteo —respondió Yumi tras levantar la mano—, en honor al dios de la mitología griega que podía cambiar voluntariamente de aspecto.

Oli había torcido el morro.

—Esta Yumi es una sabelotodo —bufó.

En la segunda fila, sentado un poco hacia la izquierda del aula, Verkan miraba a Yumi con expresión fascinada. Flynn, a su vez, fruncía el ceño mirando a Verkan desde el asiento contiguo. Yumi supongo que notó la insistente mirada de Verkan, porque giró la cabeza y, al cruzarse con ella, le sonrió. Se estaba cociendo un buen salseo, lo intuía.

Y mi intuición no falló, porque al salir de la clase del doctor Owl, Yumi y Verkan se habían quedado hablando dentro. Luego, al quedarse Yumi a solas, me pareció entender que Flynn se dirigía a ella en términos poco amables.

—¿Es tu novio? —escuché que le preguntaba Yumi sin alterar la expresión, como si fuera una pregunta del todo inocente. Un simple requerimiento informativo.

Flynn movió la boca sin decir nada, pillada por sorpresa. Supongo que ni ella misma se había planteado realmente si eran novios o no.

—Eh... —dijo al fin—, olvídale.

Yumi sonrió convirtiendo sus ojos en dos rendijas semicirculares y siguió su camino. Al cruzarse conmigo, también me sonrió:

—Hola, Rubius —me saludó con aquel tono tan dulce con el que solía hablar, antes de dejarme allí plantado con un «hola» en la boca y con mi típica cara de tonto.

Cara de tonto y también de frustrado. Me daba cuenta de que Flynn ya era casi la novia oficial de Verkan, aunque Verkan se hiciera el duro (y Flynn no fuera precisamente blanda). Por otro lado, Oli parecía tan decepcionada porque el doctor Owl no se correspondiera con su avatar, que me hizo dudar de los sentimientos que pudiera albergar hacia mí. Quedaba Yumi, naturalmente, que al ser una novedad en mi vida se me antojaba mucho más llamativa que el resto.

Además, aquella sonrisa que me había dirigido hacía un momento quizá significaba algo.

El problema era que Verkan también parecía deslumbrado con ella. ¿Acaso se quería ligar a Flynn y a Yumi?, concluí un poco enfurruñado. Por otra parte, el hecho de que Yumi también sonriera a Verkan me tenía confundido. ¿Le gustaba flirtear con los dos? ¿Era solo su simpatía natural la que me hacía malinterpretarla?

Al salir de clase, en los pasillos, me crucé con Oli y Flynn en mitad de una conversación.

—No sé qué le encuentran a esa china.

Obviamente, se estaban refiriendo a Yumi y al interés que despertaba en Verkan, en mí y creo que en algún alumno más.

—Es surcoreana —les corregí.

Flynn me lanzó un gruñido. Oli, otro de propina. Qué difícil es el amor, ¿verdad?

* * *

Entre clase y clase siempre teníamos un rato libre que oscilaba entre los quince minutos y la media hora. Durante ese tiempo, se nos animaba a pasear por el campus, socializar con nuestros

compañeros o, si nos apetecía, echar un partidita rápida en una máquina de arcade. La mayoría, sin embargo, prefería conectarse a algún mundo virtual, y con más convicción que nunca después de las lecciones del doctor Owl.

Por eso, aquella tarde me fijé en un par de alumnos que estaban hablando animadamente con Jyn y Ramona: porque lo normal era evitar el mundo real. Y esos cuatro alumnos parecían muy interesados en algo del mundo real, a juzgar por las palabras que me llegaban, entre las que entendía *esfera* y *armilar*.

Enseguida me uní a la conversación. Los cuatro me recibieron con sonrisas cómplices.

—¿Quieres ver algo? —me preguntó un alumno francés de rostro redondo y mofletes hinchados que, como supe enseguida, se llamaba Frédéric Pierrot. Más tarde descubriría también que era uno de los mejores gamers de Francia, y que con solo once años había tenido su propio programa en la televisión nacional.

—¡Yo también me apunto! —exclamó Oli, que justo entonces apareció detrás de nosotros. Estaba más revolucionada que de costumbre—. Tengo ganas de ver cosas. Misterios, secretos, unicornios rosas..., lo que sea.

Flynn y Verkan no tardaron en acercarse tampoco: parecía que todos nosotros estábamos particularmente atraídos por aquel asunto.

—Yo también quiero —se limitó a decir Flynn con expresión de interés.

—Yo paso de los unicornios rosas —nos advirtió Verkan con cara de Verkan.

—Shht, o nos oirán —le dijo Dayo Okeniyi, otro compañero de clase, poniéndose un dedo sobre los labios. Okeniyi era nigeriano, el primero que ingresaba en Gamedonia. Al parecer, sus padres eran embajadores y nunca habían aprobado que su hijo estudiara algo relacionado con los videojuegos en vez de decantarse por una carrera más seria y respetable. Derecho o Ciencias Políticas, por ejemplo.

—Mirad —dijo Ramona manipulando un teclado.

Y el teclado estaba unido a un artefacto extrañísimo. Era un artilugio que no dejaba de rotar lentamente sobre sí mismo y del que surgían rayos láser de colores que cruzaban el cielo. Por las noches —nos dijeron—, esos láseres bailaban como en una discoteca. Lo llamaban LaserDock. Más tarde descubriría que el aparato en cuestión, como muchos de los que había en Gamedonia, se alimentaba de la energía solar que capturaban diversas placas fotovoltaicas. Para Timothy Peary, la energía del Sol era la más limpia de todas y no quería que Gamedonia dependiera de otras fuentes energéticas poco sostenibles.







Creo que era la primera vez que alguien usaba los láseres de Gamedonia para dibujar algo así en el cielo. Al menos, es lo que sospeché, a juzgar por las reacciones que ello causó en los alumnos

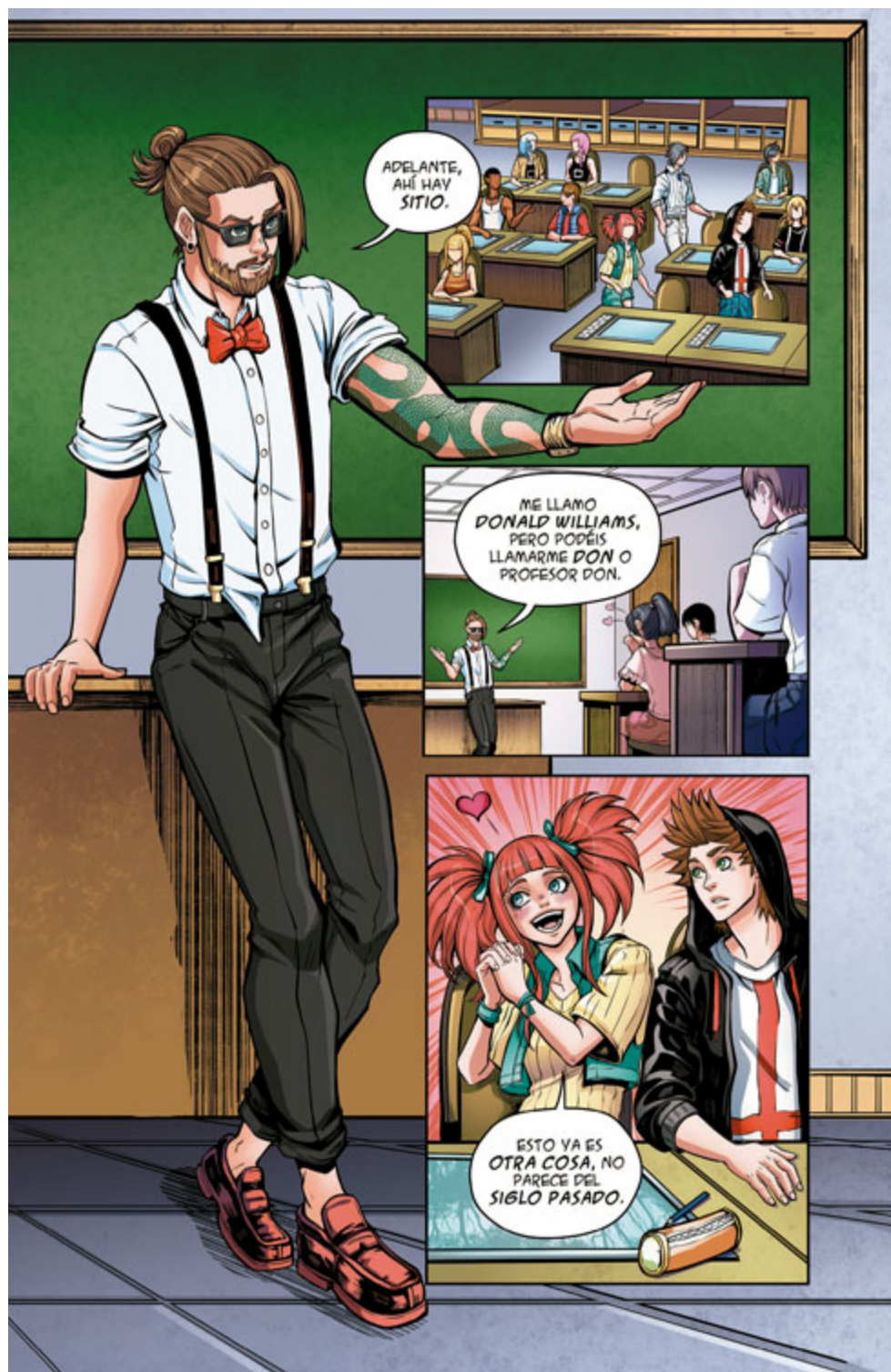
que pasaban por allí. Evidentemente no era la señal de Batman, pero mi inconsciente había decidido que dibujara eso. Como si aquella imagen procediera de algún lugar que todavía no era capaz de descifrar. O quizá todo se reducía sin más a mi faceta obscena, que, tras mi entrada en la adolescencia, se había descontrolado cosa mala.

Mientras nos dirigíamos a la siguiente clase, la de Narrativa, me preguntaba qué tenía de especial Yumi para habernos causado a todos semejante cataclismo emocional. A pesar de lo menuda que era, aquella alumna surcoreana era capaz de provocar terremotos y vientos huracanados a su paso, modificando la geografía y haciendo girar como locas las veletas de los sentimientos. Y, además, lo hacía refugiada tras sonrisas inocentes y unas enormes gafas de pasta.

No era especialmente guapa, y a primera vista te recordaba una ratita de biblioteca que siempre repetía eso de «todo está en los libros» o usaba palabras que nadie entendía, ni siquiera el traductor universal de Gamedonia. Y sin embargo...

Sin embargo, Yumi era mucho más de lo que parecía. De alguna manera, el doctor Owl tenía razón con su teoría de los avatares. Aunque poco se nos parezcan a nosotros, a veces los avatares proyectan nuestra verdadera personalidad o las sensaciones que generamos en los demás, más allá del aspecto físico del mundo real.

Intenté no darle más vueltas. Tras subir unas escaleras de caracol, accedimos a la clase de Narrativa, impartida por un tal Donald Williams.



—Nunca olvidéis esto, chicos y chicas de esta primera clase de Narrativa: los videojuegos no solo son «matamarcianos» —decía el profesor Don.

—A veces, sí —se oyó una voz tímida procedente de uno de los alumnos de la última fila.

Don Williams cabeceó, atusándose su frondoso pelo, lo que mostró mejor el tatuaje que tenía en un brazo.

Era el típico dibujo de tipo duro que se distingue en algunos motoristas, marineros y cantantes de rap. Creo que más de una suspiró.

—De acuerdo, a veces sí. Pero no debería ser así. Los videojuegos no son solo juegos, son también historias. Y la vida son historias. Así que los videojuegos también pueden ser vidas. Y las vidas hay que saber contarlas. Eso es lo que aprenderéis aquí. Aprenderéis a contar vidas.

Don Williams solía hablar siempre de esa manera tan extraña y alambicada, saltando de un concepto a otro. En ocasiones no se le entendía muy bien, pero eso no importaba a la hora de suscitar miradas de fascinación. Quizá algunos alumnos confundían esa sensación de no entender muy bien lo que decía con un nivel de profundidad filosófica que resultaba difícil de descifrar. Para mí, sin embargo, solo era un tío haciéndose el interesante.

—Solo conseguiremos crear videojuegos que lleguen al corazón de los usuarios si los videojuegos cuentan cosas que impliquen a sus vidas. Porque los videojuegos son vidas. Vidas que podríamos vivir, o no, pero que siempre nos darán una lección de cómo vivir nuestra propia vida. O la vida que hayamos decidido vivir o no vivir. O sí.

Lo veis, ¿verdad? Un tío haciéndose el interesante.

—¿Sabes una cosa? —me susurró Yumi, que se sentaba a mi lado en aquella clase—. A mí lo que cuenta este profe me recuerda un poco a esos mensajes que hay dentro de las galletas de la fortuna.

La miré sin comprender muy bien lo que quería decir. Entonces, Yumi manipuló una de las pantallas planas que había insertadas en nuestros pupitres y descargó la imagen de una de esas galletas. Al parecer, eran muy típicas en los restaurantes chinos, sobre todo en el barrio chino de San Francisco, lugar donde había nacido la tradición. Antes de comértela, partías la galleta en dos y en su interior encontrabas un papelito alargado en el que, con letra de imprenta, estaba escrito un mensaje filosófico o un consejo. Yumi me enseñó varios ejemplos, y todos podrían haber sido redactados por Don Williams. Por ejemplo: «El que teme sufrir sufre de temor». O: «Vive la vida como vivirías tu vida».

Oli, que se sentaba al otro lado, también había estado echando un vistazo a los mensajes, y tuvo que taparse la boca para que no se le escapara una carcajada.

Creo que en ese momento Yumi empezó a caerle mejor a Oli. Y más tarde, cuando Oli le contara la anécdota a Flynn, seguro que también empezaría a caerle mejor a ella. Verkan, que se sentaba detrás de mí, carraspeó, seguramente no tanto porque quisiera atender a clase como por el recelo de que Yumi y yo cuchicheáramos tanto.

Si las frases grandilocuentes eran marca de la casa, todavía eran peor todas las palabrejas que Don Williams usaba para explicar las técnicas de narración de videojuegos. Seguro que Yumi sabía el significado de todas ellas, pero yo no conocía casi ninguna, como

tampoco sabía el sentido de la palabra que Yumi había usado en la fiesta de bienvenida. Os podéis imaginar que el traductor automático se volvía loco en aquella clase.

—En cualquier narración es fundamental que en un punto de la misma haya un giro de tuerca o un acontecimiento que cambie el curso de la historia de forma radical. A ese instante se le llama *plot point* —nos explicaba Don sentándose sobre su mesa, apoyado como si estuviera posando para una sesión de fotografías. Una de esas fotografías que aparecen en las revistas para modernillos. O en las portadas de las novelas románticas.

—¿Nos podría poner un ejemplo? —dijo una de las alumnas que se sentaban en primera fila, mirando fijamente al profesor Williams.

Este sonrió. Y comenzó a aproximarse a la chica poco a poco, como si alguien le hubiera rodado en cámara lenta.

—Imagina que somos pareja y llevamos seis meses conviviendo —dijo con voz susurrante, y seguramente el corazón de aquella alumna empezó a acelerarse por la emoción—. Imagina que yo he conocido a tus padres. Tú a los míos. Hemos viajado a Roma. Nos hemos dado cuenta de que somos el uno para el otro. Ya hemos hecho toda clase de planes en nuestras vidas y en todos ellos siempre nos vemos el uno junto al otro. ¿Eres capaz de imaginar una historia como esa?

—Sí-í —respondió la alumna asintiendo enérgicamente.

El profesor Don Williams ya estaba a pocos centímetros del rostro de ella.

—Cariño, tengo que decirte una cosa.

La alumna se había quedado muy quieta. Creo que bizqueaba un poco.

—¿Qué? —preguntó al fin con un hilo de voz.

—¿Sabes por qué salgo todas las noches a comprar helado de chocolate a la gasolinera del final de la calle? —La chica negó con la cabeza—. En realidad, me marché para poder hablar por teléfono con mi jefe de operaciones. Soy agente secreto del MI6, y estamos en peligro.

Todos nos habíamos quedado con el corazón en un puño, como si estuviéramos viendo una obra de teatro. Don Williams dejó de interpretar, se incorporó y se dirigió a toda la clase con una sonrisa de medio lado:

—¿Lo habéis visto? ¿El giro de acontecimientos?

Creo que aquella alumna tardó casi cinco minutos en reaccionar. Mientras, el profesor Don también nos habló del *screwball* hawkasiano, el *mcguffin*, la *space opera*...

Tomé nota en la pantalla plana de todos aquellos conceptos y de sus definiciones, pero ya me he olvidado de casi todos.

Solo recuerdo uno en particular. El *flashforward*. A diferencia del *flashback*, que es una escena que transcurrió en el pasado, un *flashforward* es una escena que transcurrirá en el futuro, como un adelanto de algún momento épico que está por venir. Por ejemplo, cuando vemos al protagonista de una película en mitad de la batalla final contra el *boss*, y entonces todo queda en suspenso y la película empieza por el principio para explicarnos cómo nuestro actor principal ha llegado hasta ese instante tan dramático.

Me gustó tanto la idea que justo en ese momento, en mitad de la clase de Don Williams, me dije que, si algún día escribía mi historia sobre las experiencias vividas en el Directorio XY y en Gamedonia, empezaría con algún momento épico del final, quizá cuando estuviera a punto de salvar al mundo o algo así.

—Tú nunca has tenido que salvar al mundo —me replicó Verkan más tarde cuando le expliqué mi idea.

—Bueno, todavía no ha acabado el curso, ¿no? —le contesté yo guiñándole un ojo. Y poco iba a imaginarme la razón que tendría al decir aquello, porque... seguro que os acordáis de cómo ha empezado este libro, ¿verdad?

En ese momento, sin embargo, estaba a punto de experimentar de cerca otro de los conceptos que había descrito Don Williams. Un *cliffhanger*: cuando una escena, generalmente al final de un capítulo, queda en suspense y el lector o el jugador se muere de ganas de saber cómo se resolverá por fin.

—¡Ahhh! —gritó una de las alumnas poniéndose en pie como si hubiera sido impulsada por un resorte.



La *Ixodes holocyclus*, también llamada garrapata australiana de la parálisis, no parece muy peligrosa, ni por su tamaño ni por lo que es capaz de hacerte: cuando te muerde, solo te causa un enrojecimiento acompañado de un pequeño picor. Sin embargo, lo peor viene más tarde. Un día cualquiera, te entran ganas de zamparte una hamburguesa con queso o quieres asarte unas costillitas en la barbacoa, y ¡zas!, sufres una reacción alérgica que te obliga a ir corriendo al hospital. La garrapata te ha convertido en vegetariano por necesidad.

Aunque a ti te apetezca comer carne, el veneno de la garrapata te ha hecho alérgico a ella.

No le pasa a todo el mundo, así que el hecho de que te pique este pequeño bicho en apariencia inofensivo no es peligroso. Pero si te toca, estás listo. Se acabaron las alitas de pollo para el resto de tu vida. Y las salchichas. Y los filetes. Y...

El estómago empezaba a gruñirme de hambre cuando Yumi se aproximó como si nada a la garrapata, la atrapó entre los dedos con una gran habilidad y, finalmente, la depositó en el interior de su estuche de lápices, el único que vi en Gamedonia.

—¡Cazada! —exclamó Yumi exhibiendo su característica sonrisa, y al hacerlo torció un poco la cabeza hacia un lado. Era tan mona cuando quería.

—Lo que has hecho es una temeridad —dijo Don Williams agarrando el estuche con gran cautela.

—No hay problema, yo soy vegetariana. ¡Soy inmune!

Don Williams le lanzó una mirada de amonestación. Pero duró poco, un segundo después nuestro profesor de Narrativa volvió a gritar como un cobarde. Las luces del aula habían empezado a parpadear súbitamente.

Aquel lugar también se usaba para impartir la asignatura de Desarrollo de Realidad Virtual y Realidad Aumentada, y las estanterías que ocupaban la pared del fondo de la estancia estaban llenas de cachivaches tecnológicos de lo más variado. Aquella parte de la clase estaba iluminada por los rayos del sol que penetraban por las ventanas, y todos vimos cómo muchos de aquellos artefactos, de repente, cobraban vida y empezaban a zumbear y a emitir luces.

—¡Todos a cubierto! —exclamó Don Williams mientras, como si quisiera ser el primero en dar ejemplo, corría para meterse debajo de su mesa.

Todos estábamos entre confundidos y alarmados. Unos guantes que, según descubriríamos más tarde, servían para manipular objetos virtuales salieron disparados hacia el techo, y allí comenzaron a corretear como arañas gigantes.

Un artefacto extraño que recordaba a un cañón de plasma que estuviera cargándose para ser disparado emitió un chirrido horroroso y, en un solo instante, todo el aire del aula se cargó de electricidad estática. El pelo de nuestros brazos se erizó y un extraño hormigueo recorrió nuestra piel.

Y Don no dejaba de gritar:

—¡Esto es por culpa de la alerta! ¡Ya dije que era un error continuar con las clases! ¡Nadie me hace caso en esta escuela! ¡Un día sucederá algo absolutamente irremediable!

¿Todas aquellas máquinas actuando por sí solas y las luces parpadeando sin cesar eran fruto de la amenaza que se cernía sobre Gamedonia? ¿Qué estaría ocurriendo? Por un segundo, se me pasó por la cabeza la idea de que el Directorio XY pudiera estar

detrás de todo aquello. ¿Y si estaban *hackeando* los sistemas de alguna manera? ¿El estado de alerta significaba que el Directorio XY estaba dispuesto a atacarnos? Y, de ser así, ¿por qué?

Entonces, cuando ya parecía que no podían pasar más cosas, las puertas del aula se abrieron de golpe con un gran estrépito. Todos nos giramos asustados. Y Don volvió a gritar más fuerte.

CAPÍTULO 5

Afortunadamente, nadie había resultado herido. Después de abrirse las puertas de la clase, irrumpió un equipo de seguridad compuesto por dos hombres equipados con trajes especiales y un robot en forma de disco que disparaba unas microondas destinadas a desconectar la actividad de todos los aparatos enloquecidos. En pocos minutos, todo estaba de nuevo en su sitio, incluso los guantes que correteaban como arañas.

Nos aseguraron que no volvería a suceder otro incidente como aquel. Al menos en la clase de Don Williams. Al menos durante unos días.

—¿Estáis seguros? —había preguntado el profesor con la voz llena de pánico. Desde que había aparecido la garrapata, su tono era agudo y chillón. Ya no se le veía ni tan modernillo ni tan guay. Y la chica que había sido su pareja en aquel ejemplo de *plot point* ya no estaba tan fascinada por él.

A pesar de que seguíamos intranquilos o asustados por los últimos acontecimientos, nos aseguraron de nuevo que las clases podían continuar sin problema. Respiramos aliviados, aunque no del todo. Y mucho menos yo: si el Directorio XY estaba detrás de aquel ataque, no tardaría en volver a intentarlo.

La clase se dividió entonces en dos grupos. El primero tuvo que acudir a un curso de programación avanzada. El otro tenía una hora libre para almorzar. Oli, Flynn y Yumi pertenecían al primer grupo. Verkan y yo estábamos en el segundo, así que, como no conocíamos a nadie más, terminamos en la misma mesa de la cafetería.

La cafetería era una mezcla de sala de juegos y restaurante de comida rápida, donde, además de máquinas de arcade, había muchos neones y ledes, mobiliario de formica y sofás en los que te podías tumbar para echarse una siesta. El camarero que nos atendió nos informó de que el menú era fijo: frankfurt con ketchup y mostaza, y una buena ración de patatas fritas. La bebida, sin embargo, se podía escoger entre una extensa carta. El camarero me sugirió que probara el Tropical Frappé; no sabía qué era, pero acabé aceptando. Verkan se decantó por un zumo de guayaba. Creo que él sí que sabía lo que estaba bebiendo, o al menos lo fingía, porque a Verkan le gustaba ir siempre a la última.

—¿También tenéis *milkshake* con *cookies*? —preguntó para hacerse el entendido.

—Claro, y dejad que os diga que es delicioso.

—Quizá más tarde —dijo moviendo la mano de un modo afectado.

En las esquinas de la cafetería había pantallas por las que emitían videoclips sin sonido. Don Williams nos había explicado que, si dos temas musicales suenan simultáneamente, solapándose el uno al otro, a eso se le llama *mashup*. Y creo que es justo lo que estaba ocurriendo en aquel momento con dos divas del pop diferentes.

Mientras me comía el frankfurt a dos carrillos, Verkan rezongó.

—Este sitio tiene estilo, pero...

—¿Mmmmf? —pregunté yo con la boca llena.

—Que no me acaba de convencer. Casi parece un parque temático, y las clases son muy básicas para mí.

—Mmmmf —convine yo, y como no se me entendía al hablar, no me comprometí a nada.

—Exacto. A eso me refiero. Además, no hay ni siquiera Taller 3D. Hay demasiadas asignaturas situadas en mundos virtuales y videojuegos. ¿Y el mundo real? A veces parece que se olvidan de que vivimos en el mundo real. Que muchos problemas no se pueden simplemente esconder debajo de la alfombra mientras echamos unas partidas.

Tragué el último trozo de frankfurt ayudándome del Tropical Frappé antes de intervenir con algo más que onomatopeyas.

—Bueno, sí, pero aquí se respetan los videojuegos de verdad. No sé en tu caso, pero en el mío casi nunca he conocido a un adulto que tenga en cuenta los videojuegos. Todos se piensan que solo son eso, juegos, pasatiempos.

Verkan se encogió de hombros.

—¿Bromeas? Mi padre siempre quiso que estudiara ingeniería y que jugara al fútbol. —Y puso la voz más grave, para imitar la de su padre—: «Willard, los videojuegos son para niños y tú ya no eres un niño».

Examiné a Verkan con cierta tristeza. No me podía imaginar su vida, pero tenía pinta de ser mucho más dura y exigente que la mía. Si yo hubiera tenido un padre como el suyo, quizá también me habría transformado en un obseso de la competición como él.

Además, en parte Verkan tenía razón. Aunque no se lo dije, también echaba un poco de menos el Directorio XY. Porque, a pesar de todo, allí se había forjado el nombre de Rubius y ya había alcanzado el estatus de leyenda. En Gamedonia todavía era un don nadie. Y creo que en el fondo Verkan sentía exactamente lo mismo que yo.

—Además, está el tema con Flynn.

Di un pequeño respingo, y disimulé mi reacción acodándome en la mesa y juntando las manos. Me incliné ligeramente hacia él.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa? —pregunté en tono confidencial.

Verkan me dedicó una caída de ojos muy teatral.

—Vamos, sabes perfectamente lo que pasa.

—Bueno, yo...

—Sí, lo sabes. Disimulas fatal.

—Sois novios —dije sin más rodeos.

—Ajá —respondió él de manera un poco ambigua—. La cuestión es que no lo sé. Ni siquiera sé si deberíamos serlo.

Si normalmente Verkan hablaba con un tono un poco amargado, ahora que parecía tener novia aún se expresaba de forma más grave. Era incapaz de imaginarme a Verkan siendo romántico con Flynn, o incluso haciendo manitas con ella, pero parecía que tenía sentimientos, después de todo.

Que tuviera dudas sobre Flynn no lo consideraba raro. Yo también las tenía sobre Oli. A veces me imaginaba invitándola a salir, quizá cuando acabara el curso. Una noche, en un restaurante romántico, a la luz de las velas, o en una pizzería del barrio. También me imaginaba que, al despedirnos en la puerta de su casa, la besaba, pero que al final le decía con voz peliculera que lo nuestro no podía ser, que salir con una chica de clase era como

mezclar negocios y placer. «Ahora somos amigos y compañeros de clase, y nos va bien así. Si nos liamos, lo nuestro no durará para siempre, un día puede terminar, y entonces no podremos ser amigos ni compañeros de clase».

Era un lío, pero todavía se complicaba más la cosa cuando a veces no me imaginaba todas estas escenas con Oli, sino con Yumi. Y la situación se ponía de veras candente cuando me imaginaba todo ello con la propia Flynn. Sobre esto último, sin embargo, preferí no decirle nada a Verkan para evitarme un sopapo. ¿Eran normales tantas dudas? ¿Sería la edad? En fin...

Mientras me sacudía las últimas migas de comida, me imaginé de nuevo en la puerta de casa de Oli, después de besarla, y cómo ella me miraría con ojos llorosos.

«No me dejes, Johnny».

«Ejem... Dirás Rubius...».

«No me dejes, Rubius. Si me dejas, no podré estar con nadie más. Y entonces seré una chica solitaria para siempre y me convertiré en una mujer con la casa llena de gatos. Y soy alérgica a los gatos».

—Soy alérgico a los gatos —me dijo entonces Verkan mirándome con los ojos llorosos.

—Nunca te quedarás sola —respondí yo por inercia, seguramente con cara de bobo.

—¿Qué?

Me atraganté un poco antes de responder.

—Eh... nada, nada. ¿Decías...?

—¿Eres sordo? Te estaba diciendo que soy alérgico a los gatos.

—Mejor ser alérgico a los gatos que a la carne después de que te pique una garrapata. ¿A qué viene que me repitas lo de la alergia?

—Viene a que noto picor en la nariz y en los ojos, ¿no me ves congestionado?

—Uhhh... un poco.

—¿No ves que me lloran los ojos?

—Que sí, que sí, que lo veo.

—Pues eso. Es como si hubiera un gato cerca.

Miré a mi alrededor.

—Pues yo no veo ninguno.

—Olvídalo. Será que Gamedonia empieza a sentarme mal.

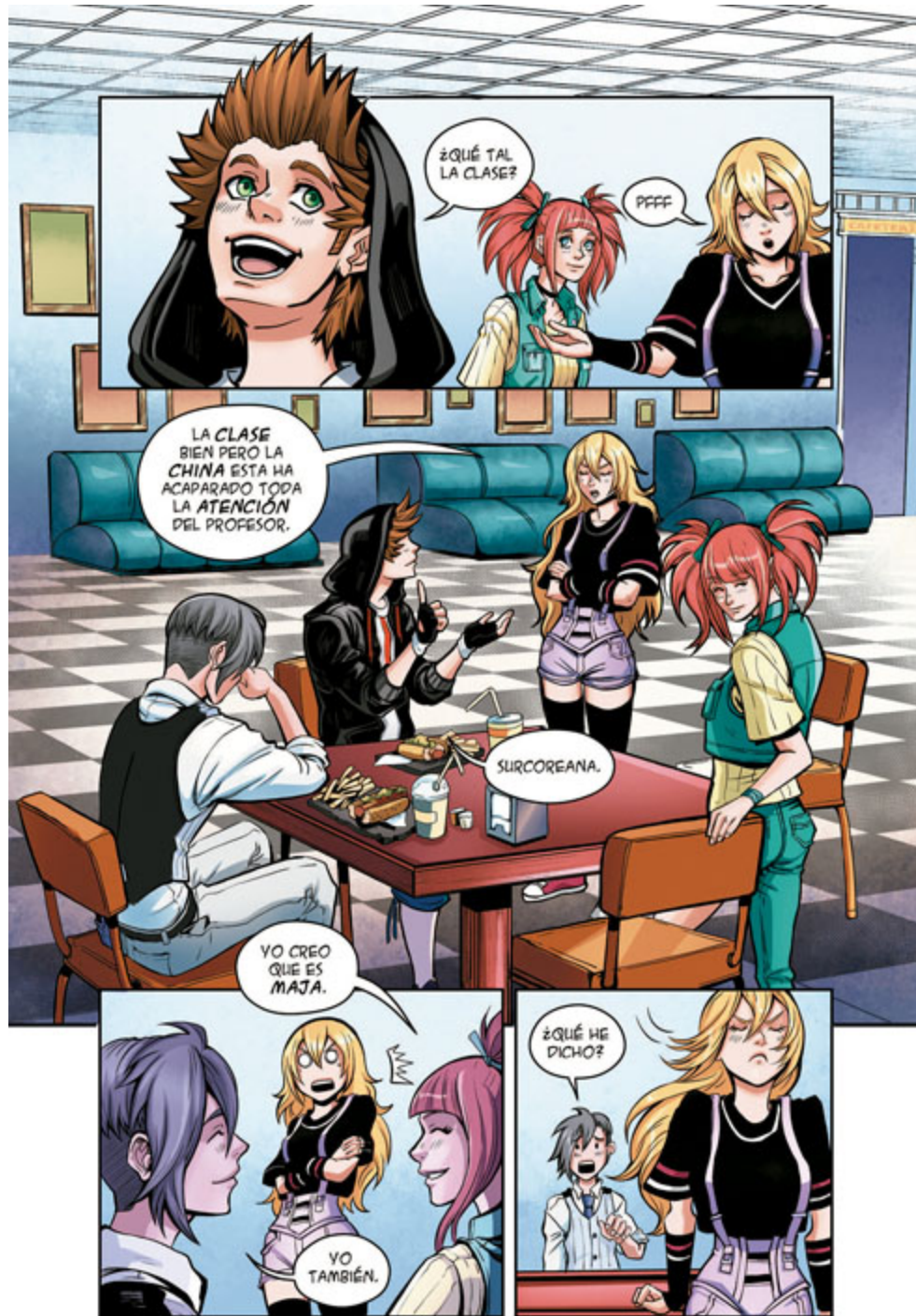
Alcé los brazos como si le enseñara de nuevo lo alucinante que era aquel lugar.

—Venga, no digas tonterías. Mira dónde estamos. Cualquier alumno del mundo debe de estar ahora en una aburrida clase de matemáticas. Además, nos encontramos en una zona de Australia alucinante. Luego te cuento todo lo que he leído en internet. Por ejemplo, a unos seiscientos kilómetros de aquí hay un pueblo subterráneo, o sea, que todo el mundo vive bajo tierra, y allí tienen las casas, los restaurantes, el cine, el hotel. Todo allí debajo para evitar el calor del sol, que puede alcanzar los 48 grados. Se llama Coober Pedy. ¿A que mola?

Verkan compuso una mueca que quería decir «bueno, no está mal». Entonces estornudó. De verdad tenía alergia a algo, pero ¿qué podía ser?







A punto de caer la tarde, cuando ya se habían terminado las clases y no quedaba mucho para reunirse para cenar, fui a dar un paseo por el campus de Gamedonia. Los jardines, como de

costumbre, estaban casi vacíos porque la mayoría de los alumnos prefería los mundos virtuales. A veces me daba la impresión de que Gamedonia estaba abandonada o que solo la dirigía un puñado de robots e inteligencias artificiales.

Era raro, porque yo habría hecho lo mismo que los demás, pero en aquel momento preferí coger mi mochila y explorar. Explorar el mundo de verdad. Al fin y al cabo, el Directorio XY me había demostrado que el mundo real podía ser tan excitante como uno hecho de píxeles: solo había que aprender a mirar.

Aunque en el perímetro interior de Gamedonia no hacía tanto calor como en el exterior gracias a los procesadores atmosféricos, al divisar a lo lejos la piscina de olas me entraron ganas de tirarme al agua. ¿Por qué no hacerlo?

Deposité mi mochila junto a un árbol y, sin cambiarme de ropa, cogí carrerilla y me lancé hacia la piscina. Justo antes de tocar el agua, sin embargo, me detuve. No me había quitado siquiera las zapatillas. Lo hice, y entonces pensé que sería mucho más prudente comprobar la temperatura. Metí un pie y... ¡el agua estaba perfecta! Ya no había excusa. Cogí carrerilla y ¡zas!

El chapuzón me sentó de maravilla. Las olas me arrastraban una y otra vez. El último sol de la tarde brillaba en el cielo. Estaba rodeado de altos edificios acristalados de aspecto futurista. ¿Cómo podía haber alumnos que prefirieran encerrarse en un mundo virtual con un día tan espléndido como aquel?

Empecé a sumergirme poco a poco, mientras entonaba el sonido de alarma de un submarino:

—Atención, empieza la inmersión...

—¿Sueles bañarte con la ropa puesta?

Me giré en redondo para encontrarme con la cara sonriente de Tim Peary.

—Oh, yo no pretendía... —traté de improvisar una excusa.

—¡Me parece una idea fantástica! —exclamó Peary agrandando su sonrisa llena de dientes blancos—. Así luego te puedes secar al sol. De hecho, voy a seguir tu ejemplo. Rubius, ¿verdad?

Me ruboricé cuando dijo mi nombre: ¡el director de Gamedonia se acordaba de mí!

—Sí, señor.

—Llámame Tim. Siempre Tim. Por cierto, yo soy el CEO de este lugar.

—Ah... —balbuceé. ¿Acaso no era consciente de que todos habíamos asistido a la fiesta de bienvenida o de que su cara estaba en los vídeos de presentación de Gamedonia?

—¿Me dejas probar un poco a mí ahora?

Tim llevaba consigo una enorme tabla de surf. Y sin más preámbulos, se lanzó hacia las olas con ella, sin quitarse la camisa hawaiana o los pantalones cortos. Ni siquiera se había quitado las deportivas.

—¡Yuhuuu! —gritaba Peary. Y entonces, surgido de la nada, apareció su enorme gato, que dio un salto desde el borde de la piscina y se agarró a su espalda.

Era una imagen delirante. El director de una prestigiosa escuela de gamers surfeando en una piscina de olas artificiales con un enorme gato modificado genéticamente abrazado a su cuello. Menos mal que Verkan y su alergia no andaban cerca.

Abandoné la piscina para contemplar con mayor perspectiva aquel espectáculo. Y entonces desplegué mi portátil y grabé el acontecimiento.

—Pecas, tío, mira en qué sitio más alucinante estoy estudiando. ¿A que tu instituto no tiene piscina de olas? ¿Y qué me dices del director surfero?

Y mientras grababa la escena, un pitido procedente de mi mochila llamó mi atención. Era el telemando que habíamos usado para escapar del Directorio XY. Aquel cacharro era tan sofisticado que Flynn lo había reprogramado para que también funcionara como consola portátil de videojuegos, y desde entonces siempre lo llevaba encima. Para quienes no os acordéis, usamos aquel dispositivo para gobernar unos nanorrobots que habían colonizado el cerebro de Jacinto, un pobre repartidor de paquetes que acudía regularmente al Directorio y al que habíamos usado como si fuera una marioneta.

Sin embargo, en teoría los nanorrobots se iban a quedar sin energía en pocas horas. ¿Por qué emitían señal de nuevo? Dejé el portátil a un lado y me senté en el césped para comprobar las lecturas del telemando.

—¿Qué pasa aquí? —murmuré mientras encendía la pantalla. Otra vez estaba viendo a través de aquel visor lo que veía Jacinto. Por lo que intuía, se había electrocutado al conectar el secador a la corriente. Solo había sido un efímero chispazo, pero había resultado suficiente para recargar las baterías de aquellos nanorrobots cien veces más diminutos que un grano de sal.

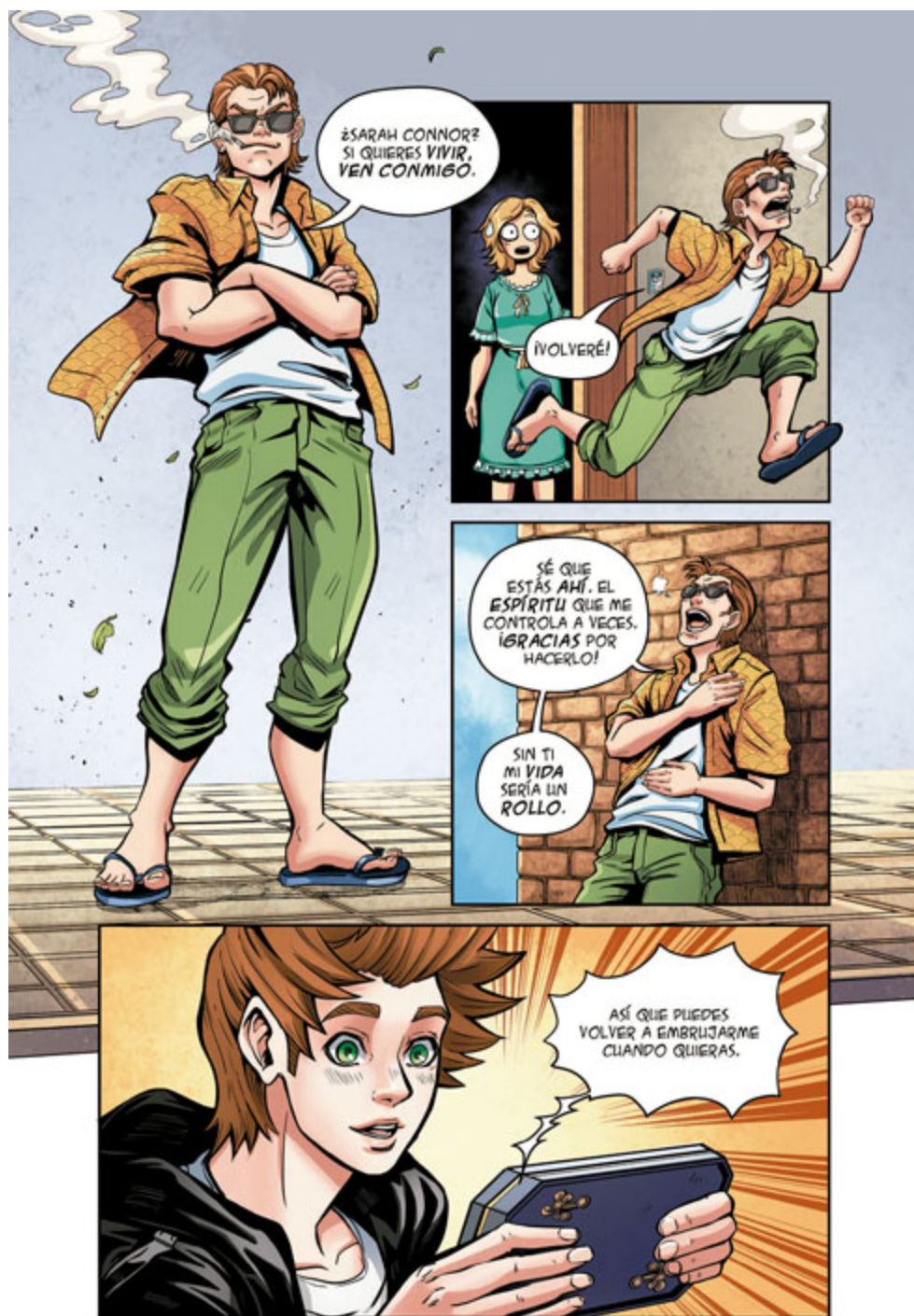
Otra cosa fallaba. El telemando tenía un radio de acción muy limitado. El Directorio XY estaba en los Pirineos. Yo estaba en la otra punta del mundo, en Australia. A no ser que...

¡Jacinto estaba en Australia! A través del visor, descubrí que abandonaba un hotel de Alice Springs en el que se alojaba y, poco a poco, fui desvelando el resto. Al parecer, se había divorciado de la pesada de su esposa y ahora era un hombre nuevo y aventurero. Incluso había sustituido su atuendo de *loser* por el de un surfero molón. Parecía que ahora estaba dispuesto a vivir toda clase de aventuras. Por eso había viajado hasta allí.

Cuando se miró de refilón en el reflejo de un escaparate, me sorprendió su cambio de *look*. Ahora estaba bronceado. Gafas oscuras, cigarrillo colgando del labio inferior, mueca de tener la nariz ofendida por algún olor repugnante.

Era mi oportunidad para gastarle una pequeña broma...





Estaba tan enfrascado embrujando a Jacinto que me costó darme cuenta de lo que estaba pasando a solo cien metros de allí. El cañón láser que recordaba a una esfera armilar estaba zumbando

y rodando sobre sí mismo más rápido de lo normal. Parecía que estuviera cobrando vida, como ya había sucedido con los artefactos de la clase de Don Williams.

—¡Cuidado! —gritó entonces Tim Peary saltando de su tabla de surf—. ¡El LaserDock se ha descontrolado!

El LaserDock lanzaba sus rayos láser de colores por doquier, como uno de esos videojuegos que pueden dejarte epiléptico si los miras fijamente. Rotaba tan deprisa y de una forma tan ruidosa que parecía que estuviera a punto de desmontarse y salir rodando como el Correcaminos. Sin embargo, se detuvo en seco y todos los láseres convergieron en uno solo de color blanco chisporroteante.

El haz de luz blanca, grueso como un brazo, salió disparado hacia el cielo ejecutando una gran parábola. Recordaba al Kame Hame Ha de Goku en *Dragon Ball*.

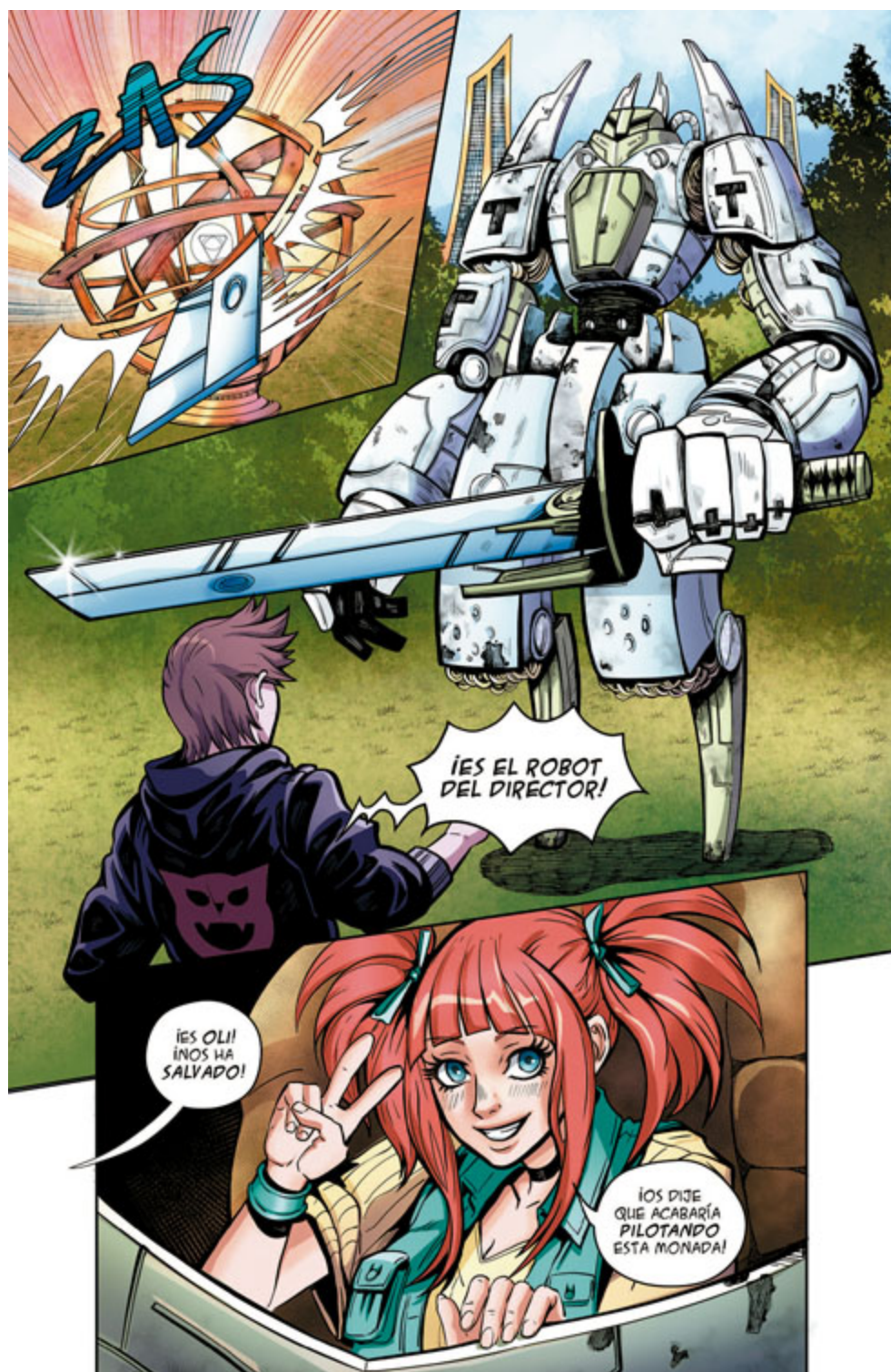
—¡Todo el mundo a cubierto! —gritó de nuevo Tim Peary tirándose al suelo y protegiéndose la cabeza con los brazos.

No me dio tiempo a reaccionar. Un fogonazo de luz cegadora estalló en el horizonte. Dos segundos más tarde, llegó a mis oídos el trueno de una explosión lejana. Y dos segundos después, se formó una seta de espeso humo, como la que se produce tras una explosión nuclear.

—*What the F...!* —empecé a chillar echando el cuerpo a tierra.

La explosión tuvo lugar a tantos kilómetros de allí que no sufrimos ningún daño, y afortunadamente todo lo que rodeaba Gamedonia era un desierto en el que no vivía nadie. Sin embargo, pronto comenzó a llover polvo y pequeñas piedras que habían sido levantadas por la monstruosa detonación.

El LaserDock se puso a zumbir de nuevo. ¡Iba a realizar otro disparo! Y entonces...



Muchos alumnos, incluso los que se encontraban inmersos en algún mundo virtual, salieron de los edificios alarmados por la explosión y posterior demostración de Oli a bordo del mecha de Timothy Peary. Entre ellos estaban Flynn, Verkan, Yumi y unos cuantos más a los que conocía de clase.

Yo aún tenía el corazón a mil por hora, y reconozco que haber visto a Oli dando un espadazo con un robot gigante también me había emocionado. ¿Es raro que diga que me había parecido... sexy? Pues es la verdad. Sin embargo, me temía lo peor para la pobre Oli. Para una vez que incumplía una norma después de que el Directorio la hubiera intentado convertir en una alumna dócil, creí que iba a ser expulsada por ello.

Pero Timothy Peary se aproximó al robot. Miró a Oli mientras lo acariciaba. Y sonrió.

—Hay que saber saltarse las reglas cuando es necesario —le dijo—, y tú has sabido hacerlo.

Todos respiramos aliviados. Gamedonia no solo evitaba expulsar a Oli por aquello, sino que el director la felicitaba por haber tomado la iniciativa. Todo lo contrario de lo que habría ocurrido en el Directorio XY.

—Pero ahora sal de mi preciosidad, es un aparato peligroso que podría descontrolarse como lo ha hecho el LaserDock —añadió Tim con tono de preocupación.

Estuve tentado de abordar a Tim Peary para preguntarle si aquel incidente guardaba relación con el Directorio XY, si la alerta general en la que estaba sumida Gamedonia tenía algo que ver con una especie de *hackeo* de los sistemas. Pero no lo hice. Enseguida aparecieron miembros de seguridad y Tim se introdujo en el robot para llevarlo a un sitio seguro.

Todos los alumnos cuchicheaban, lanzaban rumores, alababan la valentía de Oli, narraban lo alucinante que había sido la explosión originada por el LaserDock... y Flynn se acercó a mí mientras Oli me preguntaba si me había gustado su golpe de espada en plan Transformer samurái.

—Sí-í —vacilé yo tragando saliva y ruborizándome.

—Dejad el flirteo por un momento —nos interrumpió entonces Flynn—. Ya he hecho mis investigaciones. Todos estos incidentes con los artefactos y sistemas eléctricos de Gamedonia tienen relación entre sí. Voy a continuar luego accediendo a bases de datos y os mantendré informados.

—¿El Directorio? —pregunté yo poniéndome serio.

—Es más que probable —dijo ella, y apuntó con los ojos a Yumi Jusaka, que en ese momento hablaba con Frédéric, Jyn y Ramona—, y creo que ella también tiene algo que ver.

Enarqué una ceja escéptica.

—Me parece que confundes los celos con...

—No son celos, idiota —me interrumpió Flynn—, fíjate en todo lo que sabe, en lo que lee, en su brazo biónico... ¿No te recuerda a alguien?

Me quedé un momento pensativo. Entonces abrí mucho los ojos.

—¿Robin?

—Bingo.

Negué con la cabeza.

—¿Estás sugiriendo que Yumi es una infiltrada solo porque se parece mucho a mi excompañero de habitación en el Directorio XY?

—Solo es una hipótesis. Estoy dispuesta a llegar donde sea necesario para averiguarlo. Si la alerta de Gamedonia es un ataque del Directorio, Yumi sería ahora mismo una amenaza muy peligrosa para todos.

CAPÍTULO 6

CREO QUE ES AQUÍ. ESTO PARECE LA PUERTA DE UN ALMACÉN.

VAMOS A LLEGAR TARDE. TIENES UN SENTIDO DE LA ORIENTACIÓN PÉSIMO.

TE VEO PREOCUPADO. ESTA CLASE SERÁ LA CARA, ¡COORDINACIÓN PSICOMOTRIZ! ¡MOLA!

NO SÉ...

¿DÓNDE ESTÁ EL PROFESOR?

ESTAMOS A PUNTO DE COMENZAR, TOMEN ASIENTO.

LLEGÁIS TARDE COMO SIEMPRE.

LA CULPA ES DE ESTE.

Todo aquel centro estaba a rebosar de equipos electrónicos e instrumentos de control. Los encargados de mantenimiento trabajaban con diligencia para que las conexiones estuvieran listas y todo funcionara correctamente.

Cada uno de nosotros había tomado asiento en una mesa individual de control. En realidad, se parecía bastante al escritorio de cualquier aficionado a los videojuegos: teclado, dos pantallas planas, una pareja de *joysticks* erizados de botones y un indicador que mostraba lecturas de brillantes colores.

—Hemos empezado un poco más tarde esta asignatura porque se han estado ajustando los simuladores para que resulten más útiles en la amenaza que se cierne sobre Gamedonia —dijo la voz que surgía del altavoz que había sobre el escritorio—. Todo lo que vamos a enseñaros aquí resulta fundamental para combatir el estado de alerta en el que nos encontramos, a fin de evitar cosas como las que han pasado con el LaserDock.

Aquella clase parecía que iba en serio. Sin embargo, me extrañaba que no se aludiera al Directorio XY. ¿Gamedonia no sabía quién estaba detrás de aquellos sabotajes? ¿Sí que lo sabía, pero prefería no decirlo a los alumnos? Miré de reojo a Yumi... ¿Y si ella era realmente una infiltrada?

—Ahora debéis activar el protocolo. Clave de acceso: Leviathan. Treinta segundos después, se os asignará un dron submarino. Respuesta de latencia, quince milisegundos. Activad cámaras a, b y c. Propulsión en estado «velocidad de crucero». La iluminación de los ledes se activa con los números 1 a 5. Desplazamiento al rojo significa que el motor se sobrecalienta y dejará de funcionar durante cinco segundos. Ejes X e Y se controlan con mando derecho. Eje Z, con mando izquierdo. En esta primera

prueba no dispondréis aún de artillería o contramedidas. La prueba está adaptada para la situación de emergencia en la que solo los mejores de vosotros participaréis. ¿Alguna pregunta?

Tras las primeras indicaciones de aquella voz monocorde y carente de emociones, un mosaico de luces se iluminó en mi pantalla de la derecha. El resto de instrucciones nos las habían dado con tanta rapidez, y yo estaba tan poco familiarizado con aquel juego, que estoy convencido de que me olvidé de más de una. De hecho, un par de luces rojas parpadearon en una esquina de la pantalla, indicándome que tenía los motores invertidos. Quería levantar la mano para pedir ayuda a aquel profesor, pero no había profesor, solo aquella voz. Incluso empecé a plantearme que la voz ni siquiera procediera de un ser humano, sino de una sofisticada inteligencia artificial o algo así.

—¿Profesor...?

—Puedes llamarme Control. Adelante, Rubén Doblas, ¿qué problema tienes?

Carraspeé. Aunque no hubiera nadie presente, debían disponer de cámaras y detectores de sonido muy sensibles para haberme oído con tanta facilidad.

—Control, tengo una luz roja que me da mala espina.

Hubo un prolongado silencio. A continuación, un crepitar siseante que procedía del altavoz.

—Veo tu piloto rojo, Rubén. Has conectado el flujo eléctrico antes de tiempo. Pulsa espacio y 1 simultáneamente, y en la pantalla emergente desconecta la pestaña flujo 0-1.

Seguí las indicaciones, y la luz roja dejó de parpadear. ¡Lo había conseguido! No era tan difícil... Sin embargo, al mirar a mi alrededor me di cuenta de que los demás no tenían tantas

dificultades con aquella interfaz. Ya estaban todos preparados y en sus pantallas resplandecía el fondo submarino iluminado por los ledes. Yumi, de hecho, había sido la primera en estar lista. Solo una persona parecía estar pasándolo peor que yo: Verkan.

Aún estaba aporreando el teclado, tratando de eliminar una pantalla emergente llena de indicadores.

—Willard Verkan —dijo el altavoz, y este dio un respingo—: Las lecturas indican que debes reiniciar el sistema. Pulsa el botón dorado que tienes en la esquina inferior izquierda de tu mesa y espera treinta segundos.

Verkan se ruborizó cuando todas las miradas de la clase convergieron en él. Frunciendo el ceño, pulsó el botón y sus pantallas se volvieron oscuras. Treinta segundos después, todo el sistema se cargó de nuevo.

Mientras Control nos explicaba con más detalle el funcionamiento del dron submarino y sus capacidades de maniobrabilidad, me preguntaba qué clase de misión nos iban a encomendar y cuál era la verdadera naturaleza de aquella situación de emergencia. ¿Una misión submarina? ¿La búsqueda de un pulpo gigante de miles de tentáculos que estaba amenazando a los surfers de la costa australiana? ¿Así querían combatir al Directorio XY?

—El sistema de pilotaje a distancia se denomina Telepresencia, es decir, estar presentes en un sitio que está lejos de vosotros.

Eso significa que, sentados frente a vuestro tablero de mandos, es como si estuvierais dentro del dron submarino. Claro está, para que eso fuera verdad tendríais que medir apenas unos centímetros, como un duende, porque los drones submarinos tienen un tamaño similar al de una caja de zapatos. También deberíais estar en mitad

del mar, en la zona oeste del océano Pacífico, y no aquí. Concretamente, deberíais estar en la Gran Barrera de Coral. ¿Alguien sabe lo que es?

Yumi, en primera fila, levantó la mano.

—Es la mayor acumulación milenaria de esqueletos de colonias de corales del mundo, y en ella viven varios miles de especies marinas. Es como una casa o un país de animales marinos.

—Correcto, Yumi Jusaka. La Gran Barrera de Coral se encuentra en la costa de Queensland, al noreste de Australia. Puede contemplarse desde el espacio porque tiene unos dos mil seiscientos kilómetros de longitud. En este lugar es donde realizaréis vuestras prácticas.

Estoy convencido de que aquella respuesta le había proporcionado más puntos curriculares a Yumi. Por mucha rabia que le diera a Verkan.

—Oye, Control —dije yo de repente.

—¿Sí? ¿Rubén?

—¿Cómo maldice un pollito a otro pollito? ¡Caldito seas!

Solté aquella ocurrencia por dos razones. La primera, para que Verkan dejara de ponerse tan colorado de rabia y se relajara un poco. La segunda, para comprobar si aquella voz misteriosa tenía sentido del humor. Si no lo tenía, eso era una prueba más de que quizá era una inteligencia artificial programada para impartir aquella clase.

—Ja-ja-ja.

Vale. Tenía sentido del humor. O, al menos, eso parecía. Debía de ser un profesor humano. O tal vez es que Gamedonia había programado una inteligencia artificial tan sofisticada que hasta

entendía los chistes malos *by Rubius*.

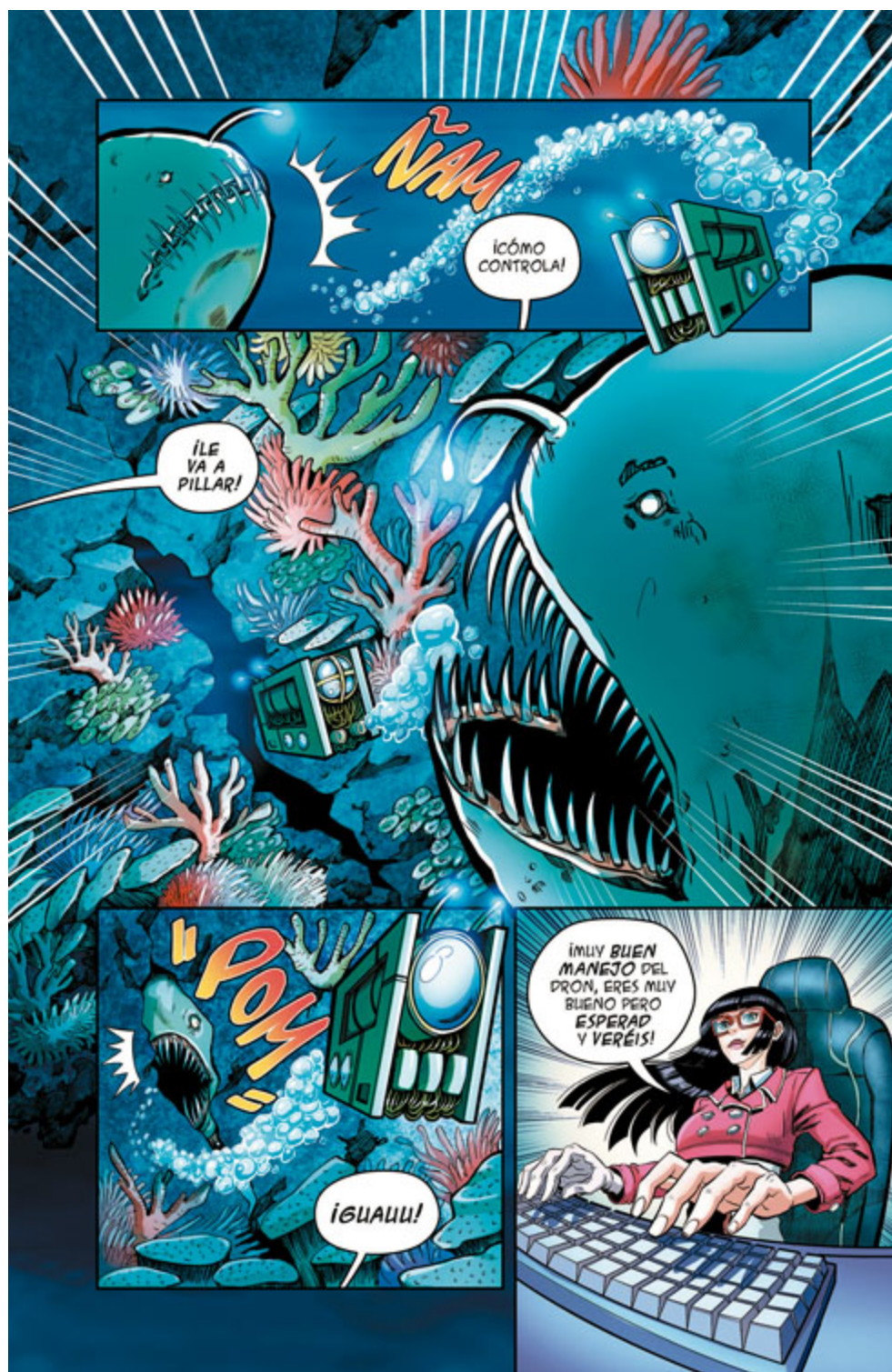
Siguiendo las indicaciones de Control, empezamos a gobernar a nuestros drones submarinos por aquel escenario alucinante.

Era como pilotar un coche teledirigido, pero de forma mucho más precisa y realista; y, por si fuera poco, encima con vistas en primera fila. En verdad, la Telepresencia era como estar dentro del propio submarino.

A pesar de lo difícil que era dominar el dron, contrarrestando las corrientes submarinas y esquivando los obstáculos, enseguida nos hicimos con el control. Se notaba que todos nosotros éramos grandes gamers: nos bastaban unos minutos para entender la lógica del juego.

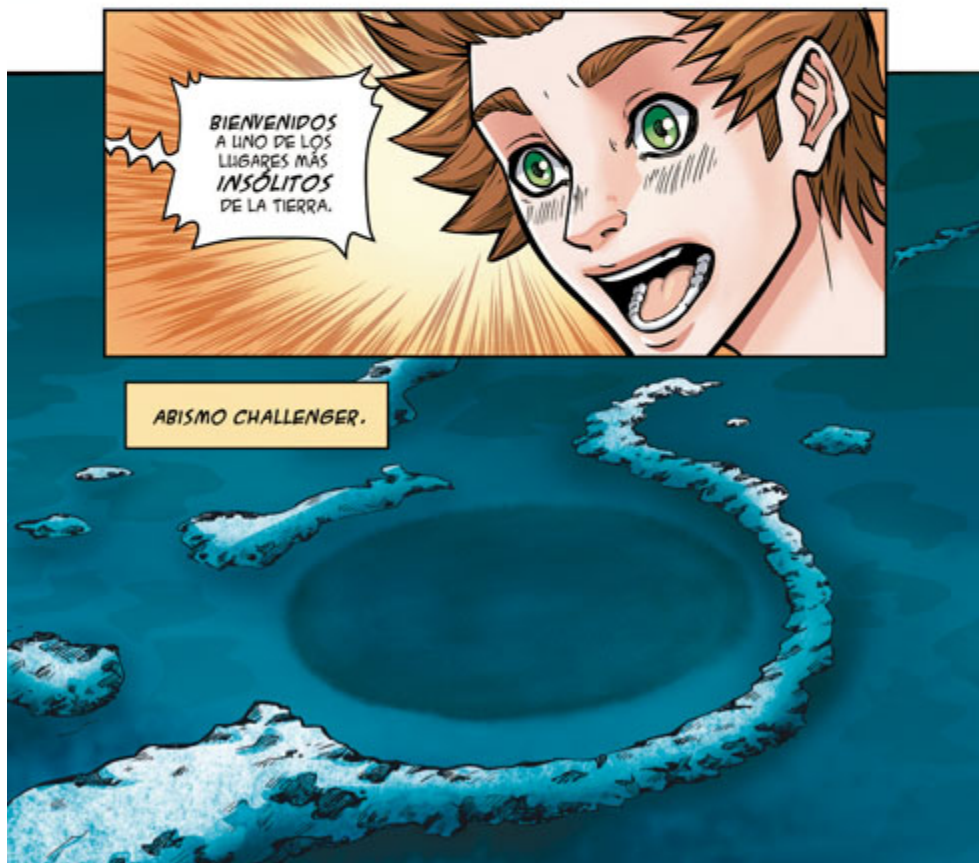
A través de las cámaras, distinguí el dron de Verkan: era el que estaba más rezagado. Un indicador con su nombre me lo señalaba. Creo que mi amigo era el que lo tenía más difícil de todos nosotros.











A medida que Verkan iba ganando confianza en sí mismo, también empezaba a mostrarse más habilidoso en aquel nuevo escenario en el que podíamos gobernar drones submarinos mediante telepresencia. El abismo Challenger era tanto o más alucinante que la Gran Barrera de Coral, a pesar de ser menos colorido. Estaba en la Fosa de las Marianas, al norte de Australia; con 11.034 metros, era lo más parecido al espacio exterior.

—Estás cabalgando muy bien esa corriente de agua, Willard Verkan —dijo Control.

Y él se vino arriba. No solo nos adelantaba en el descenso a las profundidades abisales, sino que lograba evitar los efectos de la descompresión.

—Eres muy bueno, Verkan —dijo Yumi echando un vistazo a sus pantallas. El murmullo del resto de alumnos también era claramente adulador. Y Verkan se sintió protagonista por primera vez en aquella clase, así que empezó a hablar con voz lenta y enfática:

—Yo me lo tomo como si fuera un científico que estudia el lugar. A eso dedican su fortuna algunos multimillonarios. ¿No conocéis la historia de Elon Musk? Es una persona normal que acumuló su riqueza gracias a su increíble ingenio, y ahora ha fundado SpaceX, una empresa aeroespacial que quiere abaratar cien veces los viajes espaciales.

Verkan nunca desaprovechaba la oportunidad de demostrar cuánto sabía y, de paso, defender que las personas que acumulan grandes riquezas, como la familia Verkan, eran capaces de ayudar al mundo. También había en aquella defensa de los ricos cierto miedo a la pobreza: una vez, Verkan tuvo que volar en clase turista y aún tiene pesadillas por ello.

—Pero también hay muchos millonarios que usan su fortuna para sus propios caprichos y encima no pagan impuestos —dijo Flynn en voz alta y con tono repipi. Le encantaba enfurecer a Verkan. Y lo había conseguido. Pero Verkan estaba enamorado de Flynn, por mucho que lo negara, así que se tragó su respuesta a pesar de que se empezaban a oír algunas risas entre los compañeros de clase.

El abismo Challenger también albergaba monstruos que nadie había identificado aún. Algunos de los que sí se conocían eran, por ejemplo, el gusano bellota, que parece un moco grande y alargado, o unos erizos de mar que recuerdan a bolas de clavos. Pero el que me daba más miedo era el gusano zombi, llamado *Osedax*, que segregaba ácidos para deshacer a sus presas y comérselas después.

Oli, por su parte, era la que estaba más rezagada. Aquella posición parecía más ventajosa porque eso le permitía contemplar los problemas que tenían sus compañeros en el camino y adaptarse a ellos antes de que llegaran a su dron. Sin embargo, avanzar detrás de las corrientes que generaban los motores de los otros drones exigía maniobras más complejas.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le susurró el compañero de clase que se sentaba junto a ella.

—Casi nunca lo sé, pero eso jamás me ha detenido antes —respondió ella resuelta.

Yo aceleré para situarme justo detrás de la estela de Verkan, dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad para adelantarle. Pero él me había localizado, y encendió sus ledes traseros a máxima

potencia para cegarme. Empecé a perder potencia y me quedé absolutamente paralizado como un conejo deslumbrado por las luces de un camión.

—Qué truco más guarro —gruñí.

Viré al máximo, cambié de rumbo y, cuando enfilé de nuevo el descenso, entonces sí que me quedé paralizado. De miedo.



CAPÍTULO 7

En Telepresencia, lo que más se valoraba era la llamada psicomotricidad fina y la coordinación ojo-mano. O sea, hacerse con los mandos del juego. Control determinó que la temeridad de Verkan restaba validez a sus habilidades.

—No le des más vueltas —le dijo Flynn en el descanso de la clase Cómo construirse un refugio. Dado que estábamos en un entorno virtual, la escena era muy cómica: Verkan era un monstruo verde sentado en una piedra, al pie de un gran árbol rojo. Y Flynn, un reptil dorado que siseaba a su alrededor.

—Claro, tío, todavía estamos al principio —le dije yo también, que en aquel mundo era un mosquito.

—Eso lo dices porque tu submarino no se ha destruido.

—Al menos no te quitan puntos. Te pondrás al día enseguida.

—Eso será si me entregan otro dron —dijo el avatar de Verkan. Describí una parábola en el aire y me posé sobre su hombro.

—A ver, tampoco te pongas melodramático. Que tu maniobra para frenarme era muy guarra, ¿eh?

Verkan se palmeó el hombro para intentar aplastarme.

—¿Como esta?

Volé irritado sobre su cabeza.

—Exactamente esa.

—Vamos, chicos, haya paz —intervino Oli—. Y tú no te preocupes, Verkan. Cada uno destaca en una cosa. Yo destaco dibujando unicornios, por ejemplo. Y tú... eh...

Todos nos pusimos a pensar.

—Uhhh... En algo destacarás, seguro, pero ahora no se nos ocurre —dijo Flynn imprimiendo en su voz cierto tono paródico.

Verkan gruñó. Entonces, el profesor vino a poner orden:

—Dejad de jugar con los avatares, salid del entorno y empezad a planificar el diseño del refugio. ¡Vamos, vamos! En veinte minutos trataré de colarme dentro. Si lo consigo, os quitaré diez puntos.

* * *



Otra de las clases más importantes de Gamedonia consistía en programar nuestro propio videojuego desde cero.

—Pues yo voy a diseñar un videojuego en el que unicornios de distintos colores compiten entre sí para ver quién llega antes al final de un arcoíris de miles de kilómetros de tamaño.

El profesor se quedó un poco estupefacto frente a aquella propuesta, pero el entusiasmo de Oli era tan evidente que se abstuvo de persuadirla con otra idea más razonable.

—Yo quiero hacer un simulador de vuelo —dijo Flynn—, y tendrá modo piloto automático, así puedes echarte una cabezadita mientras surcas los cielos. ¿A que suena relajante?

—Y aburrido —replicó Verkan.

Flynn dilató los agujeros de la nariz para expulsar aire.

—A ver, listo, ¿qué apasionante videojuego vas a hacer tú?

Los ojos de Verkan parecían extraviados, como si en su cabeza estuviera imaginando algo muy complejo y fascinante.

—Un buscador de tesoros que invierte en Bolsa para duplicar los beneficios.

Flynn compuso una mueca y, finalmente, se echó a reír.

—¿En serio?

Verkan entornó los ojos, suspicaz.

—Sí, en serio. ¿Qué pasa?

—Nada, nada... —trató de disimular Flynn.

Yumi, mordisqueándose el pulgar con aire ausente, dijo:

—Yo voy a hacer un juego de plataformas ambientado en la Biblioteca de Alejandría. La misión es encontrar la salida, pero las pistas para conseguirlo están en los libros que hay en las estanterías. Así que, además de jugar, estás obligado a leer.

—Un juego muy formativo —declaró el profesor—, seguro que si logras terminarlo, algún colegio se interesa en adquirirlo.

Flynn la miró con suspicacia. ¿Continuaba sospechando de ella? ¿Habría averiguado algo más sobre su posible relación con el Directorio XY? Yumi se limitó a sonreír y repitió aquella palabra que el traductor automático era incapaz de interpretar: *backpfeifengesicht*.

Cuando me llegó el turno de explicar cuál era mi proyecto, me quedé en blanco. ¿Qué juego me gustaría crear? ¿A qué clase de juego me gustaría jugar? Tenía muchas ideas, pero ninguna acababa de convencerme.

Como Oli era tan imaginativa, por la tarde le sugerí ir a dar una vuelta; hablar con ella era como teletransportarse a un mundo paralelo. Pero llevaba un buen rato un poco taciturna. Paseamos por el campus en silencio hasta llegar al LaserDock, que ya habían reparado. Eso no evitó que lo mirara con cierto temor.

—¿No te pasa que a veces sientes que estás viviendo una vida que no es la tuya? —me dijo de repente Oli—. Como si no encajaras. Como si tú no pudieras ser tú hasta que algo de tu alrededor cambiara.

—Yo también me siento inseguro a veces. Es normal. Estamos a punto de dejar de ser niños para convertirnos en adultos.

—¿Qué quieres ser de mayor?

—Mmm..., no lo sé.

—Yo tampoco. Ni siquiera estoy segura de que quiera convertirme en adulta.

La miré con ternura. Y estuve a punto de decirle que, si nos hacíamos adultos juntos, quizá sería más llevadero.

—Zombirella —me dijo entonces.

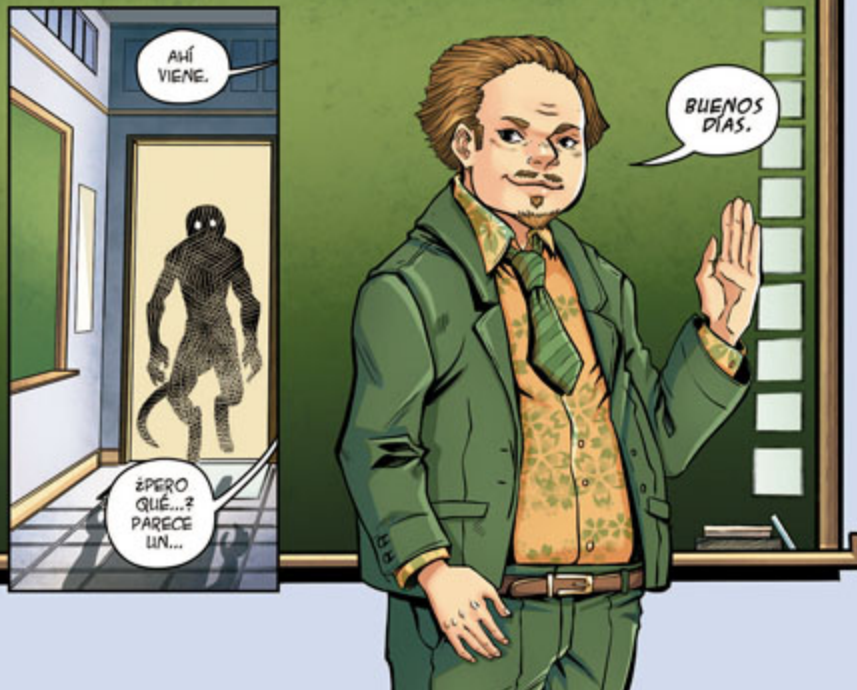
—¿Qué?

—Nada, es algo que me ha venido a la cabeza. No sé por qué.

Y yo, sin saber tampoco la razón, volví a pensar en aquel holograma que se había aparecido en la clase del Directorio XY y que se parecía a mí diez años más mayor. El que me sugirió mi nombre: «Rubius». El que mencionó a «Mangel», que no sabía aún lo que era. ¿«Zombirella» era otra de las enigmáticas palabras que formaban parte de aquel misterio? Quizá existiera un futuro o una realidad paralela donde todo pudiera encajar.

* * *





—¿Alguien sabe quiénes fueron las primeras personas en imaginar un ordenador? —preguntó el profesor Oliver Wong con aquella vocecita que recordaba a la de un muñeco.

Yumi, como de costumbre, levantó la mano. Sin embargo, Wong continuó hablando, quizá porque no quería que nadie le interrumpiera. O tal vez es que no veía demasiado bien, porque continuamente entrecerraba los ojos cuando tenía que enfocar algo que estuviera a más de dos palmos de su nariz. Como era japonés, cuando hacía esta mueca también sus ojos se volvían dos rendijas como las de Yumi.

—El inglés Charles Babbage y su ayudante, la joven Ada Lovelace, fueron los primeros en pensar en un ordenador en el siglo XIX. Intentaron construirlo uniendo sus respectivas habilidades: él usando sus conocimientos técnicos, y ella sus dotes para la poesía y las matemáticas, capacidades que la convertirían en la primera programadora del mundo. Los libros de historia dicen que nunca dispusieron de suficiente dinero para culminar su proyecto, pero eso es solo parte de la realidad. La otra parte, la que no se cuenta, es que ambos también soñaban con construir una máquina para jugar, una máquina que permitiera a la gente salir de la realidad. Lo que tampoco nos ha transmitido la historia es que un grupo de fanáticos, llamados Los Realistas, o El Club, boicoteó la construcción de aquella máquina gigantesca que aspiraba a ser el primer ordenador del mundo.

Ya conocía algunos detalles de aquella historia, que me fueron revelados durante mis días en el Directorio XY, así que me concentré en otra cosa. Al darse la vuelta, Wong quedó iluminado por el sol que entraba por las ventanas. Entonces pude comprobar que en un lateral de su cráneo, la piel era como escamosa, como la

de una serpiente u otra clase de reptil. Y también distinguí en sus ojos un brillo muy inquietante. ¿Es que acaso aquel profesor no era humano?

CAPÍTULO 8

—Que no, pesado.

—Que sí, mira, mira.

—Que no. Debe de tener algún problema en la piel. ¿No sabes lo que es un eccema? ¿La psoriasis? ¿Una dermatitis?

El que trataba de convencerme entre susurros de que aquella especie de piel de serpiente que se adivinaba en un lateral del cráneo de Oliver Wong era algo completamente natural era Verkan. Yo no las tenía todas conmigo, pero debía admitir que quizá solo se trataba de algún pequeño problema dermatológico.

—Quizá tienes razón, pero a lo mejor es un descendiente de reptilianos o algo así —sugerí entonces también entre susurros, un poco por llevarle la contraria.

Verkan negó con la cabeza.

—Has jugado a demasiados videojuegos.

—Será que tú no...

—Shht, calla, que no me dejas atender a la clase.

—No sabemos cómo habría sido el mundo —continuaba Wong con su vocecita de muñeco— si Babbage y Lovelace hubieran construido su máquina. Así que tuvimos que esperar casi cien años para que los primeros ordenadores existieran. Y mucho más tiempo para que los primeros videojuegos vieran la luz. Al principio, los videojuegos eran muy simples, incapaces de sustituir la experiencia

de la realidad. Pero todo empezó a cambiar con uno de los personajes más divertidos y traviesos de la historia gamer: Nolan Bushnell, el fundador de la compañía Atari. ¿Alguien sabe qué videojuego creó?

Yumi levantó la mano.

—¿Nadie? —insistió Wong.

Yumi movió la mano de un lado al otro y carraspeó.

—Como nadie lo sabe —prosiguió Wong—, os lo diré yo. Se llamaba *Pong*. Y se llamaba así porque era como el juego del ping-pong, pero en la pantalla de un ordenador.

Wong pulsó un botón sobre su escritorio y el proyector de la clase reprodujo un vídeo en el que se podía ver el *Pong* de Bushnell en plena acción. Lo cierto es que era un videojuego bastante simple.

—Buah —exclamé—, ¡menudo rollazo!

—Zzzz —pronunció Flynn fingiendo que se había dormido (aunque para eso no hacía falta que fingiera demasiado).

—Pues no está tan mal —intervino Yumi sin levantar la mano, dado que parecía invisible para Wong.

—¿Quién ha dicho eso? —inquirió él.

—¡Yo! —exclamó entonces haciendo ondear su brazo como si fuera una náufraga en el momento de avistar un barco.

—¿Nadie? Bueno, sea quien sea tiene mucha razón —continuó Wong, impertérrito—, porque hemos de contemplar este videojuego en el contexto de su época. En los años setenta, jugar a algo así era lo más emocionante del mundo. Os puedo asegurar que todos se volvieron locos con el *Pong*. Mirad, Bushnell había creado el juego en una caja de madera del tamaño de un armario, la

primera máquina de arcade. Para probar cómo reaccionaría la gente a algo así, instalaron solo una en un bar ubicado en el pueblo de Sunnyvale, California. ¿Sabéis lo que pasó?

Yumi iba a levantar la mano, pero finalmente desistió.

—Lo que pasó —continuó Wong— es que tuvo tanto éxito que dejó de funcionar. Los clientes habían echado tanto dinero para jugar que reventaron el cajetín de las monedas.

Wong continuó explicándonos algunas cosas más de aquel visionario de los videojuegos que, encima, era un juerguista y un bravucón. Un chico que, con solo veintinueve años, había revolucionado la historia del entretenimiento digital. Y que además, con toda la fortuna obtenida, se había comprado una mansión en Los Gatos (aquí Verkan dio un respingo), un pueblo en California, donde celebraba fiestas con la junta directiva de la empresa y sus amigos, rodeados de música ensordecedora y un enorme jacuzzi. *Oh, yeah, man!*

Sin embargo, a pesar de aquella fascinante historia sobre Atari, no pude evitar seguir dándole vueltas al extraño aspecto de Oliver Wong. De hecho, nada más salir de clase volví a plantear mis dudas a Verkan, Flynn y Oli.

—Mira que eres pesado —decía Verkan—, solo porque tiene manchas en la piel y le brillan los ojos ya tiene que ser un serpentiano de esos.

—Reptiliano —le corregí.

—Lo que sea. Eso es un cuento inventado por conspiranoicos.

Flynn y Oli estaban de acuerdo con Verkan, pero entonces me di cuenta de que él no adoptaba aquel papel escéptico por verdadero convencimiento, sino porque le inquietaba que yo tuviera

razón. Así que, para comprobar si mi suposición era cierta, fingí que yo era un firme defensor de la teoría reptiliana.

—No estaría tan seguro —empecé con voz firme—; he leído por internet que *ellos* están entre nosotros, que podrían ser una especie extraterrestre que ha evolucionado paralelamente a los humanos. Y que por eso hay tantas leyendas y mitos en diversas culturas del mundo en las que aparecen reptiles humanoides.

Verkan me miró de soslayo.

—¿En serio te crees todo eso?

—Pues da un poco de yuyu —intervino Oli—, a lo mejor hay algo. Una vez vi un documental que...

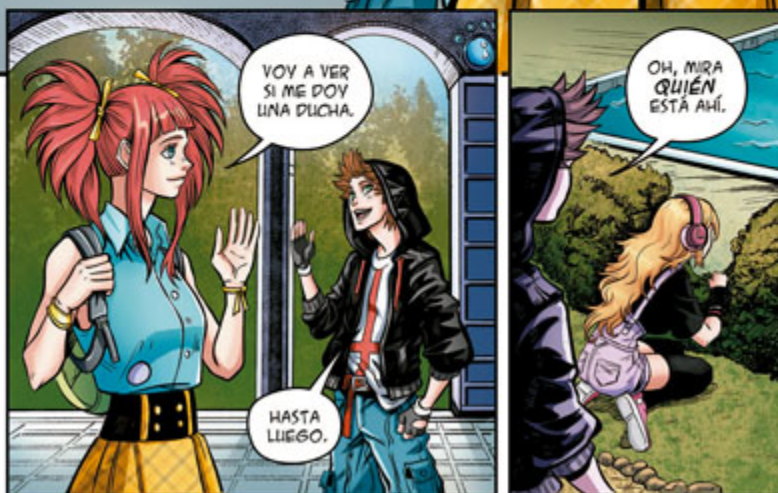
—Todo eso son cuentos —la interrumpió Verkan con un brusco ademán. En sus ojos asomaba un poco el pánico.

No había duda. Verkan era tan firme en su rechazo porque las historias de terror no le dejaban dormir por las noches. Y como eso me parecía tremendamente divertido, no sería la última vez que sacaría aquel tema delante de él.

Verkan bufó, pero a mí no me engañaba: albergaba más de una fobia. Los gatos eran una de ellas. Los reptiles humanoides que conspiran para hacerse con el control de la humanidad, otra.

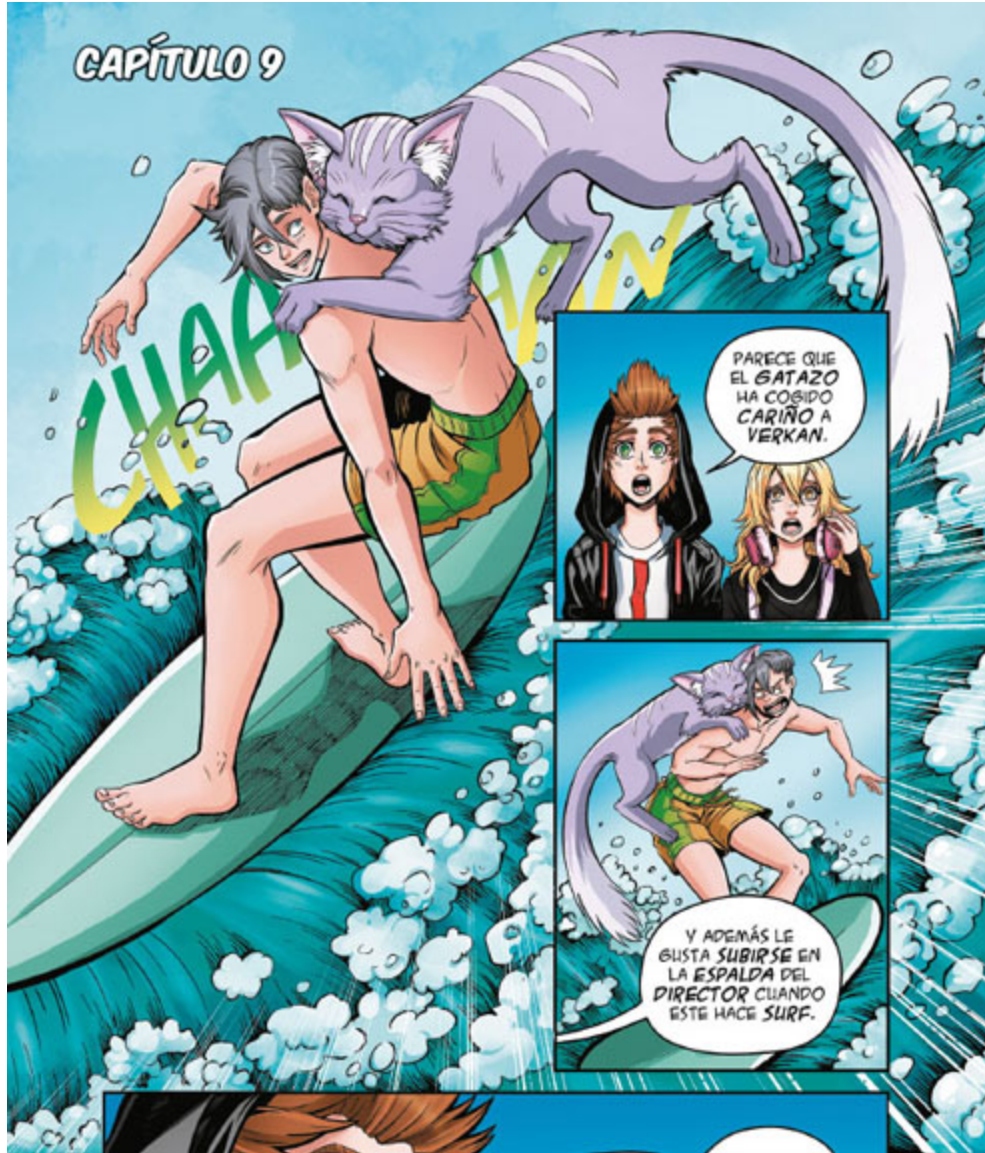








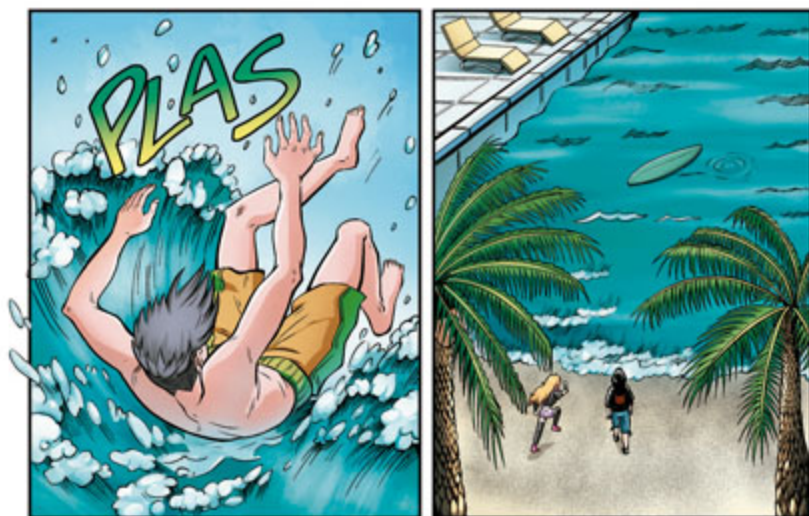
CAPÍTULO 9

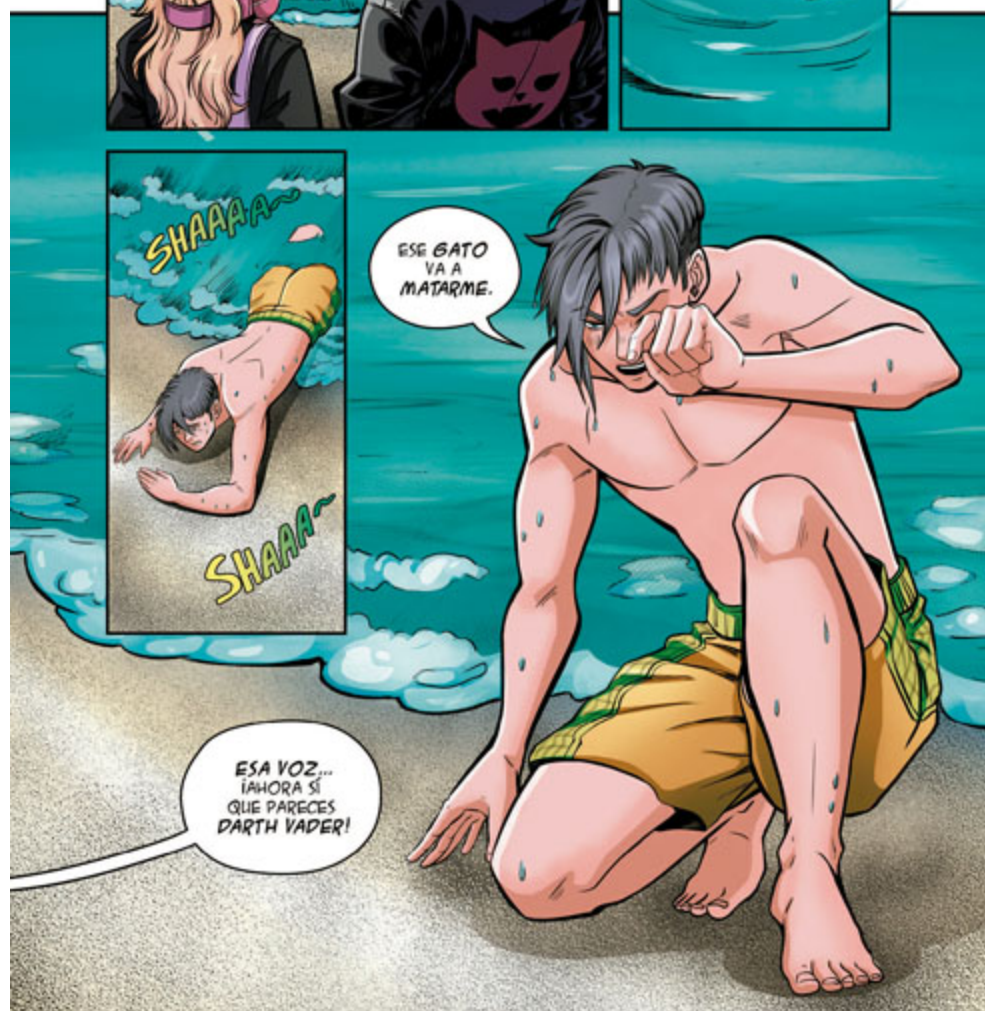
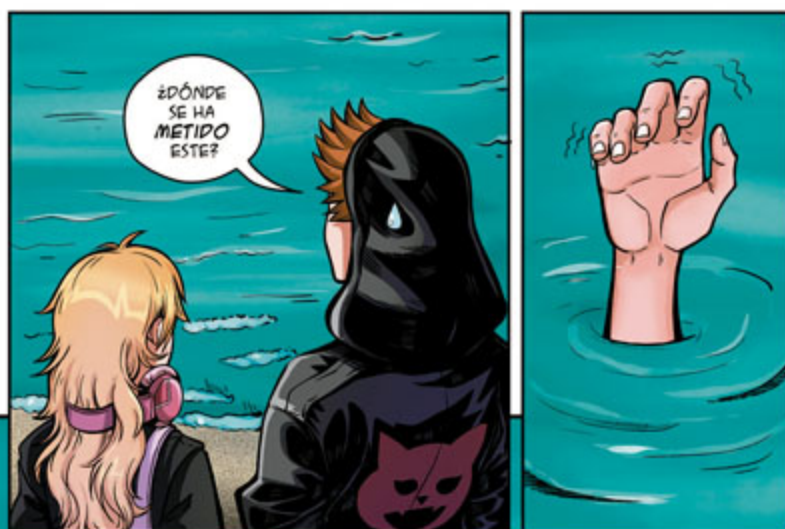


PARACE QUE
EL GATAZO
HA COSIDO
CARINO A
VERKAN.

Y ADEMÁS LE
GUSTA SUBIRSE EN
LA ESPALDA DEL
DIRECTOR CUANDO
ÉSTE HACE SURF.

IGUAL LE
RECUERDA AL
DIRECTOR.





La emergencia que había obligado a Gamedonia a modificar todos los protocolos de la clase de Telepresencia tenía que ser realmente grave, porque aquella asignatura empezó a ser tan difícil que casi hizo picadillo nuestros nervios.

Cuando ya habíamos adquirido unas nociones en el manejo de aquellos drones submarinos, entonces el siguiente paso fue seleccionar los equipos y sus respectivos líderes. Verkan estaba dispuesto a encabezar uno de los grupos, así que se dedicó a entrenar durante todas sus horas libres para dar lo mejor de sí mismo en las que seguramente serían unas exigentes pruebas de selección.

—Esta mañana organizaremos los equipos usando nuestro examen estándar de clasificación —empezó diciendo Control a través de ese pequeño altavoz sobre la mesa.

—¿Qué será...? —musitó Oli.

Verkan se había sentado con la espalda muy erguida, como si fuera un soldado a punto de ser nombrado caballero por la espada del rey Arturo o algo así.

—Esa prueba estándar de selección se llama —continuó Control— «Piedra, Papel, Tijera».

Nos miramos unos a otros sin comprender: ¿los líderes de los equipos se escogerían jugando al Piedra, Papel, Tijera? Me pareció que la gota de sudor que se formó en la frente de Verkan era tan grande que incluso la distinguí desde mi asiento, y aquella gota se deslizó sobre una vena muy hinchada por la rabia.

—¡Es broma! —exclamó Control—. Ja-ja-ja. La selección se efectuará de manera aleatoria a través de un programa de ordenador, para que no existan favoritismos y todos empecéis con las mismas oportunidades.

Todos nos reímos un poco nerviosamente. A veces el humor de Control era desconcertante, y más todavía lo eran sus carcajadas. ¿Sería de verdad una inteligencia artificial simulando tener sentido del humor? A Verkan, sin embargo, parecía que no le hacían ninguna gracia aquellas bromas, procedieran de un profesor humano o no, pues mantuvo la mandíbula muy tensa durante todo el proceso de selección.

Solo al final pareció relajarse un poco. El proceso de selección aleatorio le había escogido como líder del equipo Tritón, y además Flynn formaba parte de él. Lo que no le hizo tanta gracia es que yo me convirtiera en el capitán del equipo Poseidón.

—¡Vamos juntos, Rubius! —exclamó Oli cuando en su pantalla apareció el emblema del Poseidón.

Yumi había sido seleccionada para dirigir el Ninfa. Las cosas se ponían interesantes. Que los tres fuéramos las cabezas visibles de equipos distintos y que Flynn formara parte del de Verkan y Oli del mío no parecía del todo aleatorio. Control, seguramente, nos estaba ocultando información.

Equipo Poseidón:	Rubén Doblas (líder) Olivia Janssen Jyn Malec Ramona Rosen Sam Gibbons
Equipo Tritón:	Willard Verkan (líder) Flynn Puentes Ryau Tanaka Armand Nid Brigitte Davenport
Equipo Ninfæ:	Yumi Jusaka (líder) J. F. Sebastian Frédéric Pierrot Helga Scheider Dayo Okeniyi

—A partir de ahora —continuó Control—, los puntos que obtengáis en estos ejercicios se sumarán a vuestros respectivos equipos. Solo los clasificados serán escogidos para formar parte de una misión muy importante. Naturalmente, ello implicará la obtención de la máxima calificación en Gamedonia, así como la distinción Estrella de Mar, que podréis lucir durante el resto de vuestra estancia aquí. Entre muchas otras ventajas, ello implica que vuestros nombres aparecerán como destacados en los vídeos promocionales de nuestra escuela, como ejemplo de excelencia para los futuros alumnos. No se trata solo de aprobar, sino de convertirse en leyendas de Gamedonia.

Todos nos removimos inquietos en nuestras sillas. Aquellas palabras presagiaban la gloria para quien formara parte de los dos equipos mejor clasificados. Verkan parecía el más motivado de todos nosotros.

—Este año no se celebrará el Gran Torneo de Telepresencia, dadas las circunstancias en las que nos encontramos —aclaró Control—, pero los que obtengan las mejores puntuaciones disputarán el juego más importante de sus vidas. ¡Que comience la partida! *Play!*

Quizá por la entonación de Control o porque sus palabras prometían un futuro épico, esplendoroso para los mejores jugadores, todos empezamos a aplaudir emocionados. Verkan, sin embargo, ya estaba aporreando su teclado, preparando el nuevo dron que le habían adjudicado para demostrarnos a todos que era el mejor de la clase.



Verkan estaba tan obsesionado con mejorar su clasificación en Telepresencia que aquellos días resultaron una locura para él. Nunca había visto a nadie empollar tanto. Y no solo me refiero a analizar el código de programación del dron, lo que permitía acceder a su sistema operativo y cambiar algunos ajustes o mejorar algunas capacidades, sino a leer hasta la extenuación los esquemas eléctricos e hidráulicos de aquellos submarinos a fin de obtener la máxima eficiencia en cada maniobra.

Empezó a ausentarse de algunas clases, y su obsesión alcanzó tal grado que llegó un momento en que se limitaba a programar, practicar maniobras y dormir. Era capaz de mantener aquel ritmo durante diez y doce horas al día, siete días a la semana; a veces, incluso más. Comenzaba a tener ojeras y a estar más pálido de lo habitual.

A veces me lo encontraba durmiendo encima del ordenador del dormitorio. Si se despertaba en mitad de la noche, continuaba escribiendo código máquina justo donde lo había dejado.

En una ocasión, imprimió las ochenta páginas de código que había escrito y desplegó todas las hojas por el dormitorio. De esta manera, buscaba tener mayor perspectiva del conjunto, lo que le permitía pulir aristas y buscar la máxima elegancia y eficiencia. Estaba reprogramando por completo su dron submarino, descubriendo funcionalidades que nadie había explorado todavía.

Verkan empezaba a tener tan mal aspecto que me preocupé por sus hábitos alimentarios: solo comía pizza y bebía refrescos de cola, uno detrás de otro.

—Como sigas así, voy a tener que llamarte conde Drácula.

Verkan, sin dejar de hacer tamborilear sus dedos sobre el teclado, apretó la mandíbula:

—¿Qué problema tienes?

—Yo ninguno, pero tu hígado me ha pedido que te diga que está en las últimas.

Verkan adoptó una actitud arrogante para objetarme:

—No me molestes más. En la próxima clase voy a hundirte a la cola de la clasificación.

—Eso será si llegas vivo a mañana.

Me miró de reojo y continuó escribiendo sin responderme.

Las cosas estaban tan tensas entre ambos que resolví que era conveniente poner un poco de distancia.

Aquella noche acudiría al Puerto de Conexión, la sala de videojuegos de inmersión total más importante de Gamedonia. Técnicamente, las instalaciones no pertenecían a ninguna asignatura, solo era un espacio de esparcimiento para los alumnos. El lugar donde podías conectarte a cualquier mundo virtual de tu elección y disfrutar por unos minutos u horas de una experiencia fuera de Gamedonia, al margen de las clases y los exámenes. Nada de lo que hicieras allí era evaluado ni monitorizado. Era lo más parecido a salir de la escuela.

Puerto de Conexión era una enorme estancia octogonal de techos muy altos y que carecía de cualquier ventana o iluminación natural. De hecho, estaba bajo tierra, en la planta -3. Permanecía iluminada por fluorescentes, lo que subrayaba el color blanco de las paredes y el suelo. Más que una sala de servidores parecía una morgue, sobre todo por las decenas de alumnos tumbados en butacas que permanecían inmóviles, conectados a través de cables a los ordenadores. No se oía una mosca; el silencio tan solo se veía interrumpido por el suave zumbido de la refrigeración y los ocasionales «bip-bip-bip» de los servidores.

Aquella noche no solo me apetecía salir de Gamedonia, sino irme muy lejos, a un lugar donde no hubiera otros avatares. Estaba un poco nostálgico. No sabía concretar muy bien el origen de aquella sensación. En otras circunstancias, hubiera abierto mi portátil para grabar un vídeo para el Pecas o una audiencia que en realidad no tenía. Pero me apetecía la soledad. Y por eso seleccioné el mundo virtual que se me antojaba más solitario de todos.

La Antártida.

Concretamente, viajé hasta una remota zona del Antártico: el mar de Bellingshausen.

Una de las grandes ventajas de los mundos virtuales es que puedes llegar hasta ellos en apenas un segundo, en menos de un parpadeo. O al menos, puedes aparecer en una recreación del lugar, aunque nunca sea tan maravilloso y excitante como el auténtico mar de Bellingshausen. O eso, al menos, es lo que seguramente dirían mis profesores del Directorio XY.

Me materialicé en un escenario lleno de bruma. Yo estaba en la borda de un barco llamado *Asimov*, que cabeceaba como un autobús viejo recorriendo un camino sin asfaltar. Si alguien hubiera intentado pintarse los labios con carmín en aquel barco, habría terminado con la cara de Toro Sentado.

El silencio a mi alrededor era casi palpable. Me había materializado en un avatar exactamente igual que Rubius. No me apetecía meterme en la piel de ningún otro personaje, animal o vegetal. Tan solo me había equipado con un traje térmico y un buen abrigo de plumas, pues aunque todo fuera virtual, podías sentir el

frío como si fuera real: tanto como hacer un experimento con nitrógeno líquido, que te salga mal y acabes congelado como el T1000.

Según los indicadores del *Asimov*, estaba aproximándome a Pedro I, una remota isla situada a unos trescientos kilómetros de la costa más cercana. Cerca de la orilla, la playa era como un cementerio de icebergs que se habían quedado varados por la escasa profundidad del mar. O como cometas que hubieran llegado del espacio: en el Directorio XY me habían explicado que los cometas eran como los icebergs del cosmos.

Hice descender la zódiac del *Asimov* y surqué el agua hasta llegar a tierra. El día era gris. La temperatura del aire era de veintitrés bajo cero, bastante inferior a la del agua, que apenas se aproximaba al grado positivo.

Allí estaba, totalmente solo, en aquel escenario generado por ordenador. La isla Pedro I virtual era casi idéntica a la real, o eso es lo que al menos aseguraban los desarrolladores de Gamedonia. Apenas tenía una superficie de doscientos kilómetros cuadrados. En el centro se elevaba un volcán extinto a casi dos mil metros de altura, el pico Lars Christensen, a partir del cual, probablemente, se forjó toda la isla. No había nada más. Solo musgos, líquenes y una pequeña población de pingüinos y focas. Aquí podría tener su guarida Superman. El sitio ideal para pensar.

—Ho-hola, Ru-Rubius.

O para tener una conversación.

Me giré en redondo, alarmado. Un pingüino estaba justo detrás de mí, mirándome fijamente.

—¿Has dicho tú eso? —me aventuré a preguntar. A veces los mundos virtuales tenían errores, *bugs* que te hacían ver u oír cosas que en realidad no estaban allí.

El pingüino giró la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro.

—Creo que na-nadie más ha podido de-decirlo.

Un pingüino que hablaba... Seguramente era algún alumno de Gamedonia que usaba aquel animal como avatar. Pero ¿por qué tartamudeaba? ¿Tal vez era por el frío?

—¿Quién eres? ¿Eres tú, Verkan?

El pingüino negó con la cabeza.

—Entiendo que por mi aspecto no me re-reconozcas, pero mi tarta-tartamudeo es inconfun-fundible.

Me froté los ojos. El frío y los copos de nieve que habían empezado a caer me nublaban un poco la vista. No podía ser...

—¿Eres Ogro?

El pingüino asintió.

—Me alegra saber que to-todavía no me has olvi-vidado.

Se me cayó la mandíbula por el asombro, pero enseguida tuve que cerrar la boca porque el frío me secaba la saliva, y no sabéis lo difícil que es hablar sin saliva (incluso en un mundo virtual).

—¡Claro que no me he olvidado! ¿Estás bien? ¿No te han descubierto? ¿Desde... dónde estás conectado?

El pingüino pareció esbozar una sonrisa, todo lo que le permitía una boca de pingüino.

—To-do bien. De verdad. Si-sigo en el Directorio. Estoy en el ar-mario. Me con-necto desde mi ter-ter-terminal. He *hackeado* la cuenta de los servi-vidores de Gam-gamedonia.

Aunque no os haya vuelto a hablar de él, echaba de menos a Ogro. Ya sabéis, un antiguo alumno del Directorio XY que vivía escondido en un doble fondo del armario de mi dormitorio. Desde el principio, había intentado disuadirme de permanecer en aquella escuela antigamers, pero yo no le había hecho caso. Al final, no quiso huir con nosotros. Su lugar estaba allí.

Mi compañero de dormitorio, Robin, me había prometido que nunca iba a desvelar la existencia de Ogro al Directorio. A pesar de que finalmente había optado por continuar sus clases allí, parece que había mantenido su promesa.

—¿Qué haces aquí?

—Vi-vir en un armario es un poco rollo. A veces me conecto a mundos vir-virtuales para evadir-dirme. Me apetecía vol-ver a hablar con-contigo.

Sonreí, a pesar del frío que tenía y aunque de los ojos ya me colgaban carámbanos.

—Yo también tenía ganas de hablar contigo, colega. Lástima que Oli y Flynn no estén aquí...

—Ha-hay otra co-sa... —me interrumpió entonces—, pronto vuelve-verás a ver a Robin. Y a Lender-Lender-main. Ten cuidado...

El avatar del pingüino se esfumó. La conexión se había perdido. O quizá habían detectado el *hackeo* y habían expulsado a Ogro del servidor. ¿Le habrían descubierto desde el Directorio? ¿Qué había querido decir con sus últimas palabras?

* * *

Después de aquella noche de emociones, caí exhausto sobre la cama de mi dormitorio. Esperaba encontrarme a Verkan encorvado sobre el escritorio, tecleando código para optimizar su dron de Telepresencia, pero todavía no había regresado.

No dejaba de darle vueltas a las últimas palabras de Ogro. ¿Por qué decía que volvería a ver a Robin y a Lendermain? ¿Por qué me advertía de que tuviera cuidado? ¿Antes de que se cortara la conexión quería avisarme de que Yumi era una infiltrada?

A pesar del cansancio, mi cabeza no dejaba de ronronear, así que abrí mi portátil para desahogarme.

—Hola, coleguitas, hola, Pecas... —empecé diciendo tras activar la webcam, pero sentía que debía mejorar aquella presentación. Carraspeé y dije lo primero que me vino a la cabeza —: Hola, criaturitas... del señor. Os quiero contar algo que me ha pasado esta noche. Me he conectado a un mundo virtual que representaba la Antártida. Era todo tan real que hasta he sufrido congelación rectal. Pero lo importante es que me ha hablado un pingüino que en realidad era Ogro desde el Directorio XY.

Continué explicando toda mi experiencia y concluí que quizá necesitaba un cambio de aires, pero no en un mundo virtual, sino en uno real.

—Creo que voy a apuntarme a la excursión que ha organizado Oliver Wong, el profesor de Historia de los videojuegos. La invitación estaba hoy en mi correo. Al parecer es una excursión que celebra cada año con todos los alumnos que quieran descubrir un poco mejor un sitio muy importante que hay por aquí cerca. Una roca sagrada o algo así, no sé. Tantos días aquí metido me están desquiciando la cabeza, así que...

Justo en ese instante se abrió la puerta. Era Verkan, que arrastraba su característico semblante de vampiro. Tenía tantas ojeras y unos ojos tan inyectados en sangre que el reptiliano me parecía él y no el profesor Wong. En su cara, sin embargo, había un detalle incongruente: sus mejillas estaban coloradas.

—¡Ey! —le saludé.

—Ey —repitió él con un tono de voz decaído.

—No me has interrumpido, tranquilo.

Verkan pareció salir de su ensimismamiento y me miró mientras yo cerraba el portátil.

—Ah —dijo, entonces.

—Wow, tío, dos frases y dos onomatopeyas. Si encadenas una tercera, seguro que sales en el Libro Guinness de los Récords.

—Sí, en la página de los idiotas más idiotas del mundo.

—Ohh, no has dicho una onomatopeya, así que ya no puedes recibir el récord, pero creo que en la página de idiotas hay sitio todavía —le dije guiñándole un ojo: me preocupaba Verkan, porque raramente solía manifestar un mal concepto de sí mismo.

—Ya —se limitó a responder, mientras se ponía el pijama.

Busqué las palabras adecuadas antes de hablar:

—Oye, en serio, ¿qué pasa? Estás más arisco de lo normal.

Verkan sacudió la cabeza y se metió en la cama.

—No me pasa nada, solo necesito dormir un poco.

—Eso lo dices porque te pasa algo. Venga, cuenta. Soy tu compañero de dormitorio. Si me lo cuentas, te digo lo que me ha pasado a mí esta noche. No te lo vas a creer...

Verkan giró la cabeza hacia mí y su voz se volvió histérica:

—¿Alguna vez una chica te ha echado una bronca?

—Eh... —titubeé.

—Pues no te lo recomiendo. Hoy me ha tocado a mí, y aún me arde la cara después de media hora.

—¿Por eso tienes las mejillas como Papá Noel?

—Sí, por la rabia. O por la vergüenza. O porque no es justo. O por las tres cosas a la vez. Ha sido con Flynn.

—¿Estabas hablando con Flynn? ¿De qué?

—Me ha dicho que ya ha resuelto el tema de Yumi y que está limpia, no han encontrado ningún vínculo con el Directorio XY. Pero eso no importa.

Abrí mucho los ojos. Todo apuntaba a que Yumi podía haber estado escondiendo algo, pero si Flynn no había encontrado nada, la hipótesis se caía como un castillo de naipes. A Flynn no se le escapaba nada si estaba en internet.

—Vaya... —musité, y de repente sentí pena por la adorable Yumi. Todos pensando mal de ella cuando en realidad solo era una chica excepcional. Tal vez deberíamos hacer más piña con ella. Se lo merecía.

—Lo que importa —continuó Verkan— es que nos hemos enfadado porque dice que me he metido en mi mundo y no salgo de él. Verkanworld, lo llama ella.

Traté de reprimir la risa: Verkanworld era un concepto buenísimo. Recobré la compostura para decirle:

—Las discusiones son normales, tío. Aunque tú no se lo pones fácil.

Verkan compuso una expresión de inocencia.

—¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

—Desde que ha empezado Telepresencia estás totalmente ausente. Creo que lo que le ha molestado a Flynn es que esa asignatura no solo te parezca más importante que ella, sino que sea

el motivo para que ni siquiera tengáis cinco minutos para estar juntos.

Verkan iba a replicar, pero movió la boca sin decir nada.

—¿Ella te lo ha dicho?

—No, pero me he dado cuenta de cómo te mira.

—Ay... —fue lo único que dijo Verkan.

—Antes de que vuelvas a postularte para el Guinness de onomatopeyas, quiero enseñarte el vídeo que estaba grabando. Ahí explico lo que me ha pasado hoy. Y lo de la excursión. Espero que te apuntes. Y Flynn y Oli. Hay que hacer un poco de piña.

Desplegué el portátil y dejé que él hablara por mí. Verkan abrió mucho los ojos con el pingüino que era Ogro. Y me miró frunciendo el ceño con la propuesta de excursión de Oliver Wong.

CAPÍTULO 11





En la entrada a la clase de Telepresencia, Flynn me sorprendió acercándose a Yumi y estrechándole la mano.

—Perdona —le dijo—, llegué a pensar que eras una traidora. Una infiltrada del Directorio XY.

—¿En serio? —se sorprendió Yumi torciendo la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué?

—Pues... —empezó Flynn, dubitativa.

—Porque sabes muchas cosas —la socorrió Oli, que pasaba justo en ese momento junto a ellas.

—Eso —confirmó Flynn—, en el Directorio siempre nos decían lo importante que era conocer datos de la realidad para demostrar que es mejor que la ficción. Y también tienes ese brazo biónico, que se parece a la tecnología del Directorio. Y...

—Acepto tus disculpas, estoy acostumbrada a producir cierto rechazo, no te preocupes —la interrumpió Yumi estrechándole la mano.

Verkan estaba demasiado abstraído en su puesto de control como para darse cuenta de aquella escena, pero yo también me acerqué a ellas y le dije a Yumi que no dejara de ser diferente. Que el mundo estaba lleno de gente demasiado igual entre sí.

Yumi era inocente. Nos habíamos equivocado con ella. Pero eso no eliminaba la amenaza que había producido la alerta general en Gamedonia. Ni el *hackeo* de la tecnología. Ni la destrucción del LaserDock. El Directorio XY debía de estar detrás de todo eso, aunque Yumi no lo estuviera.

Y por eso la clase de Telepresencia era tan importante. En esta asignatura se diluían las amistades o los favoritismos. Todos luchábamos por ganar y solo colaborábamos con los miembros de nuestro equipo.

Las clasificaciones de Tritón, Poseidón y Ninfa estaban muy reñidas. A veces ganaba Tritón, otras veces Poseidón y otras, Ninfa. Las puntuaciones cambiaban cada minuto y, con ellas, el podio del ganador. Aquellas prácticas estaban realmente muy disputadas, sobre todo ahora que Verkan había modificado tanto el código de los drones: su falta de habilidades psicomotrices quedaba compensada por hélices más eficientes o torpedos más rápidos.

Era como una guerra. Y, de hecho, la clase de Telepresencia empezaba a tener aspecto de sala militar, donde las órdenes y contraórdenes se ladraban mientras sonaban bips, clics y pings. Y eso que los drones submarinos poco tenían que ver con los submarinos de las películas: eran un amasijo de aluminio, plástico y fibra de vidrio lleno de cables y baterías con aspecto vagamente similar a un cubo de quince centímetros de lado. Los drones submarinos eran tan frágiles como aparentaban. Las colisiones contra otros drones o cualquier otro obstáculo suponían un riesgo para su integridad estructural. Cualquiera de nosotros, pues, podía perder su dron, tal y como ya le había ocurrido a Verkan en clases anteriores.

Yo prefería mantener los ojos fijos en mis pantallas, olvidándome de todo el caos de mi alrededor, recitando en voz baja las lecturas de profundidad al resto de miembros de mi equipo a través de mi micrófono de diadema.

Se necesita tiempo para desarrollar unos ojos habituados al ambiente submarino, donde todo flota, todo va más lento, la inercia te obliga a frenar para girar y los objetos siempre se ven un poco deformados o directamente oscurecidos por la falta de luz. Era como estar en la Luna. Incluso algo tan sencillo como acostumbrarse a establecer la distancia a la que puedes ver requiere de muchas

horas de pilotaje. Por eso prefería concentrarme en esos aspectos del entorno con la esperanza de que mi instinto natural resolviera los problemas que me salieran al paso.

—Rumbo seis cuatro —dije por mi micrófono de diadema—, vamos a entrar en ese barco hundido.

Frente a nosotros, a una profundidad de doscientos metros, se encontraba un antiguo buque hundido. Era una nave enorme, creo que de la Segunda Guerra Mundial. Estaba cubierto de algas, pero tenía muchas entradas por las que acceder a su interior. Era un sitio perfecto para esconderse y jugar a los laberintos: de esa forma, los enormes espacios del océano quedaban reducidos a pasillos, como en el típico First Person Shooter, o FPS.

—Oli, sitúate en la proa. Yo haré que me persigan y los traeré hasta aquí. Cuando entre, tú les disparas un torpedo por la retaguardia.

—¡Sí, Rubius!

—Jyn y Ramona, tenéis que cubrirme a izquierda y derecha.

—Recibido.

—Roger —respondió Ramona.

—¿Qué? —dije yo.

—Roger significa también «recibido» —me aclaró Ramona.

—Ah... pues Roger.

La clase se había dividido en los tres equipos. Cada uno de ellos ocupaba un área del aula, y se cuidaba de mantener fuera del oído y la vista de sus oponentes sus conversaciones y monitores, respectivamente, a fin de no ofrecer ninguna ventaja táctica.

Cada alumno tenía sus propias manías o rituales para pilotar. Había una chica que tenía por costumbre recogerse un mechón de pelo antes de ejecutar una maniobra de evasión, y siempre lo hacía

de la misma manera: situándolo detrás de su oreja derecha. Otro alumno entonaba en voz baja frases de ánimo para sí mismo, del estilo «tú puedes, tú eres el mejor, vamos, campeón». Flynn, por ejemplo, prefería aislarse de todo usando sus cascos y escuchando sus canciones favoritas..., algo que a Verkan le ponía de los nervios, porque entonces no había forma de comunicarse con ella para coordinar un ataque en equipo.

Imaginaos el nivel de presión al que estábamos siendo sometidos, si nos veíamos abocados a realizar todos aquellos rituales.

—Algo anda mal —dije por el intercomunicador—, ¿ves una eco ahí?

Resguardado por Ramona y Jyn, me había adentrado en una sala enorme, creo que era el comedor del buque. En el fondo, las sombras parecían agitarse. Crispé los dedos sobre el *joystick*, preparado para huir de allí en cualquier momento. Mi imaginación no dejaba de crear monstruos. Y no necesitaba usar demasiada imaginación para ello, porque ya nos habían explicado detalles de muchas de las extrañas criaturas con las que nos podíamos topar en aquella región de las aguas de Australia.

Pero no era nada de todo eso. Era Verkan. Verkan rodeado de todos los miembros de su equipo, que justo en ese instante encendió los ledes hacia nosotros, cegándonos temporalmente, y aceleró los motores hacia nuestro encuentro. Dos torpedos fueron liberados.

Teníamos apenas tres o cuatro segundos para reaccionar.

—¡Maniobra de evasión alfa! —exclamé.

Y mi dron empezó a rugir por el esfuerzo de rotar con las hélices a toda velocidad.

—Ocupaos de ellos, yo voy a hacer que Verkan me siga.

Uno de los torpedos alcanzó a Jyn. Ramona comenzó a disparar todo lo que tenía. Yo pude al fin escaparme por uno de los pasillos que partían del comedor. Apagué las luces para ocultar mi posición y me guie únicamente por el sonar.

—Vamos, Verkan, intenta cogerme —murmuraba con los ojos concentrados en todas las lecturas.

Verkan había aceptado mi invitación, y me perseguía a toda velocidad, buscando siempre un buen ángulo de tiro. A pesar de que yo tenía las hélices trabajando a máxima potencia, él no dejaba de acortar distancias conmigo. Giraba por un pasillo, Verkan estaba más cerca. Ascendía hasta otra planta, y Verkan más cerca. Maniobrar era tan difícil como enhebrar una aguja a bordo de una barca en mitad de una tormenta, pero, si no me daba prisa, no iba a llegar a tiempo a la trampa que le había preparado en la proa.

Verkan soltó un torpedo. Cinco segundos después, impactó en una pequeña nube de burbujas a apenas medio metro de mí.

—¡Buf! *Fail!* ¿Oli, estás prevenida? Llegamos enseguida. ¡Prepara todos los torpedos, vengo con Verkan!

—Roger, Rubius —dijo Oli.

—Si sale bien, preveo una felicidad *over* 9000 y voy a levantar las manos al cielo.

Verkan había mejorado mucho desde la primera vez que nos enfrentamos. Ahora él sabía cuál era la velocidad óptima para ahorrar energía o cuál era la profundidad a partir de la cual se frenaba el motor un treinta por ciento. Aquellos datos estaban memorizados en su cabeza y fluían hasta sus dedos, como si evocara una melodía y la tocara a gran velocidad en un piano. Sin

embargo, aquella música estaba tan enlatada como en un mp3. Yo prefería improvisar tal y como lo hacía una orquesta en directo. Me dejaba llevar por la intuición, y mi melodía sonaba más auténtica.

Por fin accedí a la sala de proa. Verkan me pisaba los talones (bueno, las hélices), pero ya había caído en mi trampa. Yo era como una araña que hubiera atraído a su presa hasta su tela. Y la telaraña era Oli, que disparó dos de sus torpedos.

Entonces pasó algo que no esperaba. Verkan empezó a descender trazando un rumbo helicoidal, esquivando ambos torpedos y escapando por una grieta en el casco que conducía al exterior del barco.

—*Holy shit...* —mascullé—, eres muy bueno, pero no te será tan fácil.

Desconecté todos los sistemas no esenciales de mi dron y reconduje toda la energía a mis hélices de popa, dispuesto a perseguir a Verkan. Abandoné el barco por la misma grieta que él y, entonces, empecé la frenética persecución. Verkan sabía que no podría esquivarme fácilmente en mar abierto, así que se dirigió hacia el único lugar donde podía obstaculizar un poco mi tiro: hacia el fondo.

La máxima profundidad operativa para aquel dron era de seiscientos metros, pero Verkan estaba forzando la máquina y empezó a descender todavía más. Yo no estaba dispuesto a recular, y no reduje ni un ápice mi velocidad en aquella persecución. Mi dron empezó a crujir por la presión. Si la presión averiaba las hélices o un sobrecalentamiento las inutilizaba, entonces estabas condenado: empezarías a caer en el pozo de aquella sima, mil, dos mil, tres mil metros... Antes de llegar a los cuatro mil, probablemente el dron estallaría.

Verkan debía de haber reprogramado algo de su dron para que su pilotaje fuera más fluido a aquellas profundidades. Yo no podía seguir persiguiéndole. Desistí, era incapaz de ir más abajo, así que cambié el rumbo, no sin antes disparar uno de mis torpedos con la esperanza de alcanzarle en el último momento.

No lo hice. Verkan había desaparecido entre las tinieblas de las profundidades.

Entonces, justo delante de mí, apareció el dron de Yumi. ¿Os acordáis de que Verkan era un pianista técnicamente muy meticuloso y yo, por el contrario, improvisaba la melodía? Pues Yumi era las dos cosas a la vez y no tocaba una melodía, sino una sinfonía interpretada por treinta músicos. Su torpedo me dio de lleno y, cuando me quise dar cuenta, Yumi ya se había esfumado.

—*What the F...!* —exclamé.

Yumi era brillante. Más que cualquiera de los ledes de nuestros drones.

Y, entonces, Oli también salió de la nada y disparó uno de sus torpedos contra Yumi, dando en el blanco.

—*Game over!* ¡Nadie le dispara a mi Rubius! —gritó Oli tras el impacto.

Me puse colorado de la vergüenza: «¿mi Rubius?».

* * *

A pesar de la excelencia de Yumi, Verkan y yo estábamos acortando distancias con ella. Con todo, empezábamos a estar exhaustos. Aquella clase era muy dura. Es mucho más difícil de lo que parece moverse trescientos sesenta grados controlando las

corrientes, atendiendo al sonar y buscando grutas para escabullirse de los equipos contrarios. Me sudaban las palmas de las manos y estaba tan nervioso que tenía incluso un tic en el ojo izquierdo.

¿Para qué servía todo aquel sacrificio si, como nos había comunicado Tim Peary, ya no se iba a celebrar el torneo de Telepresencia? ¿Todo se reducía a una misión secreta para afrontar un estado de emergencia del que no nos habían dicho ni una palabra?

Cuando se acabó aquella clase de casi tres horas, pues, no pude evitar exigir algo más de información. No estaba dispuesto a pasar por otra de aquellas sesiones si no sabía la razón.

—Control.

—¿Sí, Rubius?

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que necesitamos...

—Entiendo que quieres saber más sobre la importante misión que se encomendará a los alumnos que obtengan mejor puntuación en esta clase —me interrumpió Control.

—Eh... sí —vacilé, desconcertado. ¿Cómo podía Control intuir lo que pensaba?

—Es verdad —me apoyó Flynn—, yo no pienso mover ni un dedo más si no me explicáis para qué sirve todo esto. Y... —recapacitó, evidenciando su conocida pereza—, si me lo explicáis, a lo mejor incluso así sigo sin mover un dedo.

Verkan estaba bañado en sudor, sentado en su puesto de control. Respiraba jadeante: aún tenía la mente abducida por el juego. Creo que estaba tan preocupado por ganar que no le importaba la razón de aquel esfuerzo.

Yumi habló entonces con una extraña serenidad:

—Yo confío en que las circunstancias deben de ser lo suficientemente graves para que la mayoría de las horas de nuestra formación las estemos dedicando a Telepresencia.

Control carraspeó.

—Lamentablemente, no puedo proporcionaros detalles sobre la naturaleza del peligro al que nos enfrentamos. Solo puedo deciros que probablemente sea el mayor que jamás haya amenazado a la humanidad en toda su historia. Quienes sean seleccionados para combatirlo, pues, no solo serán los mejores alumnos de Telepresencia, sino también los héroes que nos salvarán del caos y la destrucción.

Aquellas palabras sonaron tan épicas que todos nos erguimos en nuestras sillas, como si hubiéramos sido elegidos para ser James Bond o Ethan Hunt. Sobre todo Verkan.

—Lo que sí puedo hacer —continuó Control— es facilitaros un conjunto de estimaciones todavía imprecisas sobre las consecuencias de esa amenaza para nuestro planeta, si decidís abandonar vuestro adiestramiento en Telepresencia.

Tras una señal acústica, en nuestros monitores apareció una pantalla emergente con miles de líneas de código.

—¡Menudo rollo leer todo esto! —exclamó Oli.

—Soy experta en quitarme rollos de encima —dijo Flynn tecleando rápidamente en su terminal.

En pocos segundos, compiló todo el código en un simulador de gráficos vectoriales.

—Te has dejado los protocolos de ensamblaje —intervino Verkan añadiendo unas líneas de código que replicó cada seiscientos espacios.

Flynn frunció el ceño, pero al final tuvo que asentir.

—Vale, ya lo has puesto. Rubius, ¿le das un poco de ritmo?

Hice crujir los nudillos antes de ponerme a escribir código y añadí al simulador gráfico algo de música y unos cortes de planos que otorgaran cierto aire cinematográfico al conjunto.

No sé qué tecla había tocado para que en las pantallas de todas las terminales apareciera una calculadora de probabilidades que unía con un vínculo estadístico la probabilidad de que yo me diera el primer beso con una chica.

—Eh... —titubeé, haciendo desaparecer la calculadora al instante—, perdón.

¿Qué queréis? Tenía quince años recién cumplidos. Y en una clase de programación en la que me aburría... En fin, no importa. Lo importante fue lo que vino después.

Al principio solo eran aburridos informes clasificados en los que se hablaba de todas las veces en las que instituciones y gobiernos habían solicitado ayuda a gamers. Según varios estudios, los gamers podían enfrentarse a los problemas desde un ángulo diferente porque estaban acostumbrados a tener una reacción más rápida ante situaciones diferentes y caóticas, además de una mejor coordinación ojo-mano que la mayoría de las personas. En Reino Unido, por ejemplo, un oficial de la Fuerza Aérea había sugerido el reclutamiento de gamers para pilotar vehículos aéreos no tripulados. En Estados Unidos, un programa del Pentágono había permitido colaborar a expertos en videojuegos con un equipo de astrónomos para determinar las mejores órbitas de los satélites de vigilancia que viajan por el espacio alrededor de la Tierra.

Vale, guay, eso me molaba: hasta ahí parecía que los gamers no eran simples jugadores, sino algo más importante.

A continuación, empezó a sonar música orquestal, como la que se oye en los tráilers cinematográficos, mientras se presentaban fotografías, dibujos y simulaciones de vídeo de algo llamado Evento Carrington.

—El 1 de septiembre de 1859 tuvo lugar la mayor erupción solar observada en la historia —empezó a decir la voz sintética que leía uno de los informes, mientras se mostraba un vídeo tomado desde un telescopio orbital—. El Sol escupió entonces grandes cantidades de plasma hacia la Tierra. Las consecuencias fueron catastróficas.

Vale, eso ya no sonaba tan guay.

—He leído mucho sobre ello —intervino Yumi—, pero es la primera vez que lo veo en imágenes.

—No todo está en los libros, a veces —replicó Flynn, que era la responsable de compilar el código para que, a través de internet, se descargaran imágenes y vídeos vinculados a las palabras clave de aquel largo informe.

—En aquellas fechas —continuó la voz sintética—, el astrónomo inglés Richard Carrington fue capaz de distinguir desde su observatorio aquella tormenta solar sin precedentes. Lo que él vio fue una mancha oscura en la superficie del Sol. Lo que nadie fue capaz de predecir es lo que ocurriría poco después de la tormenta. En la mañana del 2 de septiembre, las primeras partículas de plasma llegaron hasta la Tierra. Todo el cielo se llenó de auroras como las que se pueden avistar en Noruega o Islandia.

Las imágenes eran increíbles. Parecía que el cielo del planeta se hubiera llenado de conjuros de magia. No conseguía imaginarme la reacción de la gente del siglo XIX al ver algo así. Seguro que

muchos creyeron que era el fin del mundo. Y, a juzgar por lo que pasó después, no les faltaba mucha razón.

—La eyección de la tormenta solar fue tan poderosa que generó una tormenta geomagnética en la Tierra, dejando fuera de servicio las líneas telegráficas de todo el mundo, lo que cortó la comunicación a millones de personas.

—¿Líneas telegráficas? —preguntó Oli.

—El telégrafo era la única forma que tenía la gente de comunicarse a distancia, lo leí en un libro —explicó Yumi recalcando la palabra *libro* mientras miraba de reojo a Flynn—, porque en aquella época no existía ni siquiera el teléfono. El telégrafo funcionaba con pulsos eléctricos. Era lo más parecido a lo que ahora es internet. De hecho, muchos lo llaman «la internet victoriana».

—¿La tormenta solar dejó a la Tierra sin internet? —repetí adoptando un tono de voz funesto.

—Las erupciones solares son impredecibles —continuó la voz sintética— y tienen lugar cuando grandes campos magnéticos de la superficie del Sol se liberan. A efectos prácticos, una de estas tormentas solares produce los mismos efectos que un pulso electromagnético o PEM.

Abrí mucho los ojos. Aquello me sonaba. En nuestra huida del Directorio XY, Gamedonia nos había rescatado de la persecución de los profesores disparando uno de esos pulsos electromagnéticos, con el que habían frito todos los circuitos de sus vehículos. Incluso nuestra furgoneta se había quedado sin batería, dejando de funcionar. También mi telemando. Y hasta los nanorrobots que usábamos para controlar a Jacinto. El PEM era capaz de apagarlo todo.

—El Evento Carrington solo duró unas horas y las consecuencias que produjo no fueron particularmente catastróficas porque la tecnología de la época apenas funcionaba con electricidad. Según los registros obtenidos de las muestras de hielo en Groenlandia, se han producido diversas llamaradas solares a lo largo de la historia, pero la que tuvo lugar durante el Evento Carrington fue la más intensa. Sin embargo, si el Evento Carrington se repitiera hoy día, los satélites artificiales dejarían de funcionar, las comunicaciones de radio se interrumpirían, la luz se apagaría, como lo harían el teléfono y la televisión. Internet se caería, quizá para siempre.

—¿Entonces creen que se va a repetir eso ahora? —dijo Verkan con un tono de voz que intentaba parecer sosegado. No tuvo demasiado éxito.

La presentación del vídeo se detuvo, y fue Control el que habló entonces:

—Según las últimas estimaciones, dentro de diez meses podría tener lugar una llamarada solar entre cien y mil veces más intensa que la que produjo el Evento Carrington. Los astrónomos llaman a este momento *Total Blackout* o Apagón Total. Nada sobre esa posibilidad ha trascendido aún a los medios de comunicación, y se prefiere que se mantenga así. La probabilidad de que ocurra es muy pequeña, del orden del diecinueve por ciento, pero la NASA, la ESA y la JAXA ya están iniciando diversos programas de emergencia. Naturalmente, esta información no debe salir de aquí o podríamos causar la histeria entre la población. Por el momento, el Sol está ya haciendo de las suyas, generando microeventos que afectan a la tecnología de Gamedonia, que se alimenta de la energía fotoeléctrica. El incidente del LaserDock es un ejemplo de ello.

Tragué saliva. ¡Así que todos aquellos supuestos *hackeos* del Directorio XY en realidad tenían origen en el comportamiento anómalo del Sol! ¿Qué podría llegar a pasar si las cosas continuaban su curso?

Solo había una pequeña probabilidad de que se desencadenara aquella tormenta solar que se anunciaba. Aún faltaban diez meses para que ocurriera, si ocurría. Y los científicos de todo el mundo ya estaban ocupándose del programa. Pero aun así..., aun así resultaba muy inquietante imaginar que todo podría apagarse no solo unos días, sino quizá semanas, meses o años. Y cuando digo todo, digo todo. También todos los mundos virtuales. Los videojuegos. Mi portátil y mis vídeos. Absolutamente todo quedaría en la oscuridad. La humanidad podría regresar al siglo XIX, la época favorita del Directorio XY, debido a un caprichoso estornudo gigante de nuestro Sol. ¡Aachísss!





CAPÍTULO 12

Por si todavía quedaba alguna duda sobre la inocencia de Yumi, aquellas revelaciones nos demostraban que el Directorio XY no estaba detrás de la alerta general, sino que todo respondía a un simple evento natural. Habíamos estado tan obsesionados con el Directorio que habíamos acabado viendo fantasmas por todas partes.

En cualquier caso, ¿qué podíamos hacer nosotros, unos simples alumnos de Gamedonia, contra un evento cosmológico tan poderoso? Control admitió que no estaba autorizado a dar más información. De hecho, tampoco había mucha más información concluyente. Las estimaciones del evento electromagnético se habían fijado para más allá de mi primer año en Gamedonia, así que todavía nos quedaba todo un largo curso para seguir practicando en Telepresencia.

¿Qué pretendían convirtiéndonos en expertos pilotos de drones submarinos? ¿Qué relación había entre las profundidades del mar y las llamaradas del Sol?

Todas aquellas eran preguntas que se irían respondiendo a su debido tiempo. Por el momento, nada más podíamos hacer, salvo acudir normalmente a las clases y aprender lo máximo y lo más deprisa posible, no solo por nosotros, sino también para participar

en una misión que cada vez se me antojaba más trascendental para la humanidad. Vaya, que yo me imaginaba en pleno patatús cuando descubriera que ya no funcionaba ningún ordenador ni consola.

—Todos vamos a morir algún día, pero no sabemos cuándo... Hay que vivir la vida como si fuera vida y no muerte —nos había recordado Don Williams en su clase de Narrativa, con esa declaración con aire a mensaje de galleta de la fortuna, cuando le manifestamos nuestros temores sobre la futura tormenta solar—. Porque la vida es vida y la muerte es muerte.

—Vale, ahora estoy mucho más tranquilo —había replicado yo, suscitando las risas de toda la clase.

Pero en realidad Don Williams tenía razón. No teníamos ningún control sobre todo lo relativo a la tormenta solar, y ni siquiera conocíamos la fecha exacta en la que se produciría, así que debíamos seguir adelante sin darle más vueltas.

—También cabe la posibilidad de que cualquier día nos caiga una maceta en la cabeza y caput —nos había dicho Oliver Wong, el profesor reptiliano de Historia de los videojuegos.

No conocemos el futuro, y el día menos pensado nos puede pasar algo para lo que no estamos preparados. Así que hay que preocuparse por las cosas, pero tampoco obsesionarse con ellas, como nos había manifestado Tim Peary en su discurso de bienvenida: resolver el futuro es como resolver un problema de matemáticas difícilísimo.

Así que agradecí que llegara aquel sábado, pues todos podíamos usar el fin de semana para evadirnos, divertirnos y pensar en otras cosas en vez de que quizá en diez meses todo iba a terminarse. La mayoría se dirigió a las salas de conexión para entrar en algún mundo virtual. Otros se fueron a hacer turismo a Alice

Springs. Otros se inscribieron para realizar una visita a la Gran Barrera de Coral organizada por Don Williams. Verkan, Flynn, Oli y yo, sin embargo, teníamos pendiente una excursión con el misterioso Oliver Wong a la no menos misteriosa Ayers Rock, la roca sagrada de Australia.

Yumi había preferido apuntarse a la Gran Barrera de Coral. Ignoro si nos guardaba cierto rencor o si realmente es que le interesaba más aquel lugar que Ayers Rock. En cualquier caso, me supo mal por ella, porque en parte la habíamos ido excluyendo de nuestro grupo como si fuera el Evento Carrington y nosotros, aparatos electrónicos muy sensibles a los pulsos electromagnéticos (o algo así).

La cuestión es que, a pesar de que Verkan se hizo el remolón hasta el último momento porque según él prefería seguir entrenándose para Telepresencia («no solo por mí, sino por la humanidad», nos había contado con un aire épico un tanto forzado), finalmente todos nos subimos a la furgoneta de Oliver Wong. Una furgoneta desvencijada del modelo favorito de Tim Peary.

—¡Vamos allá! —exclamó Wong poniendo en marcha el motor. Con el sol incidiendo en su cabeza, la piel escamosa de su cráneo parecía más verde de lo normal.

Le di un codazo a Verkan para que se fijara, agitando las cejas en dirección a Wong.

—Reptiliano —dije moviendo los labios, pero sin emitir ningún sonido.

—Conspiranoico —zanjó él chasqueando la lengua.

La furgoneta salió derrapando del campus de Gamedonia y enfiló una carretera de tierra que se perdía en el horizonte infinito. A los pocos minutos, Gamedonia desapareció. Literalmente. Primero

lo hizo por los retrovisores del vehículo, y luego, cuando giré la cabeza, no tardó en hacerlo mientras yo posaba los ojos sobre aquellos edificios futuristas.

—Gamedonia tiene un sistema de ofuscación muy sutil, pero efectivo: solo puede verse con claridad si estás a menos de trescientos o cuatrocientos metros de distancia —nos explicó Wong.

Tenía sentido. Gamedonia no se ocultaba de nadie. No era una escuela que se anunciara como un centro de alto rendimiento para gamers y que en realidad sirviera de tapadera para una secta antigamer. No existía razón alguna para andar con sistemas holográficos que borrarán todo su rastro. Sin embargo, en un lugar donde prácticamente no había nada, tampoco era muy inteligente que una serie de rascacielos despuntaran de tal forma que pudieran avistarse a decenas o cientos de kilómetros de distancia. Gamedonia no se ocultaba de nadie, pero prefería pasar desapercibida en la medida de lo posible.

Cuando por fin nuestra escuela quedó difuminada por el sistema de ofuscación, me giré de nuevo hacia delante. Ya estábamos entrando en el *outback* australiano.

—*Let's go!*

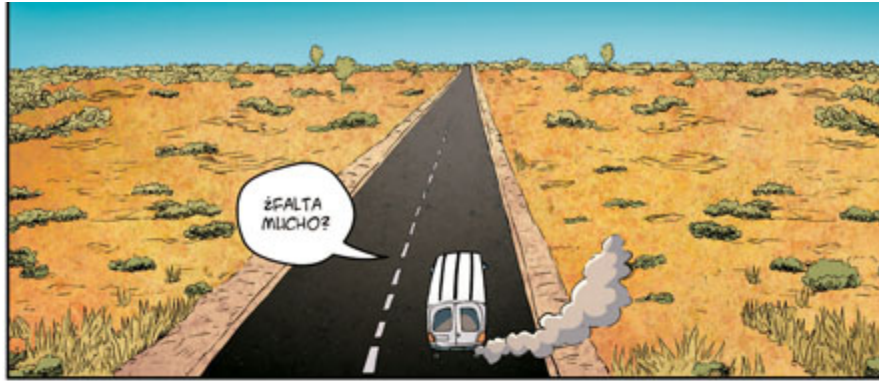
El *outback* es el nombre que tienen las tierras desiertas que hay en el centro de Australia. Se trata de uno de los lugares más inhóspitos del mundo. Y apenas vive ningún ser humano allí. A decir verdad, solo ha sido explorada una parte muy pequeña de este territorio. Todo lo demás es un misterio. Incluso algunos sugieren que aquí hay más oro del que podríamos imaginar, pero el problema es que nadie se atreve a perderse por los miles de kilómetros cuadrados de sol y tierra.

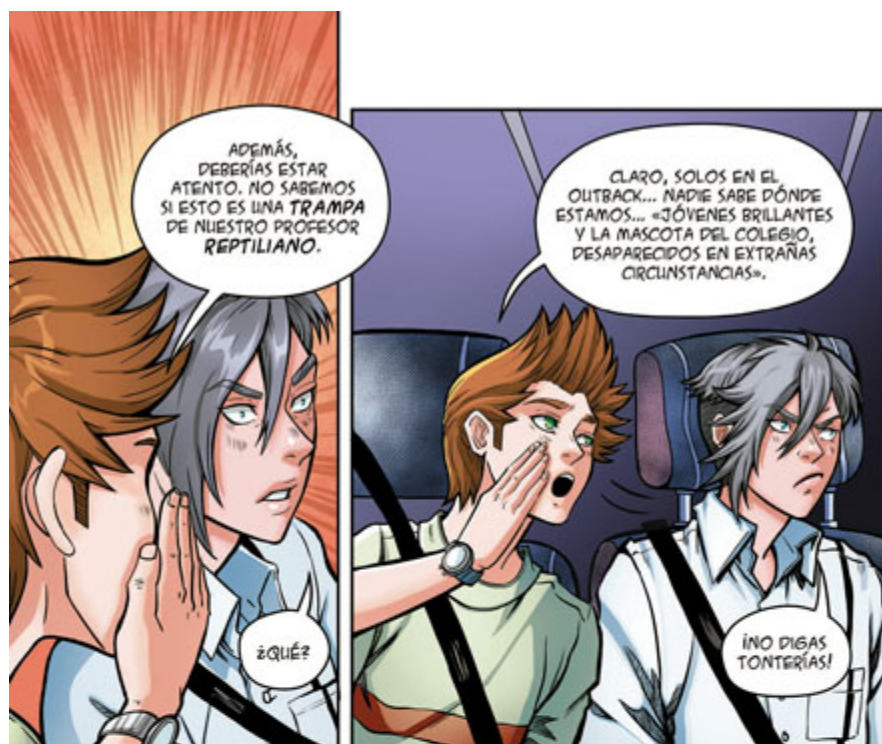
Solo cruzan este desierto unas carreteras interminables, con tramos totalmente rectos de decenas o cientos de kilómetros, por los que circula de cuando en cuando algún que otro vehículo rociando de arenisca y polvo rojizo la cuneta. Suelen ser unos camiones que transportan mercancías, compuestos por muchos remolques. Tantos que algunos de ellos son tan largos como un tren. Por eso se les llama *roadtrains*, es decir, «trenes de carretera».

—Esto parece *Mad Max*. ¿Está muy lejos el sitio al que vamos? —preguntó Verkan con un tono de inquietud en su voz. Creo que empezaba a plantearse que quizá no había sido tan buena idea acudir a uno de los lugares más solitarios del mundo con un profesor que parecía un reptiliano.

—No mucho —fue la sucinta respuesta de Oliver Wong.

Las líneas rectas de asfalto temblaban un poco a la vista debido al calor, y el horizonte estaba difuminado por esa sensación de temblor. Los viajes en coche por estos caminos desolados son tan monótonos que cruzarse con alguna gasolinera o cualquier otra cosa que rompa el paisaje constituye todo un acontecimiento. Al principio, eso ocurría de vez en cuando, pero más tarde ya no había nadie. Estábamos solos.





—Junto a la Antártida, el *outback* es el lugar más difícil para que prospere cualquier tipo de vida —nos explicó Oliver Wong sin dejar de mirar la carretera. Era curioso que mencionara la Antártida. Allí había estado yo hacía poco, aunque fuera en su versión virtual, hablando con un pingüino que era Ogro.

—¿Entonces aquí no hay garrapatas que te pueden convertir en vegetariano? —indagó Oli.

Wong se rio como si fuera una rata de alcantarilla, advirtiéndonos de que en el *outback* lo mínimo que debía preocuparnos eran las garrapatas.

—La ciencia aún desconoce el ochenta por ciento de todas las especies de araña australiana, al igual que el treinta por ciento de todos los insectos.

Hubo un prolongado silencio en la furgoneta, solo interrumpido por el ronroneo del motor.

—Bueno —empezó Verkan—, si no son arañas muy grandes...

—Oh, querido Verkan, el tamaño es lo que menos debería preocuparte —le interrumpió Wong—. Los insectos más peligrosos son los que menos peligrosos parecen. Aquí vive la araña de tela de embudo, una araña que no llama nada la atención, pero que es la más venenosa del mundo.

—¿De todo el mundo? —repetí tragando saliva.

—De todo el planeta Tierra.

—¿Y no hay antídoto?

—Lo hay, afortunadamente. Pero su veneno actúa con gran rapidez, así que debe tomarse enseguida. No os preocupéis, llevo un par de frascos en el maletero. Bueno, creo que los llevo, que últimamente tengo muy mala cabeza.

—¿Qué pinta tiene esa araña? —preguntó Flynn, alarmada.

—Es redondita y peludita, mide cuatro centímetros. Pero no os preocupéis, por esta región es difícil encontrarla.

Solté el aire que mantenía retenido en mis pulmones.

—Pues es un alivio. ¿Algo más que pueda matarnos por aquí?

Wong nos habló de las arañas de cola blanca, cuya picadura también era mortal. ¿Por qué las arañas podían ser máquinas de destrucción tan peligrosas? ¿Acaso su enemigo natural era Godzilla? Por si fuera poco, luego nos habló de las serpientes. Al parecer, catorce especies australianas también eran letales. Y yo que pensaba que en Australia todo eran canguros saltarines y simpáticos koalas.

—La serpiente más venenosa del mundo también vive aquí.

—¿También? —exclamé—. ¿Con lo grande que es la Tierra y justo aquí conviven la araña y la serpiente más venenosas?

Wong se volvió a reír como una rata.

—Qué irónico, ¿verdad? Dos máquinas de matar en un lugar donde apenas hay nada que matar. Se llama taipán, mil ojos con ella, porque su veneno es cincuenta veces más mortífero que el de la cobra, la segunda serpiente más venenosa del mundo.

—¿También vive aquí?

—No, esa no.

—Pues es un alivio.

A medida que nos aproximábamos a nuestro destino, afortunadamente Wong dejó de hablarnos de animales capaces de cargarse a todo el mundo solo si los mirabas mal, y nos introdujo en la historia de Ayers Rock.

—Los aborígenes no lo llaman Ayers Rock, lo llaman Uluru —nos advirtió—, así que será mejor que empecéis a llamarlo de esa manera por respeto a sus antiguos pobladores.

—A todas estas —carraspeó Verkan—, todavía no me queda claro qué es Ayers Rock.

—Uluru —corrigió Wong—. Básicamente, una roca enorme.

—Ah —dijo Verkan, repentinamente defraudado.

—¿Solo es una roca? —insistí yo.

—No solo es una roca. Cuando la veáis, os quedaréis sin aliento. Es la roca más grande y maravillosa que hayáis contemplado en vuestra vida.

Wong poco podía imaginarse que en nuestra vida íbamos a ver rocas inmensamente más grandes que Uluru, pero no adelantemos acontecimientos, que no quiero incurrir en un *spoiler*, ¿verdad, Don Williams?

—¿Y quiénes son esos aborígenes? —preguntó Oli buscando por la ventanilla algo que tuviera aspecto de roca muy grande.

—Son antiguos pobladores de Australia, los anangu. Aunque os parezcan extraños al principio, no debéis tenerles miedo. Son amigos míos. Cada año organizo una excursión para visitarlos y confían en mí. Lo que sí debéis tener en cuenta es que tienen creencias muy originales. Por ejemplo, consideran signo de mal augurio dirigir la palabra a la propia suegra.

—¿En serio? —se interesó Verkan.

—¿Qué pasa? —le espetó Flynn—. ¿Si nos casamos no querrás hablar con mi madre?

Verkan se sintió tan avergonzado que no volvió a hablar en los siguientes diez minutos. Creo que era la primera vez que lo veía tan incómodo, lo cual constituye toda una rareza viniendo de alguien que se cree el rey del mundo.

—También tienen un sistema de numeración muy simple — continuó hablando Wong—. Cuentan uno, dos, tres, cuatro, cinco y, a partir de ahí, siempre dicen «muchos», sin concretar.

—¿Solo cuentan hasta cinco? —pregunté asombrado.

—Sí, porque consideran que no es importante determinar el número de cosas que hay si son más de cinco.

—Flipante... el mundo es flipante.

Mientras Wong nos seguía explicando las rarezas de aquel lenguaje que parecía propio de una tribu de extraterrestres de *Star Trek*, me fijé en Verkan, que miraba por la ventanilla fingiendo indiferencia ante el comentario de Flynn sobre su suegra.

Le di un codazo. Me miró con una cara desprovista de toda amabilidad, típica de Verkan, e hizo un leve gesto con la cabeza que significaba «¿qué?» en el lenguaje mímico Rubiusverkan.

—Reptiliano —dije en voz baja.

Verkan se enfurruñó y rezongó también en voz baja:

—Conspiranoico, ponte un gorrito de papel de aluminio en la cabeza para que no te manipulen la mente.

En pocos minutos, llegamos a Ayers Rock. Perdón, a Uluru. Wong había tenido razón al advertirnos de que aquella roca era la madre de todas las rocas. No era una roca. La palabra *roca* no es capaz de sugerir el tamaño descomunal que tenía. ¿Qué tal «rocón»? ¿El lenguaje aborigen dispondría de algún término mejor? ¿Quizás un gesto con los brazos en el lenguaje mínimo Rubiusverkan? La cuestión es que Uluru era tan grande como una montaña, pero imaginad una montaña en mitad de una llanura, sin nada alrededor. Era como si alguien la hubiera transportado hasta allí en una nave espacial. O que la propia Uluru fuera una nave espacial pétrea. Creo que en ese instante Verkan llegó a plantearse

en serio que quizá Oliver Wong era reptiliano o descendiente de reptilianos, o que procedía de otro planeta y que había llegado hasta allí en un ovni de piedra.

—Y ahora qué, ¿eh? —le reté—, esto parece de otro mundo.

Pero Verkan estaba tan asombrado que ni siquiera tuvo ánimos de resultar sarcástico conmigo.

—Es lo más impresionante que he visto desde las pirámides de Egipto —se limitó a decir.

—¡Wow! —gritó Oli—, ¿y podemos entrar?

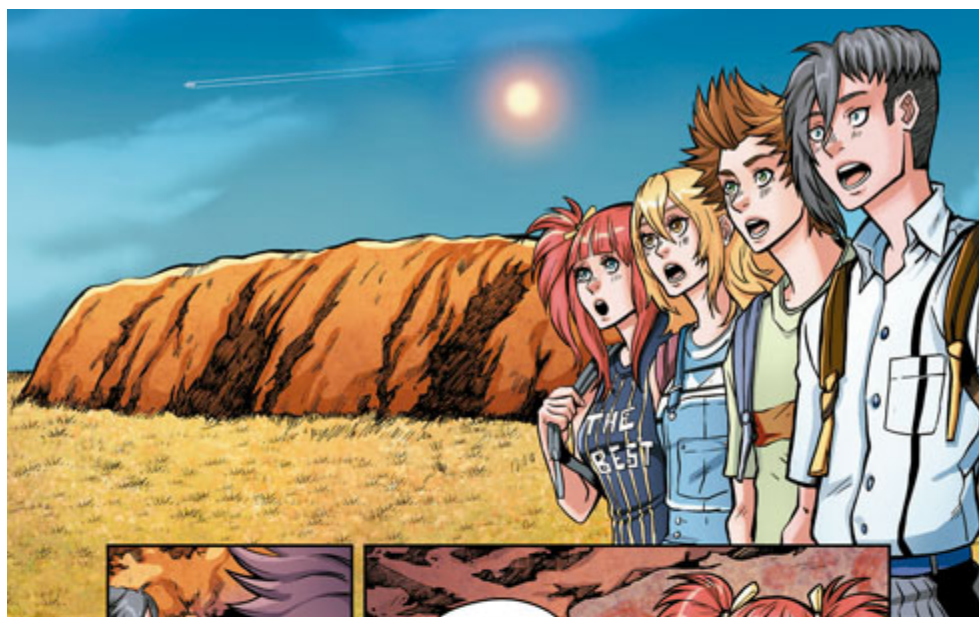
Oliver Wong cogió su mochila y se la colgó de los hombros.

—Naturalmente, de hecho, lo más interesante de Uluru no es lo que hay sobre la superficie, sino debajo de ella. Adelante, nos espera una buena caminata.

—Espero que no sea muy larga —murmuró Flynn.

—Venga, venid —nos apremió Wong—, voy a enseñaros las pinturas de los astronautas prehistóricos que hay en las cuevas.

Lancé una mirada cargada de significado a Verkan.
¿Astronautas prehistóricos?



POR
AQUÍ.



SON MUY
INTERESANTES.

UH...
ESTO...



CREO QUE
TENEMOS
COMPANÍA.

CAPÍTULO 13

No había nada que temer, pues aquellos aborígenes, los anangu, eran amigos del profesor Wong. Por esa razón, a pesar de que ya era tarde y ya no estábamos en horas de visita para entrar en Uluru, nos permitieron acceder por una entrada secreta.

Los cuatro seguíamos a Wong que, a su vez, seguía los pasos de los aborígenes, que iluminaban el camino con antorchas. Sin embargo, nosotros íbamos un poco separados de ellos, temerosos, como si nos preparáramos para salir corriendo de allí en cualquier momento.

Me sentía como Indiana Jones accediendo a las catacumbas del templo maldito. ¡Kali Maa! ¡Kali Maa!

Los aborígenes eran viejos y huesudos, con el rostro macilento y lleno de arrugas. Sus pieles eran de color ocre oscuro, envejecidas por el abrasador sol. De sus cuellos colgaban collares de cuentas de un extraño material. Todos ellos adoraban al lagarto Kandju, que había llegado hasta aquí buscando su bumerán perdido.

El aborígene que encabezaba la marcha por aquel pasillo horadado en la piedra empezó a hablar en su extraño idioma, y Wong nos tradujo lo que decía, pues el traductor automático alojado en nuestros oídos era incapaz de entenderlo. Sus voces resonaban por los pasillos, creando ecos infinitos.

—Uluru es un lugar sagrado. También es conocido como el ombligo del mundo. Tiene nueve kilómetros de contorno y varios kilómetros excavados bajo tierra.

—Esto parece un laberinto —dije yo un poco para ahuyentar la inquietud—, ¿no se pierden nunca?

—Son excelentes guías —nos advirtió Wong—. Para orientarse por la geografía, en el pasado, no empleaban un mapa visual, sino un mapa de sonidos, como un GPS de canciones. Una sucesión de ciclos repetitivos que identificaban las marcas del paisaje por el que tenían que pasar para llegar a su destino. En estas canciones iban apareciendo rocas, ríos, plantas, animales..., y se explicaba así cómo los elementos fueron creados durante el llamado Tiempo de los Sueños, el tiempo en que los gigantes, los héroes y los monstruos caminaban por la Tierra.

Aquella idea me pareció interesante. Me recordaba a una cosa que me pasó de niño, cuando me perdí en un bosque tenebroso de Noruega y empecé a cantar canciones para espantar el miedo. Cuando suena la música que te gusta, parece que todo adquiere otro sentido a tu alrededor. A los aborígenes, además, las canciones les servían para atravesar el *outback* sabiendo siempre hacia dónde se dirigían. Como si protagonizaran un musical de Broadway.

Por fortuna, no continuamos adentrándonos en el ombligo del mundo y, a pocos metros, el túnel se ensanchó en una caverna en cuyo centro resplandecía una hoguera. Era una caverna sobrecogedoramente amplia, labrada en toda la superficie de sus muros como si hubiera sido excavada centímetro a centímetro, una sólida masa de roca horadada hasta formar una bóveda de catedral.

De esta caverna, además, surgían diversas grutas que conducían a lugares que prefería no conocer. A su vez, este laberinto de grutas generaba corrientes de aire ululantes que hacían bailar el fuego.

—Podéis sentirlos muy afortunados —nos dijo Wong—, a ningún turista le permiten llegar hasta aquí.

—Qué suerte... —murmuró Flynn sin mucho convencimiento en la voz.

—Huele como si aquí hubiera una granja de cabras —gruñó Verkan mientras se tapaba la nariz.

En algunas paredes de las cavernas se disponían una especie de chozas de madera que quizá usaran para dormir o almacenar provisiones. También vislumbramos montañas de objetos descabalados en un rincón... Parecían objetos perdidos por turistas de Uluru, como linternas, sombreros, chaquetas, mochilas y una colección muy hortera de *souvenirs*.

Todos tomamos asiento alrededor de aquella hoguera, y nuestros rostros quedaron iluminados por la claridad anaranjada. Oli, Flynn, Verkan y yo, sin embargo, estábamos sentados bastante más juntos que el resto, porque allí donde cesaba la acogedora iluminación, las sombras eran negras, envolventes y de lo más amenazadoras.

Mientras Wong hablaba con los aborígenes en su extraño idioma, lancé una mirada a Verkan:

—Te das cuenta, ¿verdad?

Verkan se encogió de hombros.

—¿De qué?

—Pues de esto. Sin duda es un templo reptiliano.

Verkan pareció valorar durante medio segundo que quizá tuviera razón, e inmediatamente después frunció el ceño.

—¿Quieres dejar de decir chorradas?

—No son chorradas.

Lo eran. Pero en parte las decía para ahuyentar la inquietud que empezaba a sentir.

—¿No habéis visto cómo le huele el aliento a Wong?

Oli hizo el gesto de meterse un dedo en la boca, fingiendo una arcada.

—Eso es verdad.

El aliento de Wong era como un filete de ternera que llevara varios días pudriéndose bajo el sol del *outback*. Ni medio litro de enjuague bucal hubiera podido solucionarlo.

—Y ¿qué tiene que ver? —exclamó Verkan en voz baja.

—Pues que debajo de su piel hay un reptil —razoné yo con aparente sencillez.

Verkan puso los ojos en blanco, demostrando su hartazgo. Porque, si bien era cierto que Wong olía un poco mal, aquella circunstancia era más bien atribuible a una higiene escasa: entre otras cosas, parecía que no se quitara la ropa ni para dormir, y mucho menos para lavarla o plancharla.

—Chicos, vamos a comer algo —dijo entonces Wong entregándonos unos cuencos de barro que habían preparado los aborígenes junto al fuego.

Eran una especie de gachas grisáceas mezcladas con arroz amarillo y cáscara de frutas. Verkan examinó el contenido con cierta desesperación.

—No tendréis Tropical Frappé o un zumito de guayaba, ¿no? —dijo.

Los aborígenes lo miraron como si fuera alienígena. Irónicamente, él les devolvía el mismo tipo de mirada.

—No sé si podré comerme esto —dijo Oli oliendo el contenido del cuenco.

No obstante, tanto los aborígenes como Wong se zamparon aquella comida como si fuera deliciosa. Yo me puse un poco en la punta de la cuchara, probé y... Bueno, digamos que sabía mejor de lo que olía.

Mientras tratábamos de ingerir aquella especie de merienda, el aborígen jefe empezó a hablar con voz profunda, mirando fijamente el fuego, y Wong nos tradujo sus palabras sin dejar de llevarse cucharadas a la boca.

Nos habló de las supersticiones de los aborígenes. Historias de fantasmas, relatos de demonios de la roca, espíritus errantes ancestrales que tenían el paso vedado a nuestro mundo gracias a Uluru, que obraba como una especie de tapón o cerradura gigante de las cuevas que conectaban con las profundidades de la Tierra. Uluru era algo así como la puerta al inframundo.

A medida que escuchábamos aquel relato, se nos iba helando la sangre. Sobre todo a Verkan, que empezaba a tener muy mala cara. Más tarde, sin embargo, descubrí que ello era más fruto de la comida que del relato.

—Son solo leyendas —nos advirtió Wong—, no temáis, pero hay una cosa que a veces me hace creerme al menos una parte de la historia de los aborígenes. ¿Queréis verla?

Tragué saliva.

—Bueno... —musité, imaginándome un demonio encadenado en las catacumbas más profundas de Uluru o algo todavía más horripilante.

Sin embargo, no era lo que esperaba. Wong nos había entregado uno de los collares de cuentas que colgaban del cuello del aborigen jefe.

—¿Un collar? —preguntó Oli—. ¿Eso es la prueba?

—Una prueba del mal gusto que tiene esta gente —rezongó Verkan, que ya había depositado su cuenco a un lado, fingiendo habérselo comido todo.

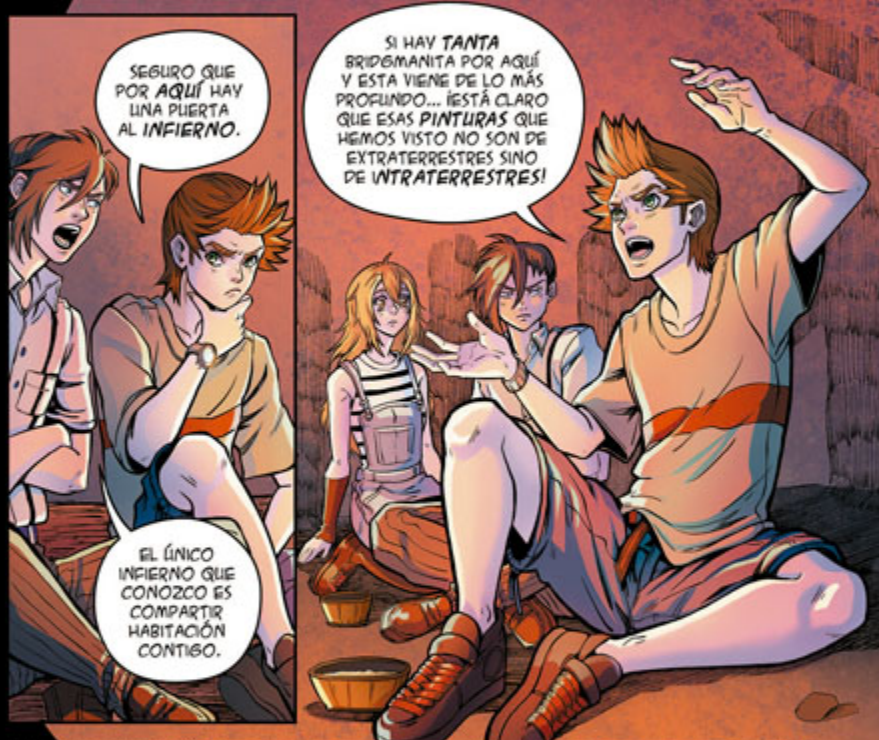
—Fijaos en la cuenta más pequeña y oscura —nos dijo Wong —, es el talismán de Uluru.

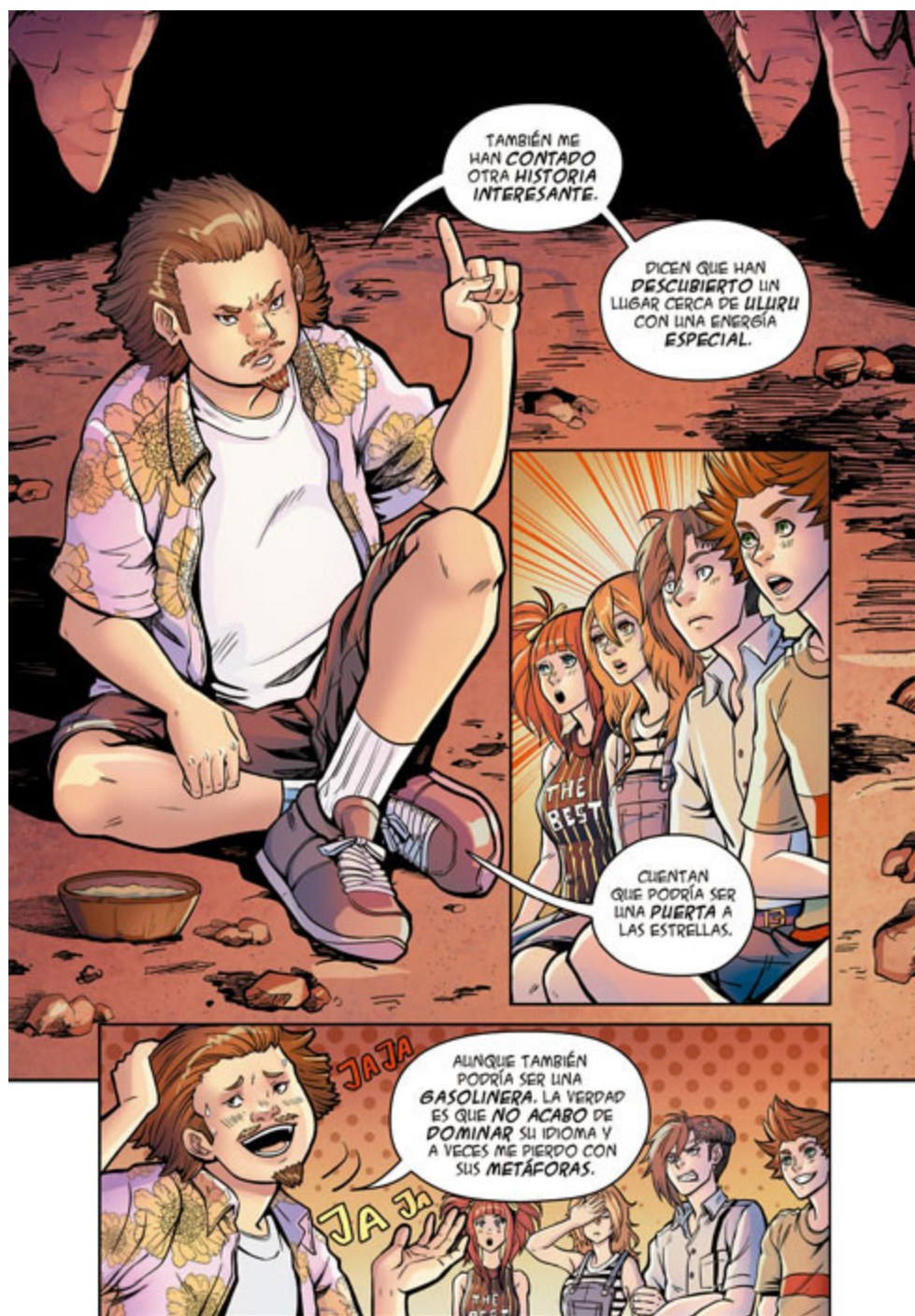
Los cuatro aproximamos nuestros rostros al collar, fijando la vista en ese pedazo de mineral oscuro, como si buscáramos alguna inscripción maldita. Pero era el trozo de piedra más soso que habíamos visto en la vida. Era como un simple grano de arena de playa, tan insípido como los millones de granos que hay a su alrededor.

—Eso que estáis viendo en bridgmanita —dijo Wong con aire solemne—. Es un mineral. De hecho, es el mineral más abundante de la Tierra.

—No suena muy... espectacular —dije yo.

—Lo es. Es mucho más espectacular de lo que parece. A pesar de que es el mineral más abundante de nuestro mundo, nadie ha podido verlo. ¿Sabéis por qué? —Todos negamos con la cabeza, aunque estaba convencido de que, de haber estado allí con nosotros, Yumi habría levantado la mano—. Porque todo él se encuentra a más de seiscientos kilómetros de profundidad. Sin embargo, los anangu descubrieron un fragmento en estas cavernas.





¿Cómo era posible que en ese collar hubiera un fragmento de bridgmanita? De hecho, os voy a confesar una cosa: aquel mineral no se llamaba bridgmanita cuando nos lo enseñaron. El mineral no

tenía nombre todavía, precisamente porque nadie lo había visto. Porque antes de poder bautizar un mineral, primero hay que examinarlo y estudiarlo. Y verlo, claro. La Asociación Mineralógica Internacional no permite dar nombre a minerales de los que no poseemos muestras, son así de quisquillosos.

—¿Os habéis dado cuenta de las profundidades que sois capaces de alcanzar con vuestros drones submarinos en Telepresencia? —nos explicaba Wong—, pues ni siquiera habéis profundizado en la piel de la Tierra.

Calculé que Wong tenía razón. El abismo Challenger, el lugar más profundo de las Fosas de las Marianas, apenas tenía once kilómetros de longitud. La bridgmanita, sin embargo, estaba a más de seiscientos kilómetros.

—Y ¿cómo saben los científicos que hay bridgmanita si no hemos llegado nunca tan abajo?

—Usan sistemas de medición indirectos, enviando impulsos de ondas sísmicas y recogiendo la resistencia que encuentran a su paso. Así deducen el tipo de materia que puede haber allí abajo. Y los geólogos averiguaron que había un mineral compuesto de magnesio, silicio y oxígeno, y que representaba el treinta y ocho por ciento del volumen de la Tierra. Un porcentaje del que nunca habíamos tocado ni un solo miligramo.

—Qué cosa más rara... —murmuró Verkan.

Como veis, un grupo de extraños aborígenes nos había enseñado un trozo de mineral que nadie había podido examinar jamás porque estaba a demasiada profundidad. Si es que de verdad estábamos delante de un pedazo de bridgmanita, claro: quizá todo respondía a otra leyenda de los aborígenes. En cualquier caso, lo que teníamos delante, si de verdad era bridgmanita, todavía no

tenía ese nombre. Los geólogos la llamarían así en el año 2014, gracias a un meteorito. Algo que he descubierto ahora, naturalmente, cuando estoy escribiendo todo esto.

En 1879 se había estrellado en Queensland, Australia, un meteorito que en sus entrañas albergaba una pequeña muestra de este mineral sin nombre. El llamado meteorito Tenham solo contenía una muestra de tamaño microscópico, pero en 2014 descubrieron que su composición era idéntica a la que se creía que tenía ese mineral tan abundante que había en las entrañas de la Tierra (y, al parecer, que también estaba presente en otros planetas y rocas extraterrestres). Así, gracias a esa muestra llegada de las estrellas tuvimos la oportunidad de bautizar el mineral más abundante de la Tierra con el glamuroso nombre de bridgmanita, escogido en honor a Percy Williams Bridgman, un físico estadounidense.

Aproximé el fragmento de mineral al fuego para examinarlo con más atención. Realmente era tan poco llamativo que habría pasado desapercibido para cualquiera. Pero lo importante no era lo aparente, sino la historia que había detrás.

Todo parecía tan fantástico. Uluru, las pinturas de astronautas o extraterrestres, el lugar que aseguraban que servía para llegar a las estrellas, el fragmento de un mineral que nadie en el mundo había podido ver hasta hacía nada... Todo parecía dar sentido a mi teoría reptiliana, aunque en gran parte la usara para troleear a Verkan. Ya no resultaba tan inconcebible que Wong fuera una criatura cubierta de escamas, con tentáculos viscosos y ojos con dos pares de párpados, que ocultara su verdadera forma bajo un disfraz de ser humano.

—Reptiliano —le susurré.

Y por primera vez, Verkan no me respondió.

* * *

Oliver Wong y los aborígenes estaban en la zona de las chozas, mientras un par de ellos danzaban alrededor del fuego entonando una de sus canciones. Por lo visto, según cuentan las leyendas, en el lado norte de Uluru habitaban los pitjantjatjara u hombres canguro, y en el sur, los yankuntjatjara u hombres serpiente. Entre ellos se libraron dos grandes batallas que aún se recuerdan en cantos y ceremonias ancestrales como los que en ese momento estaban realizando.

Cada vez que Wong organizaba una excursión a Uluru, transportaba en su mochila una serie de obsequios y objetos de primera necesidad para los aborígenes, a fin de no perder la distinción de poder visitar sus cuevas más recónditas.

Por lo que pude atisbar desde allí, se trataba de cosas como un par de tubos de pasta dental, cepillos de dientes, café soluble y, sobre todo, pigmentos para elaborar pinturas. Unas pinturas similares a las que sus antepasados habían usado para plasmar aquellos astronautas que aparecían en sus intrigantes dibujos rupestres.

—Oye... —les susurré a Verkan, Oli y Flynn—, ¿y si damos un paseo?

—¿Explorar sin permiso? —exclamó Oli.

—Bah, que esto no es el Directorio XY. Sin embargo —lancé una mirada significativa a Verkan—, si vamos por aquellas cuevas, a lo mejor recibimos terribles castigos por parte de Kandju, el Gran Lagarto.

—Deja de hablar de lagartos, de reptilianos y de tus teorías conspiranoicas —me espetó.

—¿Eso es que estás de acuerdo conmigo? ¿Mejor no perturbar al lagarto?

Verkan negó con la cabeza.

—No tienes remedio. A mí no me da ningún miedo. Esta gente es una panda de supersticiosos. Adelante, vamos donde quieras, venga.

Mi juego de psicología inversa había funcionado. Oli y Flynn se resistieron un poco más antes de venir con nosotros. Cada una tenía sus propios motivos: Oli, porque aún sobrevivían en su cabeza algunas directrices del Directorio XY; Flynn, porque no le seducía la idea de andar más de la cuenta.

—Bah, animaos. Seguro que estos aborígenes ocultan más cosas raras, además de la bridgmanita. Además, tengo una teoría sobre Uluru. Y tiene que ver con los videojuegos.

Sin hacer ruido, cogimos nuestras mochilas y nos adentramos por la cueva que quedaba más próxima a nosotros, dejando atrás a los aborígenes que danzaban alrededor del fuego y a Wong haciendo entrega de los objetos en el interior de las chozas.

—¿Cuál es tu teoría loca? —me abordó entonces Oli, cuando ya nos habíamos alejado unos treinta o cuarenta metros de aquella cámara a través de uno de los túneles. Ya no nos iluminaba la luz de la hoguera, así que estábamos usando nuestras propias linternas.

Carraspeé para aclararme la voz y explicar lo que yo creía, aunque reconozco que le añadí una gran dosis de fantasía desbocada para incentivar la reacción de Verkan.

—He visto en un documental que en el mundo hay muchos monumentos que fueron contruidos posiblemente por extraterrestres o por humanos que tuvieron relación con ellos, como las pirámides de Egipto, las cabezas Moái de piedra de la isla de

Pascua, Stonehenge en Inglaterra, Machu Picchu en Perú, Baalbek en Líbano, entre otros. En realidad, como muchas otras obras arquitectónicas del pasado, creo que unen puntos de energía telúrica. Todo eso tiene relación con la teoría reptiliana, ¿no os dais cuenta? Pero aquí viene mi aportación gamer: si las miras desde las alturas, muchas de esas construcciones parecen los botones de una consola gigante. Por ejemplo, una pirámide es como un triángulo. Stonehenge es un círculo. Uluru es un cuadrado. Las cabezas Moái son los *joysticks*. Es decir, que la Tierra es una consola, y esas construcciones son los mandos contruidos por civilizaciones antiguas para que gobernemos el planeta y nos podamos comunicar con otras civilizaciones extraterrestres. ¿Qué os parece? ¿Eh?

—¿Esta es tu teoría gamer conspiranoica? —exclamó Verkan. Parece que había funcionado...

—Sí, no me digas que no encaja todo. Es imposible que sea casualidad.

—Que los monumentos antiguos tienen esa forma para parecerse a los botones de una consola...

—Eso es.

—¡Increíble! A veces no puedo dar crédito a que dentro de esa cabeza exista alguien capaz de adelantarme en Telepresencia.

—Y de ganarte en Taller 3D —añadí—, no te olvides de nuestras clases en el Directorio XY.

Recordarle a Verkan que le había ganado dos veces (aunque en Telepresencia aún estaba por ver quién vencía al final) le irritó todavía más que mi tendencia a explicarle conspiranoias cada vez más extravagantes. Se puso colorado por la irritación y durante los siguientes cinco minutos no volvió a dirigirme la palabra.

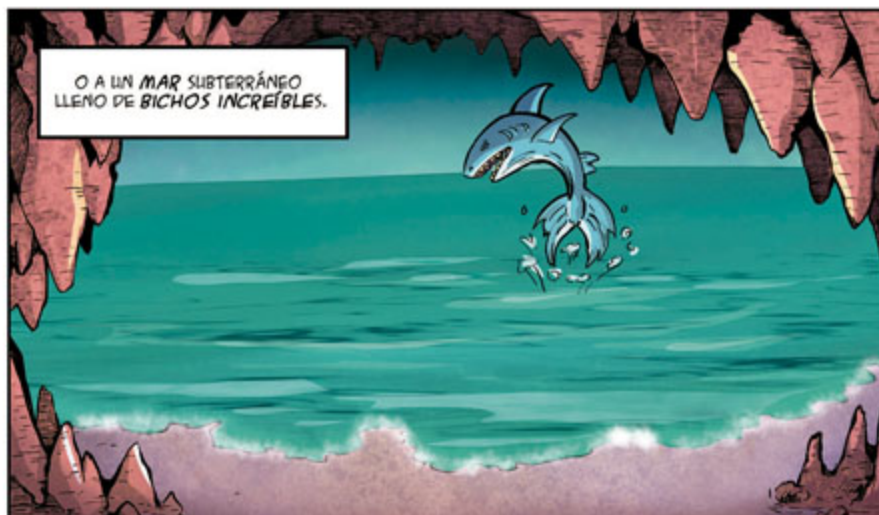
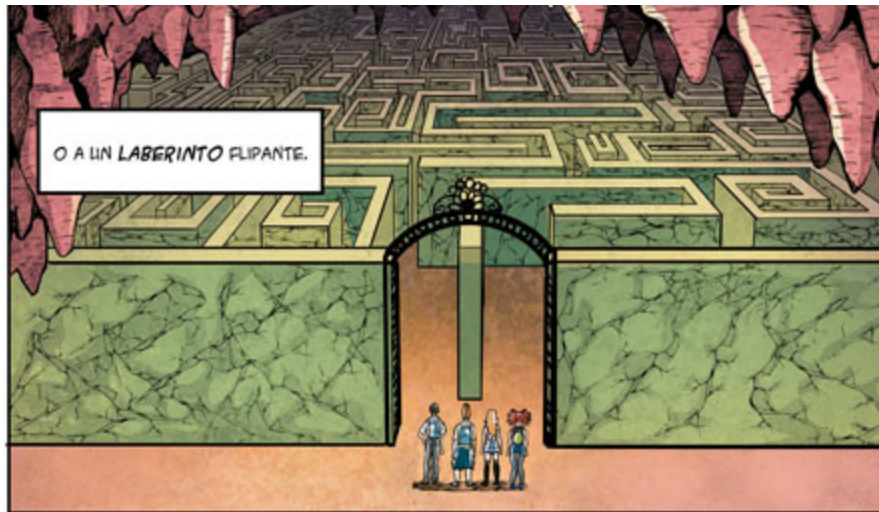
Lo reconozco: me lo pasaba bomba haciendo rabiar a Verkan.

—Esos aborígenes nos han contado tantas historias que creo que se te ha pegado algo —comentó Flynn, aunque aquel comentario lo vertió más para disimular su sonrisa que por verdadero convencimiento: ella también disfrutaba un poquito cuando Verkan se exasperaba. Creo que existe un placer en general al contemplar cómo alguien que intenta mantener una exagerada serenidad y temple pierde los estribos. Qué le vamos a hacer.

Justo entonces notamos una presencia a nuestras espaldas y casi se nos sale el corazón por la boca.

CAPÍTULO 14









Wong nos explicó que, en realidad, aquellos puntos luminosos no eran gusanos, sino larvas de mosquito.

—Para alimentarse —nos decía—, el *Arachnocampa luminosa* ha desarrollado una técnica de caza parecida a la de las arañas: teje pequeños hilos de seda que deja caer desde el techo de la cueva como si fueran hilos de pescar sin anzuelo. La luz azulada que desprenden químicamente sirve para atraer a las presas, como si fueran esas luces ultravioletas que ponen en los restaurantes baratos para electrocutar a las moscas. Fascinante, ¿verdad?

Todos asentimos, pero debíamos reconocer que la presencia de Wong en aquellas cuevas tan oscuras, tan lejos de todos, nos inquietaba. Incluso yo, que había estado bromeando con la posibilidad de su origen reptiliano, de repente me daba cuenta de que, si realmente Wong era una amenaza, nadie sabía que estábamos allí.

No dejábamos de descender ligeramente por el pasadizo. El aire era cada vez más frío. Cualquier claustrofóbico habría empezado a gritar de pánico.

Tragué saliva y continuamos siguiendo los pasos de Wong. En pocos minutos, entramos en otra cueva muy amplia, aunque en esta ocasión había grandes estalactitas que colgaban desde el techo hasta unirse en el suelo. De esa forma, era como avanzar por un enorme salón lleno de columnas cuyo grosor superaba al de cinco personas dispuestas en círculo y cogidas de las manos.

—¿Vamos a algún sitio en concreto? —pregunté.

—Como veo que los gusanos luminosos no os han sorprendido... —y giró su rostro muy serio hacia nosotros—, os voy a llevar a un sitio que os va a sobrecoger de verdad. Preparaos.

—Yo no puedo más, chicos —dijo Flynn, que se sentó en el suelo, reclinando la espalda en una de las estalactitas—, estoy muerta.

—Yo también os espero aquí —la secundó Oli.

El oxígeno en aquellas profundidades parecía mucho más escaso, y eso provocaba que te agotaras fácilmente, lo que en el caso de Flynn era aún más sencillo.

Verkan y yo nos miramos dubitativos. Si declinábamos la oferta de Wong, quizá podríamos quedar como unos completos cobardes delante de las chicas.

—Claro, vamos —dijo Verkan siguiendo a Wong. Seguro que tenía más miedo que yo, pero aún temía mucho más parecer un pusilánime. Y yo, casi por inercia, seguí a ambos.

Avanzamos unos metros más, cuidando de no tropezar con ninguna piedra, e iluminando cada sombra con las linternas, como niños muertos de miedo. Giramos por un recodo formado por una estalactita, luego por otro, y, en poco rato, las luces de Oli y Flynn ya no se distinguían. Ni siquiera éramos capaces de oír sus voces charlando a lo lejos.

Wong estaba unos metros delante de nosotros.

—Aquí es —anunció con voz profunda, quedándose quieto y de espaldas a nosotros.

—Creo que... —empecé susurrándole a Verkan—, justo ahora se girará y nos revelará su verdadera forma reptiliana.

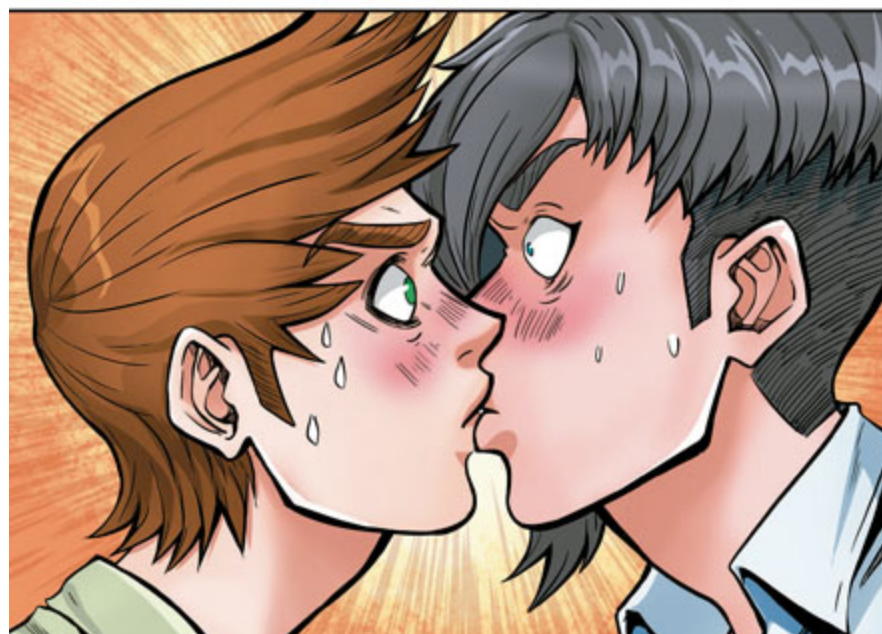
Verkan tragó saliva de una manera tan ruidosa que hasta yo lo oí. Y, aunque estaba bromeando con aquella posibilidad, no las tenía todas conmigo. Abrimos mucho los ojos, preparándonos para el siguiente movimiento de Wong: nuestras piernas se tensaron para salir corriendo, si era necesario.

—¡Esto es! —exclamó Wong entonces enfocando con su linterna una fuente de agua que brotaba de la pared.

Verkan y yo nos quedamos atónitos. Giramos las cabezas y nos miramos mutuamente. Volvimos a mirar aquella fuente.

—¿A que es preciosa? —insistió Wong—. Es agua muy fresquita. Podéis beber un poco, si queréis.

—Vaya bluf —le susurré a Verkan, aunque en realidad ambos nos quedamos por fin tranquilos.





CAPÍTULO 15

El grito había sido tan extraño que, por un momento, por mi mente pasó la imagen de una criatura espeluznante de cuello periscópico, escamas de berilio, garras largas y curvas y tres pequeños ojos en línea, como los de algunas arañas muy, muy venenosas de Australia. Pero no. En realidad, aquel alarido semejaba más el de una rata pequeña.

Porque el que había gritado era Oliver Wong.

Fuimos a su encuentro apresuradamente, pero ninguna criatura le había atrapado. Ni siquiera se había desnudado de su disfraz de humano para mostrarnos su verdadera identidad reptiliana. Lo que había ocurrido era algo tan tonto como que Wong se había resbalado y se había hecho un esguince.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Verkan ayudándole a incorporarse.

—Ay, ay, ay —no dejaba de gimotear Wong.

Estábamos en una roca milenaria, en el ombligo del mundo, el punto crucial de una legendaria e intrincada red de grutas que conformaban, según los anangu, el Tjukurpa o Tiempo del Sueño, el principio de todo, la creación. Sin embargo, todo lo que nos estaba pasando allí distaba mucho de ser épico: más bien era aburrido, poco espectacular, embarazoso (sí, esto es el beso que me di con Verkan) y, ahora, por si fuera poco, muy ridículo.

Porque era tan ridículo contemplar a un profesor entrado en años que podría haber sido un reptiliano infiltrado gimotear y quejarse por todo, que parecía que nuestra historia de ciencia ficción o de terror se hubiera transformado en una comedia de escasa calidad. ¿Cómo llamaría el profesor Don Williams a aquel repentino cambio de género en una película?

Verkan le ayudó a incorporarse, pero, a pesar de que se apoyaba en él para andar, Wong protestaba con cada paso y sufría pequeños desmayos.

—Estoy mareado y desorientado —decía a punto de ponerse a llorar.

—Reptiliano, ¿eh? —masculló Verkan mirándome con odio mientras cargaba el peso de Wong.

—Bueno —convine yo—, casi está a punto de reptar..., de ahí viene *reptiliano*, de *reptar*.

Y era cierto que Wong, a poco que Verkan dejara de sujetarlo, estaba a punto de estirarse en el suelo cuan largo era para arrastrarse y reptar como una serpiente. Pero no era nada cierto que mi juego de palabras le hiciera gracia a Verkan. Ni siquiera me la hacía a mí.

Yo abría la marcha con la linterna, enfocando hacia el suelo para que Verkan y Wong no tropezasen con ninguna piedra o introdujeran el pie en alguna traicionera hendidura.

—¿Sabes por dónde vas? —me preguntó Verkan con la cara muy roja por el esfuerzo de soportar el peso (y las protestas) de Wong. Aunque también creo que era como una caldera cuya rabia estaba a punto de hacerla estallar.

—Ya me he pasado muchos laberintos de videojuegos, esto es lo mismo —repuse yo enfocando con la linterna la bifurcación que teníamos delante. ¿Izquierda o derecha? Creo que era derecha. No, izquierda. No, derecha.

—Claro, claro —rezongaba Verkan—, pero aquí si te equivocas de camino no tienes otra vida para volver a empezar por el punto de control.

—Si sale *game over* es *game over* de verdad, lo sé, lo sé.

—Ay, ay, ay —gimoteaba Wong—, la cabeza me está dando vueltas.

—Eso es por las vueltas que nos está haciendo dar Rubius —replicó Verkan.

Y no negaré que un poco de razón sí que había en aquella frase.

No llevábamos ni diez minutos andando cuando el túnel por el que avanzábamos empezó a estrecharse. No me sonaba que hubiéramos venido por aquí. La luz de mi linterna hacía resplandecer la humedad de las paredes. Cada vez notábamos un viento más frío azotándonos el rostro. El suelo también se estaba tornando blando y mojado, embarrándose poco a poco.

—Oye, que por aquí no hemos venido —me advirtió Verkan.

—Ay, ay, ay —gimoteó Wong.

—Ya, ya, ya —dije yo usando el mismo tono que Wong.

Y entonces accedimos a una especie de pozo vertical de dimensiones gigantescas. La luz de mi linterna no era capaz de alcanzar las paredes del otro extremo y, además, parecía un pozo sin fondo. De las entrañas del pozo brotaban unos soplidos bruscos y muy fríos, como si nos hubiéramos colado en el esófago de un gigante de piedra.

Aquel agujero era tan hondo que no me hubiera extrañado que condujera directamente a un yacimiento de bridgmanita. De cabeza. O a lo mejor no, y solo había un puñado de metros de profundidad. Mejor era no comprobarlo.

—Vale, nos hemos perdi... —empecé a decir, pero la voz se me ahogó cuando resbalé.

Me di de bruces contra el suelo y la cara se me llenó de barro. Y, entonces, poco a poco, comencé a deslizarme hacia el pozo. La gruta estaba ligeramente inclinada y aquella pendiente, que en otras circunstancias no hubiera supuesto ningún problema, se había convertido en una especie de tobogán debido a lo resbaladizo del terreno.

Entonces todo sucedió muy deprisa. Verkan se apresuró a cogerme del brazo, pero también resbaló. Wong perdió el equilibrio y cayó sobre Verkan. Los dos rodaron y patinaron por el suelo, pasaron por mi lado y se escurrieron hacia el precipicio.

Afortunadamente, pude posar el pie en un saliente de la pared, detuve mi lento pero inexorable deslizamiento por el suelo y tomé a Verkan de la muñeca, deteniendo también su movimiento. Verkan había hecho lo propio con Wong.



Y allí estábamos los tres. El trío cómico más divertido de Uluru. Los payasos llenos de fango hasta las orejas. Yo apoyado en un saliente de la pared y agarrando a Verkan, y Verkan agarrando a un

presunto reptiliano que no dejaba de gimotear, ahora con mucha más razón.

—¡Socorro! —grité yo.

—¡Auxilio! —gritó Verkan.

—Ay, ay, ay —gritó Wong.

Estábamos totalmente detenidos en aquel fango resbaladizo, pero, al igual que no nos movíamos hacia el precipicio, tampoco éramos capaces de movernos en sentido contrario. Estábamos condenados a permanecer allí hasta que mis piernas flaquearan por el cansancio. Y cuando sientes que quizá vas a palmarla, a veces dices tonterías. Como la que dije yo, que creo que la llegué a pronunciar con la voz demasiado alta:

—Y que mi primer beso haya sido contigo...

Tan alta, que Oli y Flynn me habían escuchado perfectamente. De hecho, estaban a apenas unos metros de nosotros. Se habían alarmado con el escándalo que estábamos formando entre gritos y lamentos, y habían venido a nuestro rescate.

—¿En serio te has besado con Verkan? —exclamó Flynn desde el recodo del túnel, iluminándome con la linterna. En su voz no creí detectar ni un ápice de celos, sino más bien un tono paródico.

—Os dejamos un rato a solas... —la secundó Oli—, y no solo os enrolláis entre vosotros, sino que encima os vais a cargar a nuestro profesor.

—Eh... —empecé a decir yo, porque Verkan estaba tan azorado que no emitía ni una palabra—, a ver, chicas, me lo estoy pasando bomba con vuestras ironías y eso, pero no creo que aguante mucho más el peso de estos dos.

—Encima que venimos a rescataros, no nos vengas con exigencias ahora —replicó Flynn.

—Por cierto, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Oli.

—Tengo una cuerda —dije yo.

—¿Una cuerda? —preguntó Verkan—. ¿De dónde la has sacado?

—La pedí en recepción. En Gamedonia tienen cuerdas, aunque te parezca increíble.

—Vale, Indiana Jones.

Con la mano que me quedaba libre, abrí un poco la cremallera de mi mochila, introduje los dedos y tiré. La cuerda era delgada como un dedo meñique, pero resistente. Ejecuté un precario movimiento para lanzarla lo más lejos que pude y Flynn fue capaz de cogerla por un extremo, y me lanzó el resto hacia mí.

—¡Cógela fuerte! —me ordenó.

Tanto Flynn como Oli tomaron aquel extremo de la cuerda y empezaron a tirar. La cuestión es que Verkan, Wong y yo estábamos tumbados en un suelo de resbaladizo barro, así que no tenían que hacer demasiada fuerza para desplazarnos incluso en aquella pendiente. Por el contrario, Flynn y Oli estaban en terreno seco, así que podían hacer fuerza sin temor a resbalarse.

En pocos minutos, todos acabamos tumbados en el terreno seco, sucios, sudorosos, exhaustos, pero vivos. Prueba de ello es que Wong no dejaba de lloriquear.

—Podría haber salido yo solo de allí —jadeó Verkan para dejar claro que nadie le había rescatado en realidad.

—Vale, sigues siendo mi héroe —le replicó Flynn, y entonces se dirigió a mí—: ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Por qué me preguntas a mí?

—Tú eres el que llevaba una cuerda en la mochila. ¿No llevas otra cosa? Un GPS estaría bien, porque yo no tengo ni idea de dónde está la salida.

No llevaba un GPS. Pero entonces me acordé de que en mi mochila llevaba otra cosa que nos podía ser útil, sobre todo para cargar el pesado cuerpo de Wong.

CAPÍTULO 16

—¿Qué es eso? —preguntó Verkan.

—¿Ya te has olvidado del telemando que nos sirvió para huir del Directorio XY? —le respondí.

Oli abrió mucho los ojos.

—¿Todavía puedes controlar a Jacinto?

Les expliqué que así era, que había descubierto que Jacinto estaba de vacaciones en Australia y que ahora ya no era un insulso repartidor de paquetería, sino un hombre nuevo, dueño de su destino, amante de las aventuras peligrosas.

—¿No irás a...? —empezó Flynn.

—Eso mismo voy a hacer.

A través de la pantalla de aquel telemando podía ver todo lo que estaba mirando Jacinto. Por lo que deducía, estaba conduciendo un coche descapotable a toda velocidad por una de las desiertas carreteras del *outback*. Cruzaba la noche como un forajido. Sí que había cambiado aquel pobre hombre.

Conecté los sistemas del telemando. Los nanorrobots alojados en el cerebro de Jacinto hicieron su magia. Y entonces, empecé a gobernarle como si fuera un robot guiado a distancia, en modo telepresencia.

—Dirígete a Ayers Rock, llamada Uluru por los aborígenes —le indiqué por el micrófono del telemando. Y aquella orden se insertó en la mente de Jacinto con más fuerza que cualquier directriz del Directorio XY en la cabeza de Oli.

Yo no disponía de GPS en mi mochila, pero Jacinto se había convertido en todo un aventurero. Descubrí que no solo transportaba un GPS en su equipaje, sino todo un equipo de supervivencia, como una colección de cuchillos para cazar cocodrilos o un pedernal para encender un fuego en mitad del bosque y dormir a la intemperie. Disponer de Jacinto era como tener algo mucho más sofisticado que una navaja suiza multiusos.

En menos de una hora, el descapotable ya había llegado a Uluru. A través de la pantalla, lo conduje hacia la misma entrada por la que habíamos accedido nosotros. Con su GPS de bolsillo era capaz de monitorizar el trayecto que realizaba para, así, poder regresar por el mismo lugar.

—Wow, Rubius... Eres un genio —exclamó Oli.

Verkan puso los ojos en blanco.

—Me parece increíble que aún estemos usando a ese pobre hombre para nuestras aventuras —señaló Flynn.

—Bah —dije yo quitándole importancia a aquel hecho—, creo que en realidad él está encantado de que le controlemos de vez en cuando. Su vida es mucho más emocionante desde entonces.

—Ay, ay, ay —gimoteaba Wong.

Teledirigiendo a Jacinto por los pasadizos de Uluru me sentía como si estuviera jugando a un FPS de laberintos. Incluso iba a tener acción como en un *shooter*, porque los aborígenes me descubrieron y comenzaron a perseguir a Jacinto entre alaridos. En

sus manos agitaban unas lanzas. Creo que no les había sentido muy bien que un extraño se hubiera colado en sus dependencias secretas.

—¡Corre, Forrest, corre! —le susurraba por el micro tratando de gobernar alguno de sus movimientos y obligándole a tomar determinados pasillos en vez de otros. A la vez, iba controlando el GPS de reojo. En aquella loca carrera huyendo de los aborígenes que perseguían a Jacinto me estaba dibujando un mapa mental de todo el laberinto de pasadizos de Uluru. ¡Era épico!

Tan épico, que necesitaba pasar a la posteridad.

Saqué mi portátil y empecé a grabarme con la webcam mientras jugaba a aquel FPS en el mundo real con un personaje de videojuego de carne y hueso.

—¡Hola, criaturitas del señor! —exclamé mirando fugazmente a cámara.

Flynn y Oli se lanzaron sendas miradas sin comprender. Wong gimoteó más fuerte. Y Verkan dijo con un hilo de voz, incrédulo:

—Mira que hay que ser exhibicionista.



Jacinto avanzaba a gran velocidad por los túneles, saltando obstáculos, con la linterna en ristre. Sin embargo, no había forma de dejar atrás a los aborígenes.

—Claro, la luz... —murmuré.

Entonces, manipulé rápidamente el telemando y Jacinto apagó la linterna. Ahora ya no llamaba la atención y me pude fundir con las sombras. Jacinto continuó corriendo por los pasadizos y tropezó en un par de ocasiones, magullándose las rodillas y los codos. Incluso creo que una de las veces chocó de frente con una pared.

Pobre hombre... Por suerte para él, el dolor no llegaba de las terminaciones nerviosas a su cerebro, gracias a los nanorrobots. Así que Jacinto era invencible. El soldado perfecto. Me pregunté si el Directorio XY habría manipulado a algunas otras personas de aquella manera para lograr sus fines. No cabía duda de que los nanorrobots neurales eran una de las armas más peligrosas del mundo.

En pocos minutos, como si estuviera jugando a una versión del *Pac-Man* a oscuras en la que el GPS era la única pista del camino, logré zafarme de los aborígenes. Volví a encender la luz. Ya estaba muy cerca.

—¡Muy bien, Rubius! —exclamó Oli.

Unas decenas de metros más tarde, Jacinto apareció junto a nosotros iluminándonos con la linterna. Era como una aparición fantasmagórica. Nuestro rescatador en realidad era yo mismo rescatándonos. ¡Qué lío!

—¿Quién es este señor? —gimoteó Wong, que ya hacía rato que se había perdido.

—Un amigo —respondí yo escuetamente, y oprimiendo diversos botones del telemando conseguí que Wong se apoyara en Jacinto. Ahora solo bastaba con ordenarle que recorriera en sentido contrario el camino que lo había traído hasta nosotros. Gracias al GPS y a la ruta grabada en el cerebro de Jacinto, él abrió la marcha de regreso con Wong apoyado en su hombro, y nosotros justo detrás. Verkan iba el último, refunfuñando algo parecido a que aquel rescate era un despropósito.

Eran las cuatro de la mañana cuando emergimos de Uluru por una de sus entradas secretas. El cielo estaba lleno de estrellas titilantes. Llevábamos tantas horas metidos en el ombligo del mundo que ahora el aire exterior nos parecía de lo más agradable. Además, hacía una temperatura idónea para dar un paseo nocturno.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Flynn.

—Si me lo cuentan, no me lo creo —murmuró Verkan.

—Ay —se limitó a decir Wong, dolorido y agotado.

Oli me miró fijamente, sonriendo. Se lanzó hacia mí a la carrera, dio un salto de alegría, me abrazó y, sin esperármelo, me plantó un fugaz beso en los labios.

—Eres mi héroe, Rubius. ¡Gracias por rescatarnos!

Era mi primer beso. Había sido rápido y muy poco íntimo, pero era el primero. Bueno, el primero si obviaba el que me había dado con Verkan por accidente.

—Lo justo hubiera sido que besaras a Jacinto y no a Rubius —objetó Verkan—, porque ha sido él quien nos ha rescatado en realidad.

—¿Qué pasa? —le espetó Flynn—. ¿Tú también quieres un besito?

Verkan se ruborizó, pero no fue nada comparado con lo que vino a continuación, cuando Oli nos recordó que nosotros ya nos habíamos estrenado allí dentro. Entonces Verkan adoptó un tono de color mucho más rojo, casi como el fuego.

Carraspeé e intenté poner voz grave para no quitarle épica a mi rescate.

—Bueno, tenemos que marcharnos. Jacinto, conducirás la furgoneta para llevarnos a casa. ¡Volvemos a Gamedonia!

—Ay, sí —suspiró Wong—, pero me duele mucho el pie. Necesito analgésicos. En mi mochila, por favor.





Jacinto conducía muy concentrado la furgoneta desvencijada de Gamedonia, surcando la noche. Todo estaba tan oscuro que parecía que atravesáramos el espacio exterior a bordo de una

fragata espacial como las que aparecían en *Udyat Wars*, el videojuego que el Directorio XY había diseñado con objeto de captar a los mejores gamers del mundo para convertirlos en antigamers. Un videojuego en el que, modestia aparte, yo había logrado una de las puntuaciones históricas más altas. No os olvidéis de este dato que, aunque parece que no viene a cuento, tiene mucho que ver con lo que estaba a punto de pasarme.

Pero, de nuevo, no adelantemos acontecimientos.

La cuestión es que nosotros cuatro, Verkan, Oli, Flynn y yo, estábamos sentados en aquella furgoneta, felices de haber escapado de Uluru. Estábamos juntos, inconscientes de que los acontecimientos iban a dar un giro de ciento ochenta grados. Nos sentíamos exhaustos, pero nos resistíamos a dormirnos, porque la adrenalina aún corría por nuestras venas.

Bueno, por eso y porque Wong no dejaba de hablar. Ya no se quejaba del dolor en su tobillo, pero los analgésicos parecían haberle vuelto mucho más parlanchín que de costumbre. De hecho, hablaba con una pesadez y una incongruencia propias de los que se han tomado una copa de más en el bar.

Más que hablar, pues, parecía contarnos sus penas. Y, como también ocurre con los borrachos, repetía a menudo que nos quería mucho y que aquella experiencia había establecido un vínculo irrompible tanto por el tiempo como por los acontecimientos. Literal.

—Ya llevo nueve años enseñando en Gamedonia —decía—, pero he de confesaros que vosotros sois mis mejores alumnos. Tenéis un amigo para siempre. Vais a llegar muy lejos. De verdad os lo... —hipó— digo.

Yo estaba en el asiento del copiloto, junto a Jacinto, y Wong detrás, justo entre Flynn y Oli. Verkan se sentaba en la parte trasera. Nuestras miradas se cruzaron en el retrovisor. Levantó un poco la barbilla para que su boca quedara reflejada en el espejo, y entonces le leí los labios mudos: «Reptiliano». Le sonreí. Wong era lo menos parecido a un reptiliano. Wong, en realidad, era un pobre hombre que tenía tendencia a divagar cuando se tomaba un analgésico.

—¿Queréis que os cuente un secreto? —dijo entonces, porque, además de divagar, Wong parecía necesitar ser muy sincero con nosotros. Sus nuevos superamigos.

—Preguntar eso lleva implícita la respuesta «sí» —replicó Verkan.

—Nadie puede resistirse a un secreto —secundó Oli, que en el fondo había dicho lo mismo, pero de una forma mucho menos pretenciosa.

—Pues... —empezó Wong arrastrando las vocales—, Gamedonia y el Directorio XY no son tan distintas como parece.

Los cuatro nos sentimos repentinamente interesados por aquella afirmación. Hasta lo que sabíamos, éramos los primeros alumnos de la historia que habían acudido a ambas escuelas, así que podíamos opinar con conocimiento de causa sobre las similitudes y diferencias de aquellos dos estilos de enseñanza.

—Pues yo las veo totalmente opuestas —intervino Flynn, que se había quedado un poco traspuesta mientras miraba las estrellas a través de la ventanilla. O quizá lo que miraba era la luna. A Flynn le encantaba la luna, o como ella misma decía a veces: estar en la luna. Que es lo mismo que estar sin estar en cualquier sitio.

—Puede que no se parezcan, pero tienen el mismo origen — continuó Wong—. De hecho, Gamedonia nació como una rama del Directorio XY.

—¿Qué? —exclamé yo.

Wong emitió su característica risa diminuta y chillona, como la de una rata.

—Sí, Rubius. Sé de lo que hablo. Al principio, solo existía el Directorio XY. Más tarde, un grupo se escindió, creándose Gamedonia.

—¿Entonces Gamedonia es hija del Directorio?

—Se podría decir así.

—¡Qué fuerte!

—Aunque lo correcto sería decir que Gamedonia es fruto de una pelea de novios que ocurrió en el Directorio.

—¿Pelea de novios? —repetí—, ¿como en los culebrones venezolanos?

Wong se rio de nuevo como una ratita.

—Sí, pero aquí los protagonistas son el actual director de Gamedonia, Timothy Peary, y la rectora del Directorio XY, Burakov.

—Espera, espera, espera... —interrumpí a Wong—, ¿estás sugiriendo que esos dos estaban liados?

—Eso es justo lo que estoy afirmando, amigos míos. Tanto Peary como Burakov eran estudiantes del Directorio XY cuando se conocieron. Ambos eran los mejores de su promoción. El orgullo de cualquier escuela. Al principio, competían entre ellos para demostrar quién era superior. Pero ya sabéis lo que dicen: el roce hace el cariño.

Tras esa afirmación, Flynn carraspeó. Claramente era un guiño dirigido a Verkan, pero Verkan se limitó a disimular.

—Y entonces se liaron —insistí yo, que no daba crédito a que un tipo como Peary se pudiera enamorar de una momia como Burakov.

—No solo se liaron —matizó Wong—, sino que se enamoraron hasta las trancas.

—Eso sí que no me lo trago —intervino Verkan desde atrás, que tampoco podía imaginarse que Burakov pudiera mostrar sentimientos románticos por nadie.

—Oh, sí, trágatelo, amigo. Las personas pueden cambiar mucho de la noche a la mañana. Cambian cuando se enamoran. Y, sobre todo, cambian cuando se desenamoran. Porque eso es lo que pasó al cabo de pocos años. Lo que parecía un vínculo tan indestructible como nuestra amistad de pronto se hizo pedazos. Ambos eran estudiantes brillantes y compartían muchas cosas, pero en el fondo discrepaban en un punto fundamental. Un punto que acabó siendo tan grande como una montaña. Burakov aspiraba a dirigir el Directorio XY. Era la favorita. Pero Peary discutía a menudo con ella sobre su filosofía de enseñanza. Ella opinaba que un buen estudiante debía centrarse en el mundo real y solo disponer de los videojuegos para divertirse de vez en cuando. Él consideraba que un buen estudiante debía centrarse en los videojuegos y solo disponer de la realidad de vez en cuando. Cuando se pelearon, se separaron para siempre, y sus opiniones también lo hicieron, cada vez más y más. Hasta radicalizarse. De repente, ella opinaba que los videojuegos eran el mal. De repente, él opinaba que la realidad era el mal.

—¿Y qué pasó? —insistí yo cuando Wong dejó de hablar: al parecer, se había traspuesto.

—Eh... —dijo él con la voz pastosa—, ¿por dónde iba?

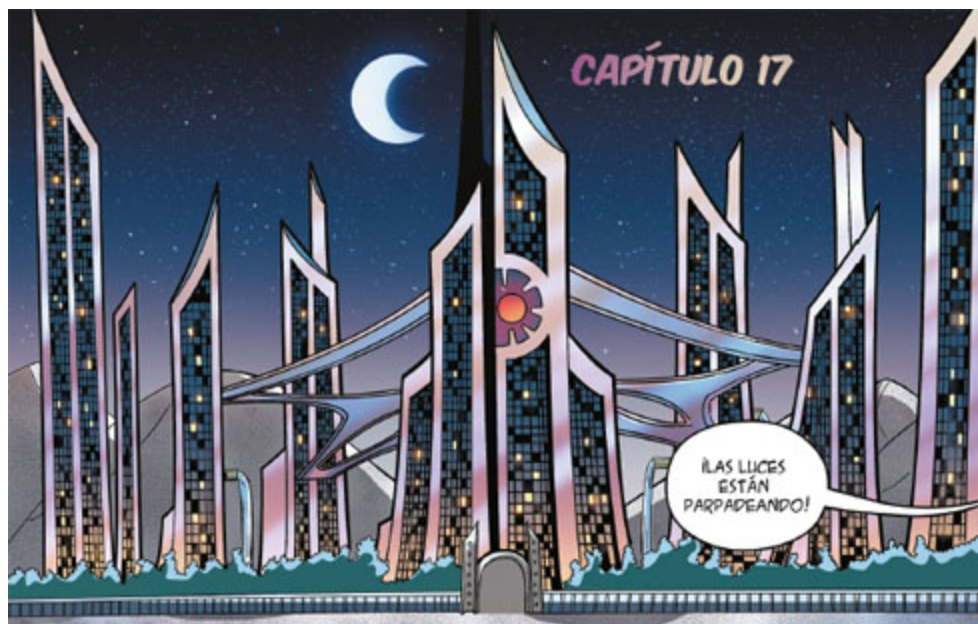
—Por el capítulo 5.145 —respondió Verkan sarcásticamente.

—Ah, sí, ya recuerdo..., las distancias. Las distancias se hacen enormes si empiezas a odiar al otro. Por eso, cuando Burakov se convirtió en la rectora del Directorio XY, Peary la abandonó para fundar su propia escuela, Gamedonia. Cuando Burakov transformó el Directorio XY en un lugar mucho menos amable con los videojuegos y los mundos virtuales de lo que ya era, Peary hizo justo lo contrario respecto a la realidad en Gamedonia.

—O sea, que la existencia de Gamedonia y de la versión *hard* del Directorio XY se debe a una ruptura sentimental —resumió Flynn.

—Eh... —respondió Wong cabeceando, a punto de dormirse—, no sé. No me hagáis mucho caso, no sé muy bien lo que he dicho y...

Empezó a roncar.



Cuando llegamos a Gamedonia estaba amaneciendo. Ahora que ya estábamos a salvo, le había ordenado a Jacinto que hiciera autoestop para regresar a Uluru (total, no tenía prisa...), recogiera su descapotable y volviera a ser el hombre libre y aventurero de siempre. Por el momento, renunciaba a controlarlo con mi telemando como si yo fuera su titiritero.

Wong se encontraba un poco más despejado. Nosotros, sin embargo, estábamos muertos de sueño. Por esa razón, cuando empezaron a parpadear todas las luces tardamos un poco en reaccionar. ¿Sabéis esa sensación cuando uno tiene muchísimo sueño y todo parece transcurrir a velocidad muy lenta? Pues eso.

—¡ALARMA! —sonó una voz por los altavoces, y le siguió un timbre pulsátil.

—Pero... ¿qué pasa aquí? —exclamó Verkan, restregándose las legañas.

Los recepcionistas estaban atendiendo el teléfono, histéricos. Un par de profesores pasaron junto a nosotros corriendo. Un tercero, al cruzarse con Wong, le espetó:

—¿Qué haces aquí? ¡Rápido! Reunión de emergencia.

—¿Uhm? ¿Qué sucede? —preguntó Wong despertando de su letargo.

—¿No te has enterado? Ha habido un fallo total de los sistemas. Solo ha durado una fracción de segundo, pero ya han caído media docena de mundos virtuales. —El profesor nos lanzó una mirada furibunda—. Y vosotros, dirigíos a vuestros dormitorios hasta nuevo aviso. Todavía no conocemos el alcance de la amenaza.

Desorientados, obedecimos sin rechistar, enfilando el pasillo en dirección a nuestras habitaciones. A los pocos metros nos cruzamos con Yumi.

Se nos quedó mirando: debíamos de tener una pinta horrible.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó fijándose en nuestras manchas de barro.

—Es una historia muy larga —empezó diciendo Verkan con aire misterioso.

—Y creo que lo que está pasando ahora es más importante —zanjé yo—. ¿Sabes algo?

Yumi entrecerró los ojos, formando sus características rendijas, pero en esta ocasión no estaba sonriendo. Por un segundo, llegué a pensar que aquel gesto iba a preceder a una especie de amonestación por habernos ido de excursión sin avisarla. Ahora parecíamos más unidos que antes y ella, por el contrario, más alejada de nosotros. Sin embargo, enseguida advertí que no estaba acertando con mi interpretación: Yumi estaba reflexionando.

—Creo que sí lo sé —concluyó mirándonos fijamente—, he detectado unas variaciones de energía muy agudas con mi portátil. Creo que ha sido un PEM. Un Pulso Electromagnético.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Alguien nos ha atacado?

Por un segundo, se me pasó por la cabeza la idea de que detrás de aquel bailoteo del flujo de energía estaba el Directorio XY. Y que en cualquier momento iba a aparecer la rectora Burakov para exigirnos regresar, a la vez que echaba en cara a Tim Peary que se hubiera convertido en un inmaduro loco por surfear llevando sobre sus hombros un gato gigante modificado genéticamente.

Aun así, me volvía a equivocar. No era ningún ataque. Era un evento totalmente natural. Terrorífico, pero natural. Porque no siempre lo natural es bueno. A veces, lo natural puede ser nuestro enemigo. Como los venenos de algunas plantas. Como los gases que emanan de los volcanes. Como los rayos gamma que emiten las estrellas al explotar.

O como las tormentas solares.

* * *

Aquella misma mañana, después de ducharnos y vestirnos con ropa limpia, acudimos todos a la sala de reuniones. El lugar en el que se había celebrado la fiesta de bienvenida. En esta ocasión, sin embargo, los rostros no expresaban la ilusión o la incertidumbre de un curso nuevo por delante, con nuevos compañeros de clase y nuevos profesores, sino una grave preocupación. En la tribuna, Tim Peary explicaba a través del micrófono lo que los sistemas de Gamedonia habían detectado, junto a las informaciones remitidas por la NASA y otros observatorios del mundo.

—Ha sido únicamente una tormenta fugaz, un amago de lo que está por venir —decía cariacontecido—. Nuestro Sol nos está avisando de que dentro de muy poco va a originarse una gran tormenta, algo sin precedentes en la historia. Por ahora, solo ha sido un evento que ha durado apenas una fracción de segundo, pero ha sido suficiente para dismantelar un veinte por ciento de todas las instalaciones de Gamedonia. Algunos satélites de comunicaciones también han caído. Los desastres se han localizado únicamente en esta región del globo, no debéis preocuparos por vuestros familiares o amigos. Además, han sido desastres todavía muy tímidos, apenas

un prólogo de lo que está por venir. Las mediciones se han reajustado y el posible Gran Apagón se ha vuelto mucho más probable. Y, sobre todo, mucho más próximo en el tiempo.

Una mano se alzó entre los presentes. Era Don Williams. Pese a que siempre componía expresiones que delataban su seguridad en sí mismo, como si estuviera posando para una sesión fotográfica, ahora parecía aterrado. Demasiado aterrado como para teatralizar su pregunta: su voz sonó llena de pánico.

—¿Cuándo se calcula que podría tener lugar esa tormenta?

—El momento exacto continúa siendo un misterio —respondió Peary—, pero lo que sí sabemos es que tenemos un plazo que oscila entre los veinte y los sesenta días.

¿Veinte días? ¿Solo veinte días? Eso era menos de un mes. Ni siquiera iba a concluir mi primer trimestre en Gamedonia. Y era posible que en poco tiempo ni siquiera Gamedonia existiera.

—Si la tormenta tiene lugar y no hacemos nada por detenerla —anunció Peary con un tono de voz seco—, nunca más podremos jugar a videojuegos. Todos los mundos virtuales se esfumarán. La electricidad. La tecnología. El cine. La música. Las piscinas de olas. Todo.

Un murmullo de preocupación se levantó entre los presentes. Algunos incluso llegaron a plantearse la opción de echarse un vicio de al menos veinte horas a algún juego, el que fuera, para así despedirse para siempre de ellos a lo grande.

Pero esa opción no era muy inteligente. Si no hacíamos nada por solucionar el problema, nos culparíamos el resto de los días de no haberlo intentado. Y además nos lamentaríamos a la luz de las velas. Sin portátil ni teléfono móvil. Se acabaron también mis vídeos en webcam.

—Ya se encargará alguien de arreglarlo, ¿no? —murmuró Flynn, a quien empezaba a dar mucha pereza eso de ponerse a pensar planes para salvar el mundo.

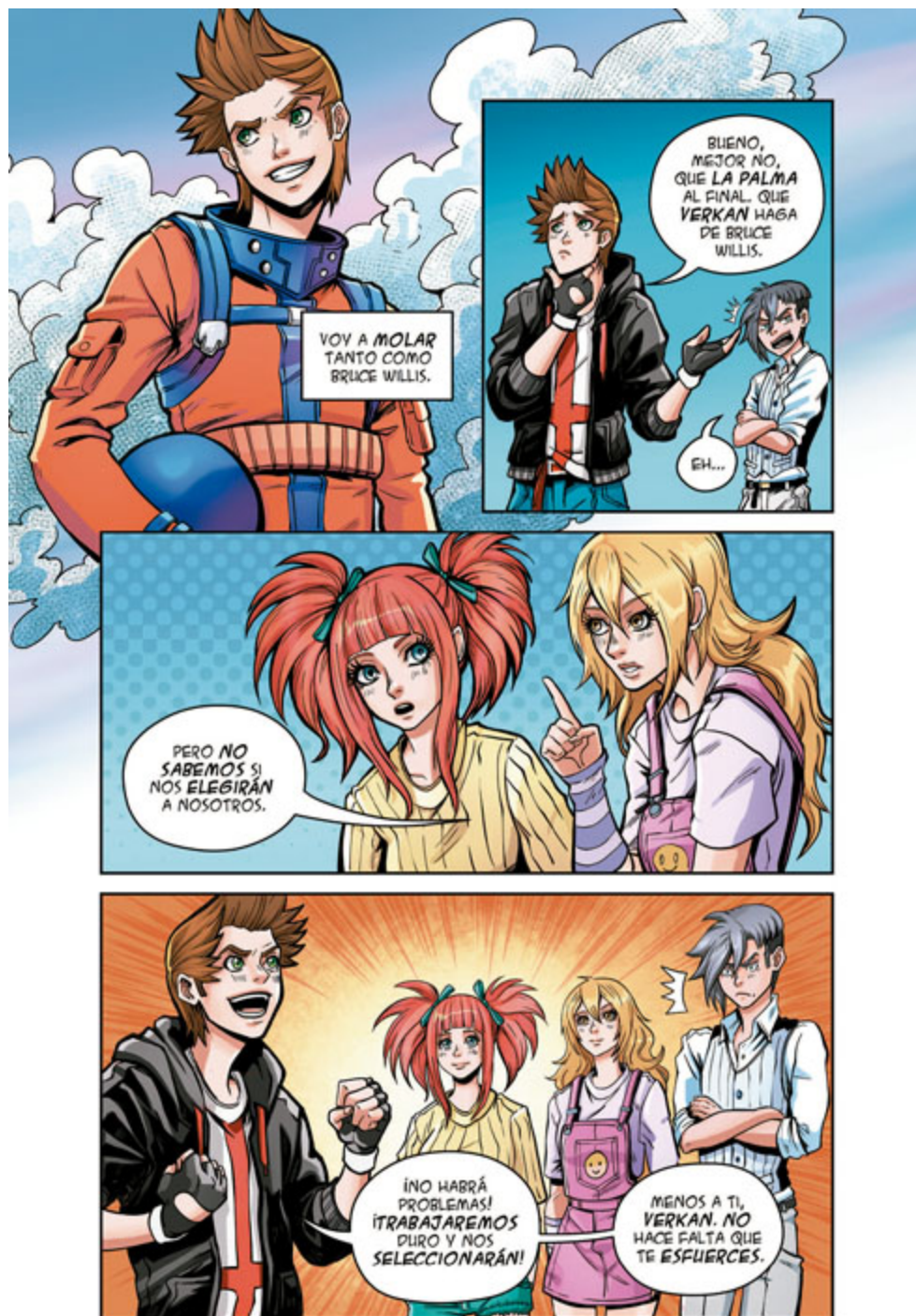
La cuestión es que los que se iban a enfrentar a aquel evento destructor iban a ser los que hubiesen obtenido mejores puntuaciones en clase de Telepresencia. La NASA había solicitado ayuda a expertos gamers para llevar a cabo un proyecto experimental que quizá podría evitar la tormenta solar.

Pronto, muy pronto, los escogidos iban a recibir la información sobre cómo gestionar aquella crisis a nivel planetario. Por mi imaginación pasaban muchas ideas locas: ¿pilotar un submarino para buscar un refugio en las profundidades del océano y así evitar el efecto de la tormenta solar? ¿Quizá nos embarcarían en un cohete espacial para... hacer algo allá arriba? Y todavía más loco: ¿y sin nos mandaban al Sol? Eso no tenía mucho sentido, porque el Sol es un lugar demasiado caliente para la vida humana, y para cualquier tipo de vida en general. Pero quién sabía...



COMO EN
ARMAGEDDON.
¡ESPERO QUE NOS
DEN UNOS TRAJES
DE ESOS MOLONES!





CON LOS **NUEVOS DATOS** RECIBIDOS,
NOS ESPERARÁN DOS **DURAS SEMANAS**
DE **ENTRENAMIENTO** EN TELEPRESENCIA.





CAPÍTULO 18

¿Os acordáis de que los aborígenes de Uluru aseguraban haber descubierto un lugar que servía para viajar a las estrellas? Pues tenían razón. La historia no era una leyenda más. Porque a pocos kilómetros de Uluru se encontraba el emplazamiento escogido por la NASA, la ESA, la JAXA y otras agencias para construir su base de operaciones y lanzamientos secreta. Lo sé porque era allí donde nos iban a trasladar inmediatamente.

Los seleccionados para aquel viaje eran los que habían obtenido las puntuaciones más altas en Telepresencia. Naturalmente estaba Yumi, y también Verkan, Oli, Flynn y yo, además de Ramona, Jyn y Dayo.

Aquella mañana de diciembre, todos partimos en varias furgonetas desvencijadas de Gamedonia, marca de la casa, en dirección de nuevo a lo más profundo del *outback*. Con nosotros solo viajaban Oliver Wong, que afortunadamente ya no repetía que era nuestro amigo del alma, y Tim Peary, que por primera vez desde que lo había conocido no desplegaba su sonrisa llena de perlas blancas. Su mueca de preocupación no solo tenía su origen en la importancia y trascendencia de aquella misión, sino en la posibilidad de reencontrarse con la rectora Burakov. Su antiguo amor. Su enemiga. La razón de la existencia de la propia Gamedonia.

¿Burakov?, habréis exclamado. ¿Qué tenía que ver ella aquí?

Sencillo. Las instalaciones de operaciones y lanzamiento para gestionar la crisis *blackout* o Apagón Total se encontraban en una zona despejada, lejos de las carreteras principales, y también de las miradas indiscretas. Aquel era uno de los lugares más inhóspitos del mundo. Todo se había estado desarrollando en completo secreto para no alertar a la población. Se habían esbozado diversas estrategias de gestión de la crisis, pero ninguna había obtenido resultados satisfactorios. En pocos días, según las nuevas mediciones, podría tener lugar la madre de todas las tormentas solares. Necesitaban a los jugadores de Gamedonia, si bien la supervisión tecnológica de toda la operación estaba en manos del Directorio XY.

Todo eso aún no lo sabíamos, fue Tim Peary el que nos puso en antecedentes durante el viaje. Sin embargo, algo había sospechado: nos habían suministrado una ropa de abrigo para protegernos del frío de las instalaciones, así como para evitar la electricidad estática: al parecer, la ropa estaba tejida con un hilo especial. La cuestión es que esa ropa tenía una pinta muy en la línea del Directorio XY.

—Chicos —carraspeó—, tengo que contaros una cosa. Estamos a punto de reunirnos con el Directorio XY.

—¿Qué? —exclamé abriendo mucho los ojos.

De repente, me acordé de las palabras de Ogro la noche en que apareció en el escenario virtual Antártida bajo el aspecto de un avatar de pingüino. Me dijo textualmente que muy pronto iba a volver a ver a Robin. ¿Ese momento era en unas horas?

—Siento tener que contaros todo esto justo ahora, pero a nosotros también nos han informado hace poco —continuó Peary, frotándose las manos con nerviosismo. Nunca le había visto tan

preocupado—. La crisis que estamos afrontando es tan importante que requiere de la colaboración de todos.

—Hasta de los alumnos de una escuela antigamers... —añadió Verkan con un hilo de voz. Tampoco parecía hacerle demasiada gracia aquella idea. Sobre todo porque nosotros cuatro éramos fugitivos del Directorio XY.

—No os preocupéis por nada —se apresuró a subrayar Peary—. Hemos firmado una tregua con ellos. Todos tenemos un enemigo común, que es la posibilidad de que una eyección solar de alta energía geomagnética destruya la civilización.

—Claro, en Taller 3D siempre se están inventando cosas, como esta ropa que llevamos ahora —intervine yo—. Hasta hubo un tiempo que fabricaban la marca Rubius.

—El Directorio XY ya lleva treinta y seis meses trabajando en este proyecto —nos reveló finalmente Peary, cuando estábamos a punto de llegar a nuestro destino.

Aquel nuevo dato me sobrecogió. ¿Treinta y seis meses? Eso significaba que, mientras habíamos acudido a las clases del Directorio XY, secretamente ya se estaba desarrollando tecnología para aquella misión.

De hecho, las riendas de la operación iba a llevarlas casi en exclusiva el Directorio XY. El problema es que necesitaban pilotos experimentados. Una clase de pilotos inéditos en la historia que dispusieran de una capacidad de coordinación psicomotriz casi sobrenatural. Los pilotos de las Fuerzas Armadas no estaban preparados para algo así, ni prácticamente nadie. Así que el Directorio XY tuvo que asumir que necesitaban gamers. No obstante, es probable que Burakov estuviera dispuesta a hacer

cualquier cosa antes de pedirle un favor a Tim Peary. Por esa razón, el Directorio XY había optado por reclutar a sus propios gamers. Y, para ello, había lanzado *Udyat Wars*.

—La Burakov ha tenido que quitarse la máscara de sobrada que lleva las veinticuatro horas al día y pedirnos ayuda —continuó explicándonos Peary, que parecía necesitar desahogarse con alguien.

En otras palabras, en realidad yo estaba allí porque había logrado la máxima puntuación en *Udyat Wars*. Si no se hubiera lanzado aquel videojuego de reclutamiento, quizá nunca hubiese entrado en el Directorio XY. Porque la razón de mi reclutamiento no era cursar estudios en el Directorio XY, sino ser entrenado para aquella misión secreta. Y si no hubiera entrado en el Directorio XY, tampoco hubiese escapado, siendo rescatado finalmente por Gamedonia.

—O sea, que nos fuimos de la boca del lobo para volver a ella —musitó Flynn escudriñando la ventanilla. A lo lejos, despuntaba el gigantesco centro de control y lanzamiento.

El Directorio XY necesitaba gamers adiestrados en desplazarse con habilidad en entornos espaciales. Por eso existía *Udyat Wars*. Sin embargo, habíamos escapado de allí; habían perdido a sus pilotos. Y ello les había obligado a tender una mano hacia Peary, hacia Gamedonia. Supuestamente, era una mano amistosa. Pero viniendo del Directorio XY, nadie podía estar seguro de ello.

Por eso, a medida que nos aproximábamos a aquellas instalaciones y estas aumentaban su tamaño frente a nosotros, Peary se retorció con creciente nerviosismo las manos.

—*Holy shit...* —murmuré—, es una base enorme. Y allí..., allí hay una zona de lanzamiento de cohetes.

—Sí —dijo Peary—, según los informes que nos han facilitado, esa zona de lanzamiento ha sido diseñada por SpaceX, la recién inaugurada compañía aeroespacial de Elon Musk.

Verkan se hinchó como un pavo real.

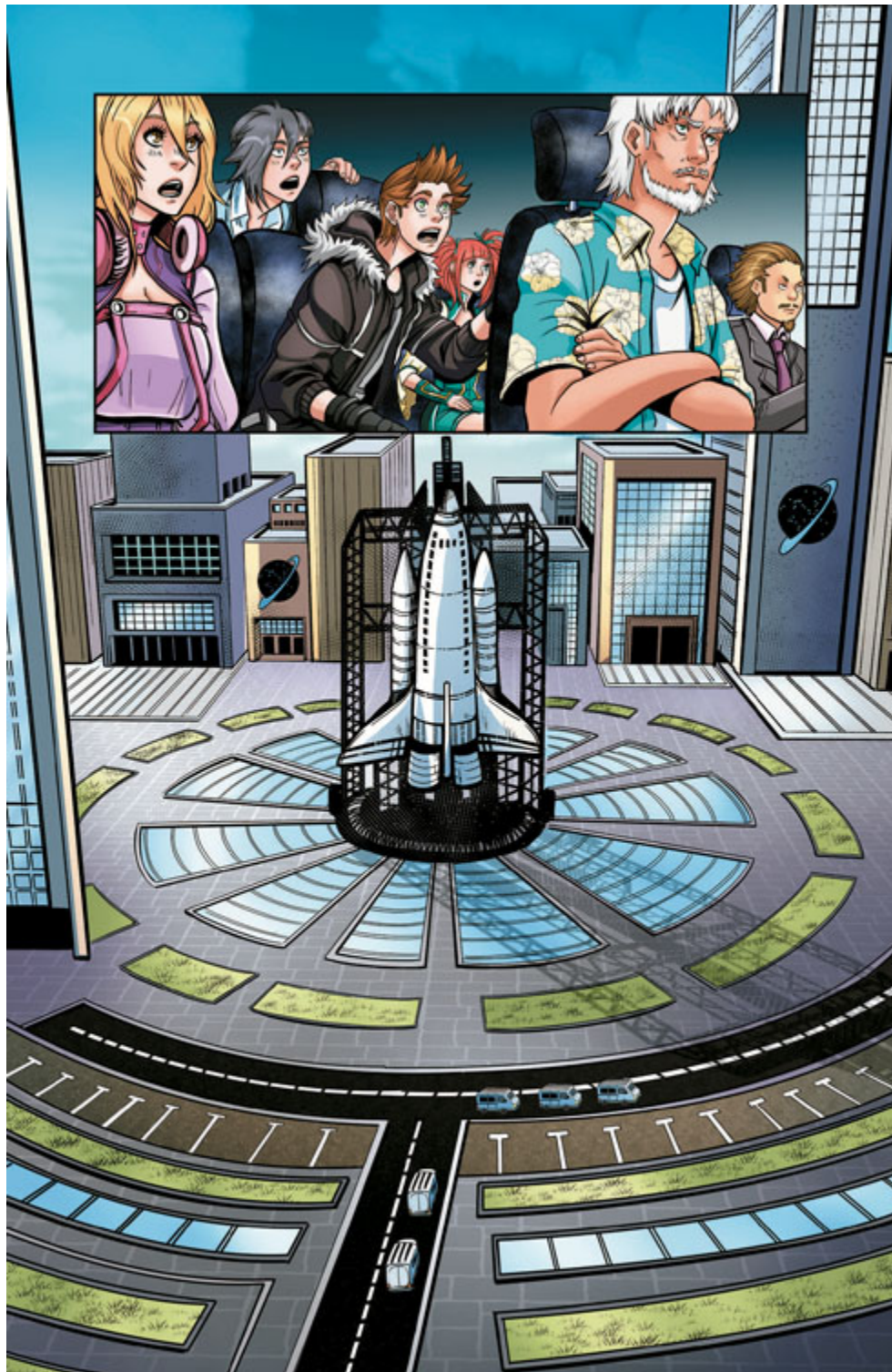
—Siempre los hombres inteligentes y ricos sacando las castañas del fuego a los muertos de hambre.

Nadie hizo caso de aquel comentario clasista, tan propio de Verkan, y entonces me centré en la que quizá era la pregunta más importante de todas.

—¿Van a enviarnos al espacio?

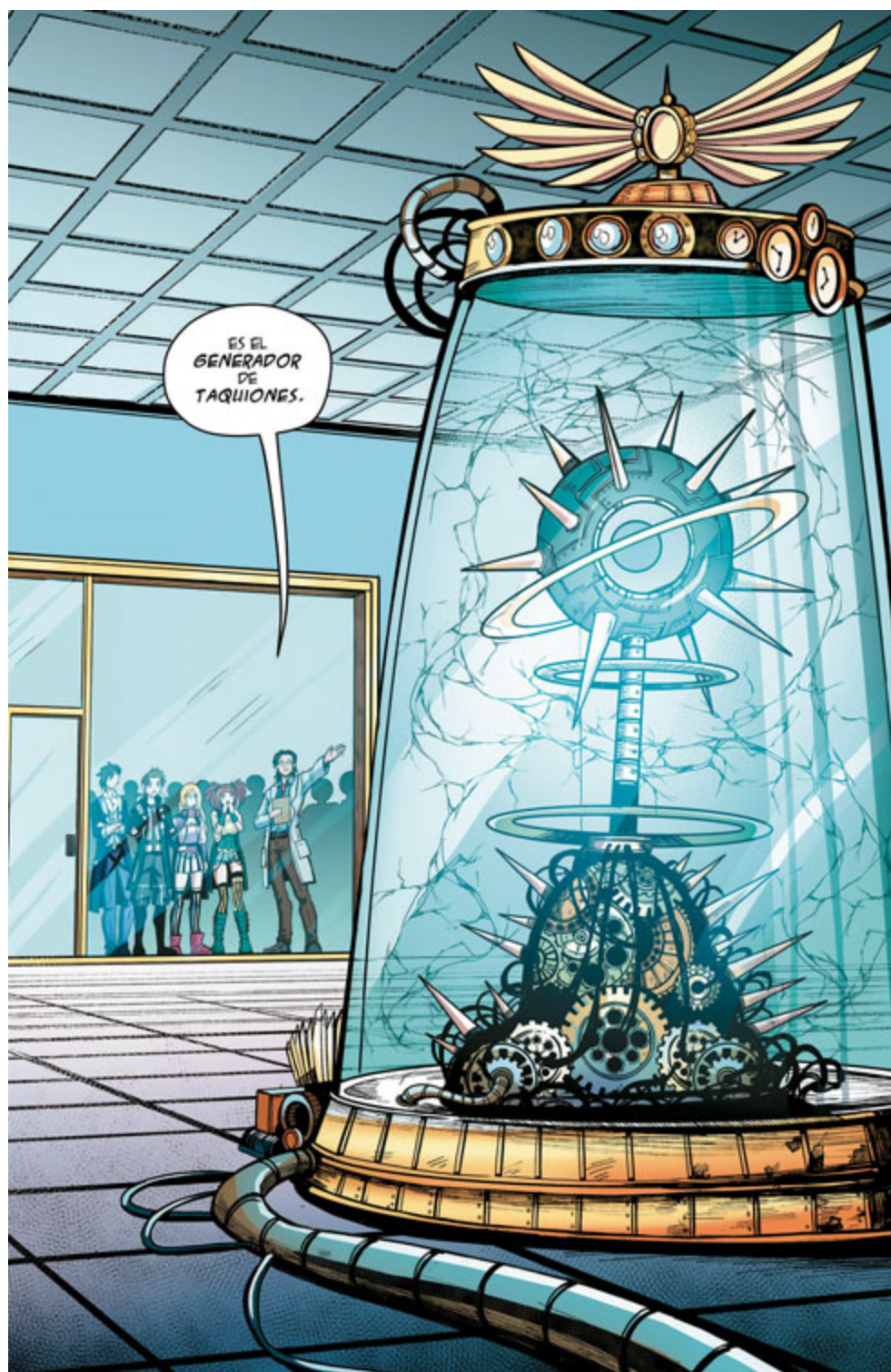
—Oh, no —se apresuró a responder Peary—. Esa plataforma ha servido, efectivamente, para enviar cientos de sondas al espacio, pero vosotros las vais a controlar desde aquí. Como en clase de Telepresencia.

Por un momento, me sentí defraudado. Ya me había imaginado a mí mismo calzando un traje de astronauta. Pero, por otro lado, agradecí no embarcarme en una misión tan peligrosa. Lo mío eran los videojuegos, no pilotar naves espaciales de verdad.









Bueno, no sé cómo contaros esto para que sintáis la emoción que yo sentía, así que lo escribiré en mayúsculas. Ya sabéis que las mayúsculas, en internet, significan que estás gritando. Pues ahí va: ¡ESTABA EN LA PUTA NASA! Nos recibían como si fuéramos héroes simplemente porque se nos daban muy bien los videojuegos. Increíble, pero cierto. En ese momento me reí de todos los que se habían dedicado a decirme que estaba perdiendo el tiempo en aquella fase final del *Room Chaos*. Las horas que eché tratando de averiguar lo del pollo de goma con polea en medio, me daba cuenta justo en ese instante, no habían sido en balde.

—Estoy flipándolo al máximo —exclamaba Oli.

—Bah, es normal que nos llamen a nosotros. —Verkan no perdió ocasión de pronunciar aquellas palabras, levantando ligeramente una barbilla orgullosa.

—Esperad aquí, chicos —nos dijo el científico de la NASA—. Ahora os llevarán a la sala de control.

¡La sala de control! Seguro que se parecía mucho al aula donde teníamos la clase de Telepresencia.

El científico, visiblemente incómodo por tener que hacer de niñera ante aquel grupito de alumnos de Gamedonia, se puso a hablar sobre algo que le infundiera seguridad: la ciencia. Así que se centró en aquella máquina a la que llamaban Generador Taquiónico y que estaba en el interior de una sala blanca. Una de las paredes era acristalada, así que era como mirar una ballena en el zoológico. El aspecto del generador de taquiones recordaba un poco al estilo *steampunk* del Directorio XY, como nuestro nuevo vestuario. Se notaba que lo habían diseñado y construido ellos.

—Usamos este sistema para producir taquiones, unos diez mil a la hora.

—¿Qué son los taquiones? —preguntó Flynn examinando más de cerca la máquina, que le recordaba a un ordenador gigantesco.

—Los motores de curvatura que vais a usar en el espacio se basan en la tecnología taquiónica, y también la teledirección, pues así se evitan los decalajes que producen las grandes distancias cosmológicas. Sin los taquiones, cualquier orden que se ejecutara desde el tablero de mandos tardaría horas en llegar.

Flynn no alteró el gesto ni un poquito.

—¿Me ha respondido a la pregunta o es que no me he enterado de nada?

Verkan carraspeó.

—Es física elemental —aclaró—. Los taquiones son partículas que violan las reglas del espacio y el tiempo.

—Oh, vaya, qué listo eres —repuso sarcástica Flynn—, pero sigo sin enterarme.

Verkan no dijo nada más. Me temo que había leído aquella definición en alguna enciclopedia, la había memorizado y nunca se había preocupado de entenderla.

—Por partes... —intervine yo—, deduzco que las sondas están en el quinto pino, así que la señal de radio que se usa para comunicar los movimientos del *joystick* a las maniobras de esa cosa tardan tanto tiempo en llegar que los taquiones son un truco de magia para que no tarden tanto.

El científico de la NASA se frotó el puente de la nariz, meditabundo.

—No es un mal resumen, pero la comunicación no tarda menos tiempo, sino que es instantánea. Son los taquiones los que hacen posible algo así, y no hay magia de por medio, solo ciencia. Porque la ciencia es la nueva magia.

—Pues yo sigo sin entender lo que es un taquión —rezongó Flynn.

—A lo mejor es que no se puede entender, como los finales de algunas películas —observó Oli.

El científico negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con una película. Los taquiones se pueden entender perfectamente, pero solo a través del lenguaje de la física y las matemáticas, que no es el que estamos hablando ahora mismo. Los taquiones son partículas invisibles que se mueven por el tiempo como si este fuera una carretera de dos sentidos. O sea, que los taquiones pueden ir donde les dé la gana y estar en todas las épocas que quieran.

—Vale, los taquiones son un poco como Oli, entonces —concluyó Flynn.

Todos nos echamos a reír, menos el científico, que por su cara debía de considerarnos un grupo de niños que no tenían nada que hacer en una misión tan seria como aquella.

—Por eso —continuó, como si Flynn no le hubiera interrumpido — usamos los taquiones para dispararlos frente a las sondas que vais a pilotar, así se curva el espacio-tiempo a medida que avanzáis por el espacio. De esta forma, la sonda se comportará en cierta manera como un taquión, y podrá transportar cometas más deprisa que la propia luz.

—¿Y también viajar por el tiempo? —aventuró Flynn.

—No, eso no —replicó el científico.

—Pero si antes ha dicho que los taquiones pueden...

—Ya sé lo que he dicho, pero no —zanjó con firmeza.

—Qué humos tiene el Einstein este... —señaló Oli, y todos nos volvimos a reír otra vez.

—No sé si os habéis dado cuenta —murmuró Yumi, que había permanecido en silencio hasta entonces—, pero se le ha escapado que vamos a transportar cometas. Ya sabemos cómo será la misión. ¿Son cometas de la nube de Oort? —preguntó ya en voz alta.

El científico se mostró visiblemente incómodo. Nosotros, los niñitos de los que tenía que cuidar, éramos los héroes de aquella misión y le troleábamos lo que queríamos. Además, por un descuido, nos había facilitado información que seguramente solo el jefe de Operaciones estaba autorizado a entregar. Incapaz de dominar por más tiempo aquella situación, dio media vuelta y desapareció por un pasillo.

—Ahora vuelvo —gruñó andando de forma muy cómica.

—Creo que se ha enfadado —señaló Ramona.

—No —negó Verkan—, lo que le pasa es que se quería pasar de listo con nosotros y no ha podido.

—Te sientes identificado, ¿verdad? —le disparó a bocajarro Flynn.

Verkan enarcó una ceja de esa forma tan elegante que él sabía.

—¿Qué insinúas?

Mientras se ponían a discutir otra vez, aunque sabía que más por chincharse que por estar verdaderamente enfadados, saqué el portátil de mi mochila. Estaba en la NASA y delante de una máquina que creaba partículas de las que nunca había oído hablar, para pilotar sondas que circulaban por el espacio exterior. ¡Tenía que grabarlo todo!

Me aproximé a la puerta de entrada de la sala del generador de taquiones. Estaba cerrada, pero había un tablero para introducir un código de seguridad. Probé el más simple de todos, ya sabéis, ese

PIN que nunca debéis usar para desbloquear vuestro teléfono móvil porque es demasiado fácil: 1, 2, 3 y 4. Y, a pesar de que estaba en la NASA, funcionó. La puerta se abrió con un chasquido. Nadie se dio cuenta, ni siquiera Tim Peary, porque Flynn y Verkan seguían con aquella discusión que en realidad era su forma natural de comunicarse y que centraba la atención del grupo momentáneamente.

—Hola de nuevo, criaturitas del señor, vais a flipar con esto. Mirad, mirad, un generador de taquiones. Sirve para viajar por el universo más rápido que la luz. Los taquiones también viajan por el tiempo, pero no nos han dicho nada de que podamos viajar en el tiempo, así que supongo que no saben cómo usarlos para que nos vayamos a visitar a Tutankamón. ¿A que mola? *Science, bitches!* Pues estáis viendo esto porque la NASA nos ha pedido ayuda. ¡En serio! Que sí, que ahora estamos en unas instalaciones secretas en Australia. Mirad, mirad eso del techo, y aquel logotipo, y esto es el generador de taquiones más de cerca, mirad cómo brillan los taquiones dentro de la urna que los almacena, y... por allí vienen tres científicos con cara de cabreados.

El científico que había huido despavorido de nosotros poco antes ahora regresaba cabizbajo y con expresión de haber cometido una infracción grave, escoltado por otros dos. Tras ellos, un hombre bajito y de mostacho enorme iba moviendo la mano y gritaba: «¡Chico, sal de ahí, chico!».

Retrocedí, alarmado, con tan mala suerte que tropecé, el portátil se me cayó de las manos y se deslizó hasta topar con la máquina de taquiones. Se produjo un chispazo diminuto, casi

inexistente, que solo yo pude ver. La pantalla del ordenador se puso negra como la tinta y luego emitió unos flashes azules, antes de regresar a la imagen normal.

Al recoger el portátil, en mi mente también se agolparon un montón de sensaciones e imágenes inconexas, como esos recuerdos que tienes de un sueño nocturno que van desapareciendo poco a poco. Era todo rarísimo.

Sacudí la cabeza, para aclararme las ideas, pero aquellas imágenes continuaban hormigueándome en el cerebro. Como ese sueño que intentas recordar nada más despertarte pero que se va desdibujando de tu memoria.

Cerré el portátil, lo cogí y salí de la sala rápidamente, con cara de turista japonés despistado que se ha colado en una zona prohibida del museo.

—Johnson, ¿cómo diablos los ha dejado solos? —gritaba el hombre bajito, que siempre parecía muy enfadado (creo que era su estado natural)—. ¿Se da cuenta de lo que habría podido pasar? Y tú, ¿cómo has entrado ahí?

—Yo... Ehh... —balbuceé.

—¿Es que no has leído el letrero que dice «solo personal autorizado»? ¿Y qué haces con un ordenador portátil encima? ¿Tiene cámara? ¿Quién diablos le ha dejado pasar con eso? ¿Acaso no tenemos arcos de seguridad? ¿Es que aquí no funciona nada bien? Me pasaré seis meses haciendo papeleo, pero os aseguro que vosotros vais a acabar peor que yo.

Aquel responsable que se ponía muy rojo al enfadarse se llamaba Desmond Morris. aunque prefería que le llamaran señor Morris. Era bastante bajito y creo que trataba de compensarlo elevando mucho la voz y mostrándose muy, muy enfurruñado con

todo el mundo. También le ayudaba a enfatizar su boca un enorme bigote de morsa. El señor Morris, entonces, se dirigió a todos nosotros.

—Chicos, disculpad, ya podéis ir pasando a la sala de control. Señor Peary, bienvenido a nuestras instalaciones. Los miembros del Directorio XY ya están en sus puestos. —Y el señor Morris empezó a caminar con paso firme por el pasillo, alejándose de nosotros.

La simple mención del Directorio hizo que la espalda se me pusiera rígida como una tabla. Aun así, tuve ánimo de gastarle una pequeña broma a Verkan, al que le dije con voz cavernosa:

—Los taquiones me han permitido ver el futuro y me han dicho que algún día voy a ser un Virtual Hero y que lo voy a petar.

Verkan entrecerró los ojos, sin saber si hablaba en serio o no. Lo irónico es que yo tampoco lo sabía: aquellas palabras venían a mi mente como si no me pertenecieran del todo. Lo mismo que te pasa cuando sueltas alguna burrada y luego te arrepientes y piensas que has sido poseído por otra persona muy burra.





CAPÍTULO 19

—¿Cómo estás? —pregunté a Robin con voz neutra.

—Preocupado por la situación. ¿Y tú?

—Y yo, claro, esto es muy raro, ¿no? Hace solo unos meses que escapamos del Directorio y...

—Me refería al Gran Apagón —me interrumpió muy serio.

—¡Ah, claro! Yo también. Si eso pasa, incluso esas piernas tan molonas que te han puesto dejarán de funcionar.

Robin me miró de soslayo, evaluando el alcance de mi comentario. ¿Le estaba echando en cara que se hubiera quedado en el Directorio a cambio de sus piernas biónicas? ¿Le mostraba verdadera preocupación por su futuro locomotriz? ¿Le estaba vacilando? Ni yo mismo lo sabía. Quizá era una mezcla de las tres cosas.

Entre nosotros había enemistad, pero también camaradería. Como me dijo Ogro, Robin no había faltado a su palabra: nunca reveló su paradero en el fondo del armario de mi dormitorio.

Antes de que tuviera que devanarme los sesos para seguir aquella conversación tan tensa, Yumi intervino:

—Wow, qué piernas más sofisticadas —le dijo arremangándose la chaqueta—. Mi brazo es mucho más simple.

Robin se ruborizó, y examinó el brazo de Yumi de cerca.

—Tu prótesis también es una verdadera... obra de arte — señaló. Y quizá aquel piropo iba mucho más allá del brazo biónico.

—¿Tú estudias en el Directorio? —preguntó entonces Yumi sonriendo y creando dos rendijas con sus ojos—. Estoy impresionada con la tecnología que habéis desarrollado aquí. Hemos visto el generador de taquiones. Es vuestro, ¿verdad?

—Sí —asintió—, y también se han impreso en 3D todas las sondas enviadas al espacio. Las que vais a pilotar.

—Increíble.

Flynn carraspeó. Oli también. Robin las miró. Se sostuvieron la mirada durante dos o tres segundos.

—Noto la tensión hasta yo —dijo Yumi.

—Digamos que las cosas no acabaron bien entre nosotros — intervino Verkan.

—Ya —suspiró Yumi—, otro caso de *backpfeifengesicht*.

Robin abrió muchos los ojos al oír aquella palabra alemana que el traductor universal era incapaz de interpretar.

—Una cara a la que dan ganas de darle un tortazo.

—Sabes lo que significa... —musitó ella asombrada.

—Bueno, sí, me gusta aprender palabras raras. Me gusta mucho leer. Y estoy acostumbrado a que mi cara... En fin, a que den ganas de darme un tortazo.

Robin habló mirándome de soslayo. Cuando le conocí en el Directorio XY, era el clásico empollón del que muchos estúpidos desalmados habrían estado dispuestos a abusar. Desde que había prescindido de su silla de ruedas, había cambiado. Más que un alumno que sufre *bullying*, ahora tenía pinta de *fucker*.

—A mí también me ha pasado siempre —dijo entonces Yumi.

—¿El qué?

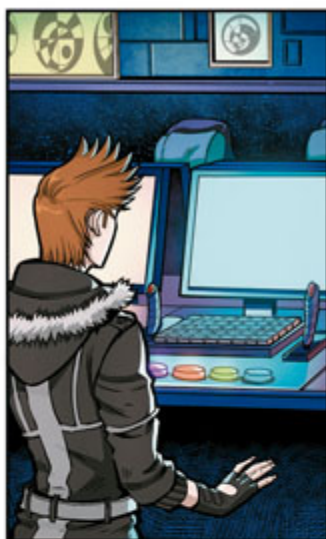
—Lo de tener cara de tortazo. Y lo de leer libros.

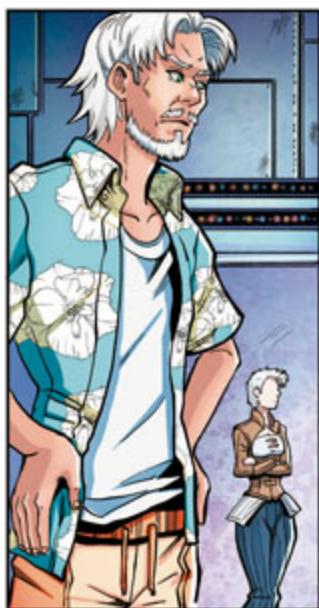
Los dos se habían quedado como hipnotizados, sin apartar la vista el uno del otro. Si Robin se había sentido excluido en el Directorio XY, me daba cuenta de que habíamos hecho algo parecido con Yumi. Por el simple hecho de que era muy diferente a nosotros, habíamos desconfiado de ella. Las personas que destacan por cualquier razón se arriesgan a ser la diana de los que se consideran normales. Era algo que yo también había sufrido, y no me había dado cuenta de que en parte me había comportado como no quería que se comportaran conmigo.

Robin era un buen tío, aunque fuéramos completamente diferentes. Yumi era una chica brillante, aunque sus mayores habilidades fueran distintas a las mías. No deberíamos haber olvidado eso nunca.

Entonces, Peary, nos interrumpió.

—Chicos, me han dicho que os podéis ir sentando por ahí.





—Un placer verle de nuevo, señor Doblas —me saludó entonces la profesora De Boer—. Sus creaciones del Taller 3D continúan vendiéndose muy bien.

—Ah —dije por decir algo, porque la verdad es que no sabía muy bien cómo comportarme ante una profesora de la que había escapado en mitad de la noche.

—Puede sentirse orgulloso, señor Doblas. Sus objetos son completamente inútiles, tiene mucho mérito.

—Se venden porque son de la marca Rubius, y ese es mi nombre —repuse—. A veces la utilidad de las cosas está un poco sobrevalorada.

De Boer frunció el ceño, asintiendo. Consideraba que no era el momento oportuno de discutir conmigo, porque ahora me necesitaban más que nunca.

—Bien, Rubius —admitió al fin.

Flynn, entonces, se aproximó a nosotros con ganas de pelea:

—Cualquier colegio es una cárcel del pensamiento libre —soltó, sonriendo desafiante.

De Boer reprimió una segura sanción a aquel comportamiento, pero ya no era nuestra profesora. Ya no tenía ningún poder sobre nosotros. A efectos prácticos, solo era una señora disfrazada con ropa del siglo XIX.

—Creo que estamos infringiendo la norma 342D del Directorio XY —añadió Oli desde los asientos de control de sondas—. Y solo por eso, todo lo que estamos haciendo mola el triple.

Los profesores del Directorio XY intercambiaron miradas de gravedad, pero finalmente optaron por retirarse a sus puestos, tras una enorme mampara en la que también estaban diversos

controladores de la NASA comprobando las lecturas en sus pantallas.

Me daban ganas de exclamar «boom» y ponerme unas gafas oscuras de *nigga*. Pero me abstuve. A pesar de que parecía que nosotros teníamos la sartén por el mango, no debíamos olvidar que estábamos en terreno enemigo.

En parte, me sentía como un espía que tiene que echar una partida al póker en el castillo del villano rodeado de todos sus secuaces. En realidad, supongo que los miembros del Directorio XY debían de sentir algo parecido. Aquella especie de armisticio temporal era necesaria para salvar el mundo, pero a la vez daba la impresión de que íbamos a saltar unos encima de otros.

Los cruces de miradas mataban. Los carraspeos helaban la sangre. Los cruzamientos de brazos suscitaban una gran inquietud. Sin embargo, las dos escuelas más antagónicas del mundo debían pasar por alto todo eso y concentrarse en los detalles de la misión. Y así lo hice yo también.

El señor Morris nos explicó los diagramas que aparecieron en las pantallas principales de la sala de control.

—Desde que empezó la misión ya hemos enviado casi cuatrocientas sondas a la lejana nube de Oort, pero en las maniobras se han destruido una decenas.

Peary enarcó una ceja irónica mirando desde lo lejos a Burakov.

—Eso es porque en el Directorio XY no tienen ni idea de pilotar —murmuró, y los miembros del Directorio se removieron, inquietos, evaluando si era el momento adecuado para discutir con Peary.

Supongo que consideraron que los detalles de la misión eran más importantes, porque todos guardaron silencio, y Burakov se limitó a mantenerle la mirada a su exnovio.

Según el señor Morris, la nube de Oort es una región que rodea todo el Sistema Solar y está compuesta por millones y millones de cometas de todos los tamaños, algunos tan pequeños como una simple canica y otros tan grandes como países. Era como uno de esos campos de asteroides que aparecen en los videojuegos, pero aquí no había piedras sino cometas formados, básicamente, por hielo y polvo.

—Fijar las sondas a los cometas es relativamente fácil —continuó hablando el señor Morris—, lo difícil es usar sus propulsores para desplazar el cometa al lugar que queremos. Ahí es donde entran en juego vuestras habilidades como gamers.

Me acordé de los recortes de periódico de la clase de Telepresencia. En ellos se aludía a las capacidades sobrehumanas de los gamers, sobre todo en la coordinación mano-ojo, y en sus especiales reflejos o habilidades para resolver laberintos o situaciones complejas en general. Cada vez había más empresas y organismos que recurrían a los gamers para llevar a cabo determinadas tareas. Aquella, sin embargo, era la primera vez que se depositaba tanta confianza en un grupo de aficionados a los videojuegos.

—Buf, cuántos indicadores —resoplé al sentarme en mi tablero de mandos. Era como una mesa de gamer, pero todo multiplicado por diez. Por suerte, la disposición de las lecturas y todo el software en general guardaba muchas semejanzas con lo que habíamos

usado en clase de Telepresencia. De hecho, pilotar drones en las profundidades oscuras del océano no debía de ser muy diferente a pilotar sondas en las profundidades del espacio exterior.

El plan, resumido en una sola frase, parecía muy loco: arrastrar gigantescos cometas de hielo hacia el Sol para calmar su actividad. De esa forma pretendían enfriarlo, aunque solo fuera un puñado de grados. No era una estrategia muy diferente a la presentada en la Tierra para hacer llegar agua a Dubái y que consistía en remolcar un iceberg por el mar, tipo el que hundió el *Titanic*, hasta las orillas de Dubái. En el fondo era lo mismo, pues los cometas son algo así como icebergs espaciales.

—Yo lo veo fácil —murmuró Flynn—, con las sondas fijadas es como si los cometas se hubieran convertido en naves con diversos propulsores en su superficie. Será como pilotar un dron gigante con aspecto de muñeco de nieve.

—¡Qué divertido! —exclamó Oli.

El señor Morris censuró aquella interrupción con un carraspeo.

—Maniobrar un cometa con cuatro propulsores que son en realidad cuatro sondas ancladas en su superficie no es nada fácil. Además, mientras viajéis hacia el Sol deberéis cruzar la influencia gravitatoria de todos los planetas de nuestro sistema, así como del cinturón de Kuiper, que contiene miles de asteroides... y todo ello a una velocidad endiablada gracias a los motores de curvatura alimentados por taquiones.

—¿Cuánto es mucha velocidad? —preguntó Verkan.

El señor Morris se tomó aquella pregunta como un desafío, así que respondió a bocajarro:

—Vas a recorrer un año luz en solo unas horas. Eso es una velocidad muy superior a la de la propia luz. ¿Te parece suficientemente rápido?

—No está mal —silbé.

—¡Vais a violar las leyes de la propia física! —intervino Burakov desde el otro extremo de la sala.

—Qué raro suena eso dicho por ti —le replicó Peary—, cuando lo dejamos no parecías muy conforme con lo de saltarse las leyes.

—A mí ahora me parece adictivo —añadió Oli, entusiasmada.

—¡Por favor!, un poco de silencio —volvió a gritar el señor Morris—. No tenemos tiempo para esto. La próxima tormenta solar podría desencadenarse en cualquier momento.

Yumi examinó más de cerca el diagrama de los motores de las sondas:

—Wow, motores de curvatura NHX de tracción modular para alcanzar velocidades supralumínicas.

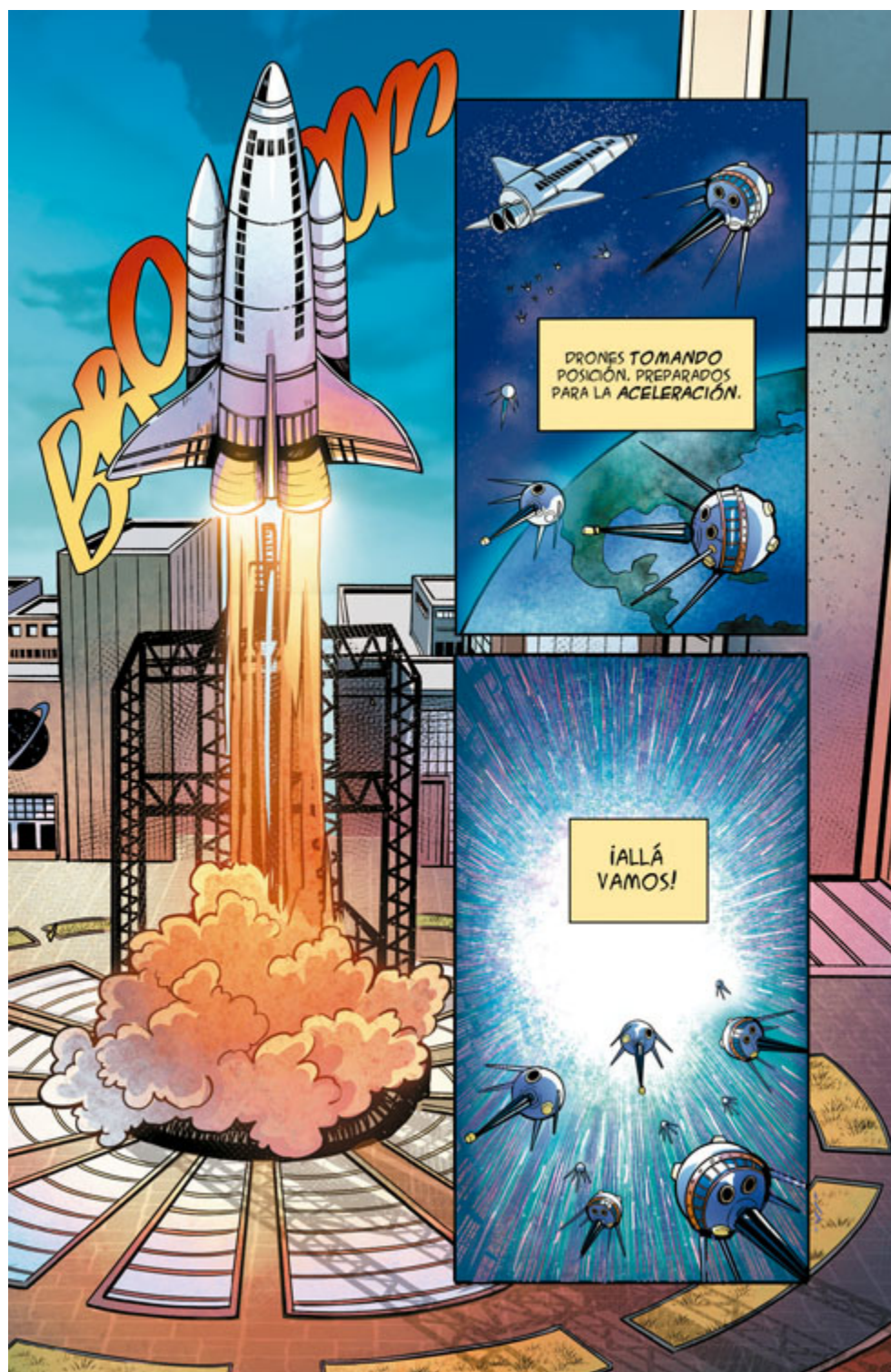
—Sí, yo he participado en su diseño —añadió Robin sonriéndole. Yumi le devolvió la sonrisa.

Y el señor Morris volvió a ponerse rojo de rabia.

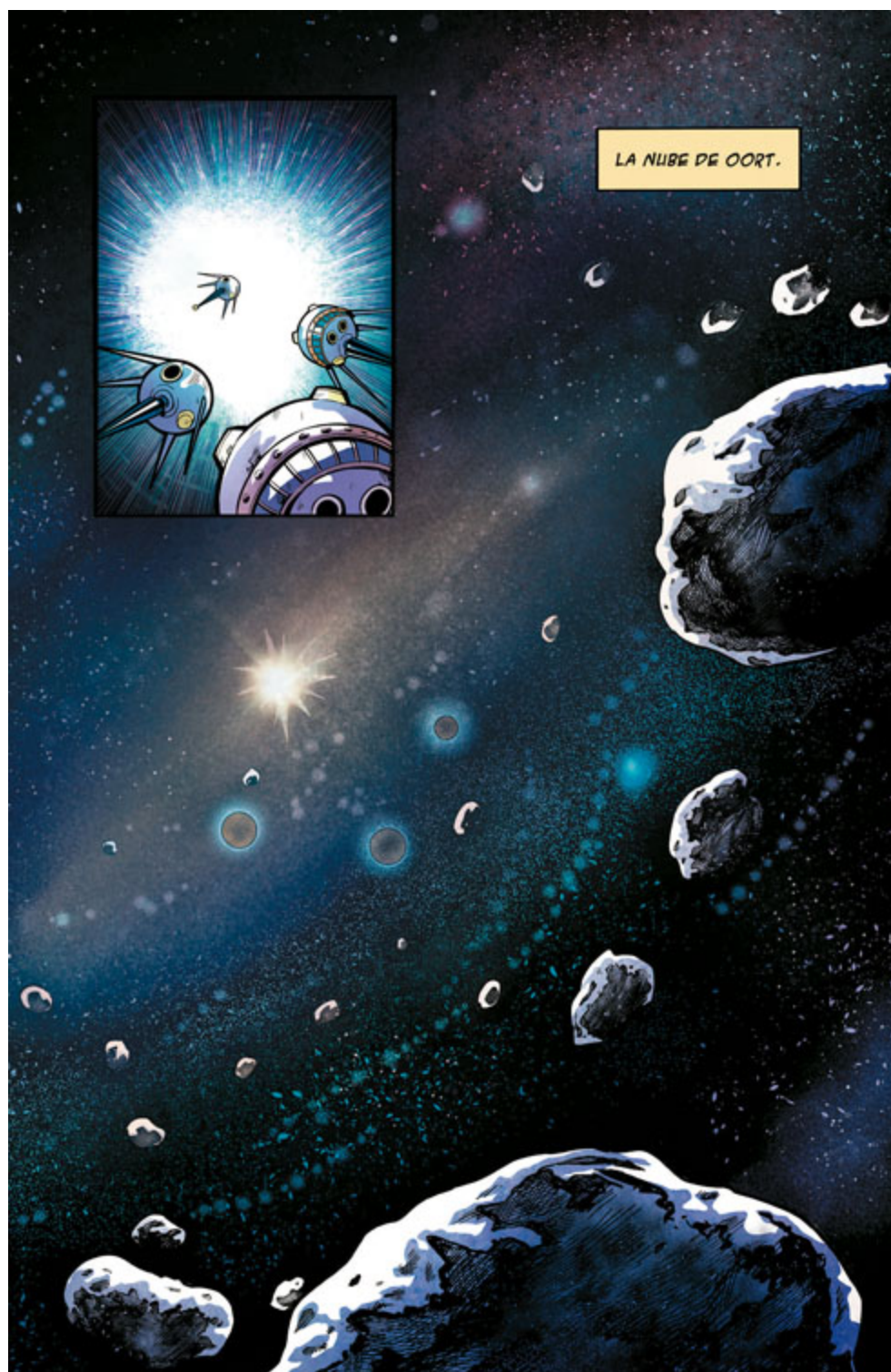
—Por favor, situaos en las consolas de mando.











LA NUBE DE OORT.

La mayor diferencia entre Telepresencia y aquella misión era a nivel estético. Como el Directorio XY estaba detrás de mucha de la tecnología que se usaba allí, todo tenía aspecto vagamente *steampunk*, como a ellos les gustaba. Y encima nosotros nos abrigábamos con su fondo de armario para supuestamente evitar subidas de tensión en el equipo debido a la electricidad estática. De alguna forma nos sentíamos como si estuviésemos de vuelta en el Directorio XY.

En total, éramos diez pilotos, ocho de los cuales procedían de Gamedonia. El Directorio solo había conservado a dos de los suyos, los que parecían más hábiles. Cada uno de nosotros se iba a encargar de pilotar doscientas cuarenta sondas. Para atrapar a un cometa, debían anclarse sobre su superficie cuatro sondas: una para propulsar hacia arriba, otra hacia abajo, otra hacia la derecha y otra hacia la izquierda (aunque en el espacio exterior los términos *arriba*, *abajo*, *derecha* e *izquierda* eran relativos). En total, pues, cada piloto trasladaría sesenta cometas. Entre todos, seiscientos cometas.

No eran muchos, comparado con los millones y millones de cometas que había en la nube de Oort, pero sí eran algunos de los más grandes. Uno en particular, que yo pilotaba, lo bautizamos como BigSnow. Casi tenía el tamaño de Australia. Era tan grande que costaba imaginarlo.

Resultaba increíble que solo cuatro pequeños propulsores incorporados en la sondas bastasen para moverlo. Pero en el vacío del espacio, un pequeño impulso era suficiente para acelerar cualquier cuerpo, por muy grande que fuera. En el fondo, aquellas maniobras se parecían a las de tratar de empujar enormes globos de helio con el dedo índice.

—Todos prevenidos —nos ordenó el señor Morris a través de los interfonos de diadema que todos nos habíamos colocado en la cabeza—, Rubius y Verkan, moved los cometas en primer lugar.

La negritud del espacio exterior provocaba vértigo. El entorno recordaba mucho a las profundidades del océano, donde habíamos practicado en clase de Telepresencia durante horas, pero la gran diferencia residía en que el fondo estaba punteado por miles de estrellas. Y que estábamos recorriendo una región jamás visitada por el ser humano, en los confines del Sistema Solar.

Con las sondas en todos los lugares prefijados, empezamos a trasladar los cometas. Cada propulsión hacía avanzar el cometa hacia una dirección. Si, por ejemplo, te pasabas con la propulsión hacia la derecha, luego tenías que activar brevemente la propulsión hacia la izquierda para recuperar el rumbo. Era realmente difícil mantener el control. Pero, poco a poco, comenzamos a enfilar hacia el centro del Sistema Solar. La cuestión era lograr situarnos en ruta para activar los motores de curvatura y así poner el turbo.

—Es increíble que estemos haciendo esto —suspiró Flynn concentrándose en la maniobra de su conjunto de sondas.

Las sondas cometarias eran engañosamente pequeñas: solo tenían treinta y cinco centímetros de lado y pesaban apenas cuatrocientos gramos, pero era suficiente para albergar paneles solares para captar energía, una antena de telecomunicaciones, un procesador central y sensores como un giroscopio y un magnetómetro. Sin contar el pequeño motor de curvatura. Gracias a los taquiones, la sonda podía alcanzar una velocidad teórica superior al millón de kilómetros por segundo. Es decir, tres veces la velocidad de la luz.

Esa velocidad de locos se conseguía gracias a los circuitos Alcubierre. Por mucho que me hubieran explicado cómo lograban curvar el espacio-tiempo para alcanzar tal velocidad, no lo asimilaba, así que hice caso a Oli:

—Es más fácil de entender si te imaginas al *Halcón Milenario* entrando en el hiperespacio —dijo resuelta mientras maniobraba su conjunto de cometas.

—Wow —exclamé—, así que ahora soy como Han Solo.

Verkan gruñó porque él no transportaba el cometa BigSnow, el más grande de todos. Aunque no podía quejarse. Él llevaba uno bautizado como 81T/Wild por la NASA que tenía seiscientos kilómetros de diámetro y una masa de dos trillones de toneladas.

—Está chupado —dijo.

—Sí, chupado como el helado de vainilla —repliqué yo.

Me acordé de una de las clases de Gamedonia a la que, en su momento, no le había encontrado demasiado sentido. Ahora, sin embargo, las destrezas que habíamos desarrollado en aquella asignatura, la del profesor Ventura, resultaban muy útiles.

La clase recordaba un poco al Taller 3D de Directorio XY. Una máquina enorme producía un fluido caliente que vertía en moldes de distintos tamaños, lo que te permitía obtener cubos que iban desde el tamaño de un grano de sal al de una caja de zapatos. Modificando la mezcla del fluido mediante distintas palancas, conseguías que este fuera más denso o menos, adquiriendo así nuevas propiedades. De esta forma, el cubo podía pesar más o ser más ligero, o ser más poroso o menos.

Los cubos se podían trasladar de un lugar a otro usando unos brazos robóticos. Escogías el punto exacto, y el brazo desplazaba el cubo y lo anclaba en otro cubo o en el suelo. Así podías construir

edificios, o cualquier cosa que se te ocurriera. La cuestión es que todo el escenario donde se manipulaban los cubos estaba en el interior de una cámara donde se simulaba la microgravedad.

No tengo ni idea de cómo lo conseguían, pero en aquella especie de campo de fútbol de paredes blancas, todo flotaba y quedaba suspendido en el aire, moviéndose de un lado a otro, rotando sobre sí mismo o chocando entre sí. Todos nosotros estábamos a resguardo al otro lado de las ventanas, y desde allí debíamos controlar los brazos robot para atrapar nuestras creaciones y evitar que se destruyeran. Si te equivocabas en la masa de un cubo, al final pesaba demasiado, o demasiado poco, eso propiciaba que perdiera el equilibrio.

—Esta clase no tiene nombre aún —nos había dicho el profesor Ventura—, es una clase que ha sido modificada expresamente para afrontar el estado de alerta en el que nos encontramos. Os servirá para comprender mejor cómo se comportan los objetos cuando no hay gravedad. Para complicar las cosas, voy a crear pozos gravitatorios en diferentes puntos del escenario. ¿Alguien sabe lo que es un pozo gravitatorio?

Como de costumbre, Yumi fue la única alumna que sabía la respuesta.

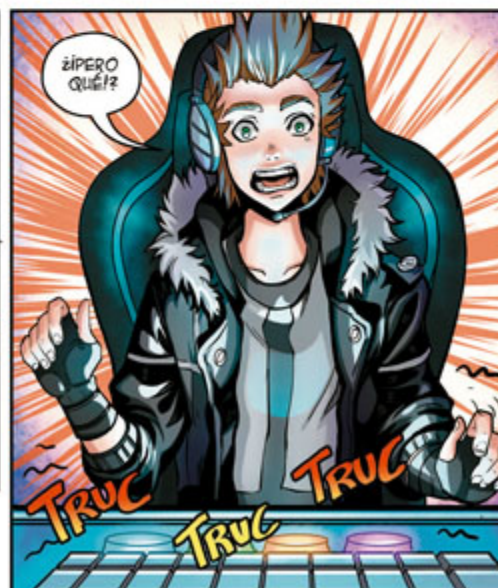
—La masa de los planetas es tan grande que curva el espacio-tiempo a su alrededor. Por eso existen las órbitas de los planetas.

Sorprendentemente, aquí Verkan parecía tener mayores habilidades que todos nosotros. Enseguida captó la lógica de las masas, los pozos gravitatorios, los atractores, las órbitas y otros conceptos que ninguno de nosotros había oído jamás. ¡Era un lío! Por eso, Verkan y Yumi se convirtieron enseguida en los favoritos en la NASA.

Todos los cometas estaba ya en rumbo hacia el Sol, en el centro del Sistema Solar. Ahora solo quedaba el acelerón. Era como preparar un cargamento de bolas de nieve y disponerse a lanzarlo contra la víctima.

A pesar de que las instalaciones de la NASA estaban a una temperatura de apenas diez grados para evitar sobrecalentamientos en los sistemas, empecé a tener calor. Llegaba el momento.







CAPÍTULO 20



MULTIPLICAMOS LA
VELOCIDAD POR CIENTO.







—Vas muy bien —señaló Robin a través de los auriculares de diadema refiriéndose a Yumi. Y esta sonrió, convirtiendo sus ojos en rendijas adorables donde cualquiera desearía meter sus ahorros,

moneda a moneda.

—Gracias —dijo ella sin dejar de concentrarse en las más pequeñas fluctuaciones de su conjunto de cometas.

Ramona, Jyn y Dayo también gobernaban sus cometas con gran soltura. Sin embargo, yo empecé a tener un problema. Uno de los gordos. Mi 45R/Hatler, bautizado coloquialmente por todos como BigSnow, comenzaba a desviarse. Por mucho que trataba de corregir el rumbo, activando el propulsor de la sonda de estribor, nada cambiaba. Mi propulsor no funcionaba correctamente.

—Anomalía taquiónica —informó uno de los controladores del equipo de telemetría—, no hay comunicación.

Por más que apretaba el botón, la señal no llegaba a la sonda de estribor del BigSnow. El cometa empezó a caer en picado... hacia la Tierra. Tragué saliva, tratando de cambiar el rumbo usando las otras tres sondas.

El señor Morris ya se había levantado de un salto de su silla y dibujaba un rápido gráfico en una pizarra de la pared. Con unas líneas simples y directas mostraba la Tierra, la Luna y la trayectoria del BigSnow. Debajo de la trayectoria escribió unas complejas ecuaciones.

—Tenemos dos minutos para impacto... Australia —exclamó el señor Morris.

Era todo tan irónico. Estaba a punto de estrellar un cometa del tamaño de Australia en Australia, el lugar donde estábamos todos en ese justo momento. No sabía si íbamos a evitar el Gran Apagón pero, si no hacía algo rápidamente, iba a cargarme una parte importante de la Tierra.

El señor Morris y otros controladores nos informaron de que, tras el paso del cometa por la atmósfera, este se fragmentaría. La mayoría de los fragmentos se precipitaría hacia el océano Pacífico. Uno de ellos, según los cálculos probabilísticos realizados por ordenador, iba a caer justo en el centro de Australia. Sobre Gamedonia. ¡Toma ya!

Todo era tan casual que en mí se despertó la sospecha de que detrás de todo ello estaba el Directorio XY. Era su tecnología, era su plan de salvación. ¿Por qué no evitar el Gran Apagón a la vez que, de paso, destruían Gamedonia?

—Al menos no caerá sobre nuestras cabezas —farfulló Verkan, aunque el sudor que corría por su frente delataba que estaba tan preocupado como yo.

Miré de reojo a Burakov. Se mantenía impassible al otro lado de la mampara, rodeada de otros profesores. Su mirada gélida no me dejaba intuir si maquinaba algo contra nosotros. No parecía preocupada, pero Burakov nunca lo parecía. Peary, sin embargo, se amasaba las manos con nerviosismo.

—Dejádmelo a mí —dijo entonces Flynn a través del intercomunicador. Desplegó su portátil y empezó a aporrear el teclado a gran velocidad.

—¿Qué hace? —ladró el señor Morris—. ¡Vuelva a controlar sus cometas!

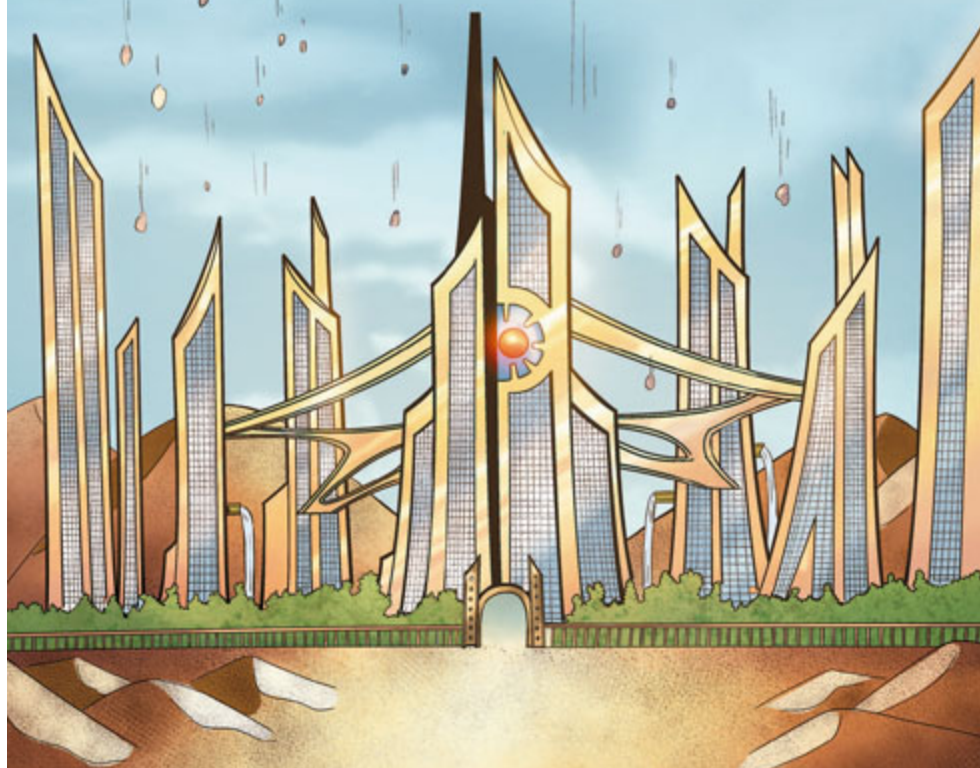
—*Hackear* el LaserDock, eso es lo que hago —respondió ella sin dejar de teclear.

De pronto supe lo que Flynn se proponía hacer. Iba a volar por los aires el BigSnow.

El BigSnow ya había empezado a cruzar la atmósfera terrestre, y el calor de la fricción comenzó a resquebrajar la superficie helada. Algunos fragmentos se fueron destruyendo en la reentrada. Otros se dirigieron hacia el Pacífico. Sin duda, iban a generar grandes columnas de agua tras su impacto. El mayor fragmento de todos, sin embargo, se dirigía en rumbo de colisión contra la zona donde estaba Gamedonia.

Y entonces Flynn lanzó un Kame Hame Ha.





Mientras Flynn había estado *hackeando* el LaserDock, solo podía oír el oleaje del torrente sanguíneo instalado en mis tímpanos. Mi corazón acelerado también provocaba que los mandos temblaran en mis manos. Pero ¡lo había logrado! Flynn era verdaderamente una genio. Verkan debía de sentirse orgulloso de tenerla a su lado. Algo de lo que estaba seguro si me fijaba en cómo la miraba. También yo me sentí orgulloso de que fuera mi amiga. Y de estar con Oli. Y de estar allí, en mitad de una misión para salvar el planeta.

De hecho, debía concentrarme en la misión. Más tarde habría tiempo para recrearme en la sensación de estar con el mejor equipo de gamers del mundo.

—Rumbo seis dos —dije a través de mi intercomunicador al resto de mi equipo.

Todos maniobraron sus cometas y se situaron detrás de mí. Flynn, la más rezagada, guardó su portátil y se ocupó de nuevo de la telemetría de su grupo de bolas de nieve gigantes.

Ya habíamos cruzado la órbita de la Tierra. Solo faltaba atravesar las de Venus y Mercurio. Empezábamos a aproximarnos al Sol a una velocidad de locos. ¡Ya faltaba poco!

—¡Vamos, chicos, ya lo tenemos! ¡Música a tope!

La música subió de volumen. Todos nos dejamos llevar por ella. Los cometas aceleraron en dirección a esa enorme bola de hidrógeno ardiendo a miles de millones de grados que era el Sol.

—Soy el carrito del helado, helados de fresa, helados de limón... —iba canturreando yo para quitarme los nervios de encima.

Oli se carcajeaba. Verkan negaba con la cabeza.

—Pero ¿qué dice ese chico? —oí que protestaba el señor Morris al resto del equipo de la NASA.

Con el rabillo del ojo, atisé que Burakov también me miraba con cierto rencor. Y luego su mirada saltaba a Peary, que volvía a sonreír y movía su cuerpo al son de la música. Su manera de bailar era tan ridícula que también creí distinguir una sonrisa en los labios de Burakov.

Supe en ese instante que Burakov aún sentía algo por Peary. Y que seguramente era recíproco.

—Cuidado, Verkan —protestó entonces Yumi, que se vio obligada a cambiar ligeramente la trayectoria de un cometa para dejar paso a uno enorme que Verkan había acelerado hasta ponerse en cabeza.

Ya sabéis que Verkan siempre quiere ser el protagonista. No hay que tenerse en cuenta.

Las ondas de calor del Sol ya estaban muy cerca de nosotros, lo que provocaba mayores perturbaciones en la trayectoria de los cometas. Estos, de hecho, habían empezado a derretirse, dejando tras de sí gigantescas colas, como cabelleras cósmicas. Como si fueran el cometa Halley pero multiplicado por mil. Los cometas más grandes también comenzaron a eyectar columnas de vapor de agua, como si se hubieran despertado diversos géiseres en la superficie.

—¡Qué bonito! —exclamó Oli.

Sí, era todo un espectáculo. Pero también era engañosamente bonito. En realidad, aquel derretimiento del cometa, si bien solo reducía un uno o un dos por ciento de la masa de todo el cuerpo, era suficiente para que este se bamboleara. Cada géiser funcionaba, en realidad, como un propulsor.

Como si pincharas un globo y el aire escapara lentamente por su abertura.

El globo, entonces, tendía a moverse hacia el lado contrario en el que tenía el pinchazo. Cuando lograbas corregir el rumbo con el propulsor de la sonda, otro géiser en otro lugar del cometa originaba otro cambio de rumbo. Era como tratar de gobernar un dron de un trillón de kilos que no soltaban otros pilotos diferentes.

—Maldita sea —gruñía Verkan—, no dejan de desviarse como si estuvieran borrachos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en tono paródico—. ¿No decías que eras el mejor en Telepresencia?

Verkan estuvo a punto de lanzarme una mirada llena de furia, pero se abstuvo.

Aquella era la parte más delicada del viaje. Podíamos perder todos los cometas en cuestión de segundos.

—Esto es la fase final —murmuré yo—, el big boss.

Pero era el único que aún tenía algo de energía mental para murmurar. El resto de mis compañeros estaban tan concentrados en corregir el rumbo de sus respectivos cometas que no se permitían pensar en nada más. Ni siquiera mandar la orden a la boca para que esta pronunciara cualquier ocurrencia.

Era el juego más difícil al que habíamos jugado nunca. El problema es que ni siquiera era un juego. Era la vida real. Esa vida real que tanto defendía el Directorio XY y que tanto trataba de evitar Gamedonia.

—Uff —oí que resoplaba Verkan. Uno de sus cometas se había descontrolado y se estrellaba en Mercurio.

Oli también perdió otro.

No podíamos permitirnos más fallos. Concentración máxima. Mientras mis manos saltaban por el teclado y el *joystick* me sentía como un músico que estuviera interpretando una complicada pieza

con el piano. Si un dedo me resbalaba y producía una nota disonante, entonces se estropearía toda la pieza. Mis dedos estaban tensos. Mi corazón se aceleraba. La muñeca me dolía, pues había perdido la posición suelta y relajada debido a la vertiginosa velocidad a la que ya viajaban los cometas.

La velocidad, de hecho, era endiablada.

La concentración se reflejaba en el rostro de todos aquellos gamers. Los dedos y las manos ya estaban borrosos sobre los mandos. Las mandíbulas estaban tan apretadas que amenazaban con crujir, como si cascaran nueces.

Estoy convencido de que todos los profesores del Directorio XY nos contemplaban con admiración. Y que el equipo de la NASA no daba crédito a la asombrosa habilidad que podía desplegar un grupo de chavales que había echado muchas horas a los videojuegos.

Creo que fue entonces cuando todos empezaron a mirarnos con respeto. Incluso el señor Morris, por primera vez desde que habíamos llegado, ya no nos trató como a niños consentidos, sino como a un equipo de élite.

—Son buenos, ¿eh? —dijo entonces Peary dirigiéndose a Burakov.

Ella asintió. Y se miraron. Quizá recordaron su pasado juntos.

Lendermain se inclinó un poco más hacia la mampara para contemplarnos, tratando de no entusiasmarse demasiado para que su identidad de infiltrado en el Directorio XY no saliera a la luz. Algunos miembros de control de la NASA reprimieron su ansia por aplaudir aquella forma de pilotar enormes bloques de hielo hacia la corona del Sol.

Entonces, justo entonces, llegó la mala noticia. Yo la presagí un segundo antes, cuando distinguí una ráfaga corta, como la luz parpadeante de una discoteca, en una esquina de mi pantalla. Un cálculo erróneo de Yumi, la siempre perfecta Yumi, había hecho que uno de sus cometas colisionara con otro de Verkan.

—¡Cuidado! —grité.

Pero ya era tarde, los dos cometas chocaron. Tras un crujido sordo (porque en el espacio no puede oírse el sonido), se formaron miles y miles de fragmentos de cometas descontrolados que se interpusieron en nuestra ruta.

Mierda, ahora debíamos esquivar cientos de obstáculos, y encima a Verkan le pasaba algo raro...





No íbamos a conseguirlo.

Tomé el control de los cometas de Verkan y traté de cambiar el rumbo para evitar aquella lluvia de fragmentos que se nos venía encima.

—¡Está nevando! —exclamó Oli.

—Sí, copos de mil kilos cada uno —puntualicé en tono sombrío.

Si nos equivocábamos, íbamos a perder todos los cometas, que empezarían a chocar contra los fragmentos y, luego, unos contra otros. Sería imposible de controlar.

Cuando todo parecía perdido, escuché una voz que tartamudeaba en mi oído. Una voz que me resultaba familiar.

—Luke, us-sa la-la Fuerza.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza.

—Que uses tu instinto, Ru-bius.

—¿Ogro? —exclamé. Todos me miraron, y al segundo me arrepentí de haber dicho aquel nombre.

Vi de reojo cómo Burakov se tensaba por la intromisión de un gamer que no estaba allí presente. Morris también exigía a Control que le explicara de dónde diablos venía esa voz.

—¡Localicen la señal! —ordenó Burakov. Creo que en ese instante empezaban a sospechar quién podía ser Ogro. Aquel tartamudeo debía resultarles tan inconfundible como a mí.

—Está encriptada —dijo uno de los controladores de la NASA.

Estaba alucinando. Ogro se había conectado al sistema desde su guarida en el Directorio XY y empezaba a tomar el control de algunas sondas para facilitarnos el control de los cometas. Debía admitir que sus habilidades eran extraordinarias. Tampoco era extraño teniendo en cuenta que llevaba varios años encerrado en un zulo, y su única distracción era jugar a los videojuegos.

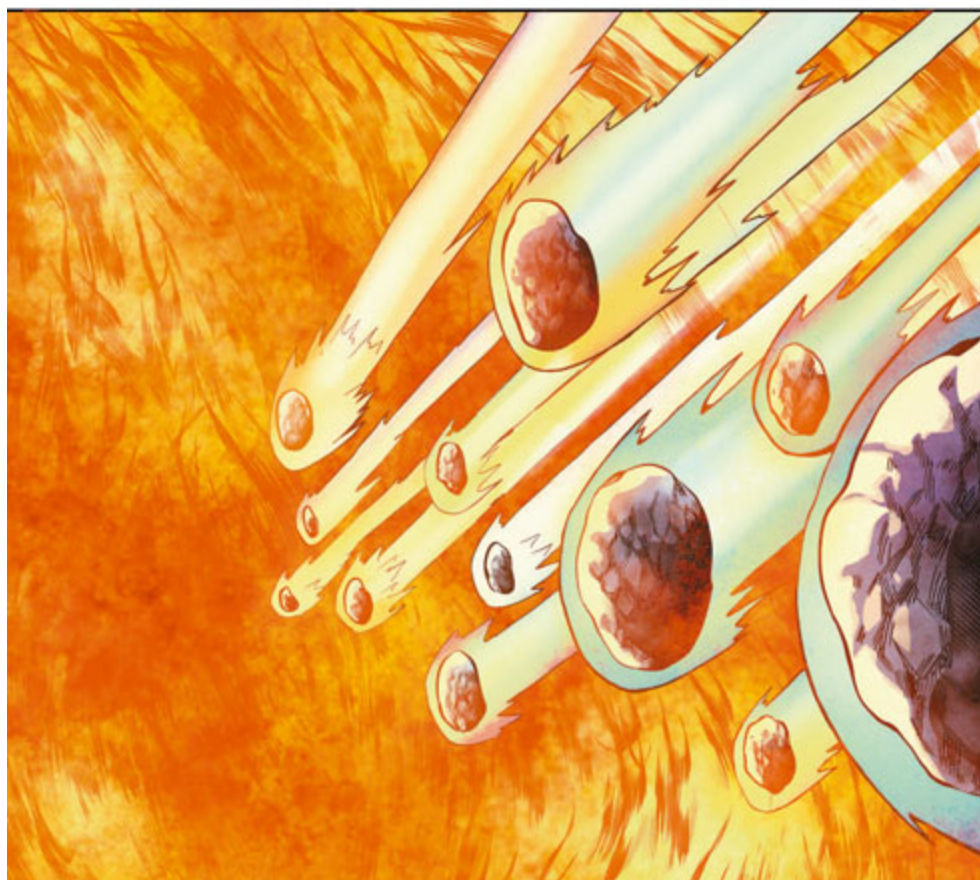
—Me gustaría que alguien así pudiera entrar en Gamedonia —
murmuró Peary abriendo mucho los ojos.

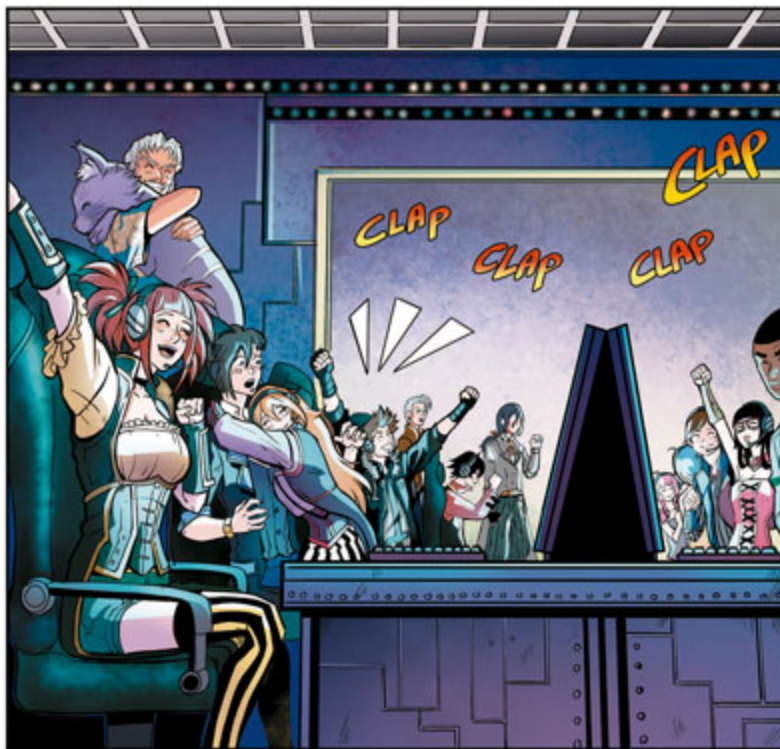
CAPÍTULO 21

¿ME-ME
ECHARAS DE
ME-MENOS?

ESTA-TABA
ATENTO PO-POR
SI ME NE-NECESI-
TABAIS.







No me lo podía creer. Lo habíamos conseguido. ¡Felicidad over 9000!

Supuestamente, aquellos trillones y trillones de litros de agua congelada iban a hacer disminuir la temperatura del Sol un buen puñado de grados. Solo durante un rato, eso sí, pero lo suficiente como para calmar posibles erupciones solares durante las próximas décadas. Eso es, al menos, lo que los informes de la NASA habían constatado. Y si lo decía la NASA, por mí valía.

Tras conseguirlo, pues, recuerdo que todos gritamos, saltamos y nos abrazamos. Eché de menos que Ogro estuviera allí para abrazarle también. Sin él, no lo habríamos conseguido. Solo esperaba que no le encontraran ahora que se había expuesto tanto.

Por el momento, no debía preocuparme por eso. El entusiasmo era tan extremo que incluso los miembros del Directorio XY ya no se me antojaban enemigos, o al menos no del todo. Además, si te fijabas mucho, te dabas cuenta de que Burakov formaba una mueca con la boca que parecía una sonrisa. Una sonrisa que se le congeló cuando Timothy Peary se acercó a ella y, sin más preámbulos, la estrechó entre sus brazos. Fue la primera vez en mi vida que vi a Burakov ruborizándose.

Hasta el señor Morris gritaba de júbilo y se abrazaba con otros empleados de la NASA. Ya no parecía ese jefe acomplejado por su baja estatura.

—Complejo de Napoleón esfumándose en tres, dos, uno...

—¿Qué es eso del síndrome de Napoleón, Oli? —pregunté.

—Pues compensar lo de ser un retaco yendo de histérico por la vida.

Me entró la risa floja. Era una casualidad que los dos hubiéramos pensado lo mismo, pero no se lo dije. Solo la miré con una inmensa ternura (aunque mezclada con las lágrimas de la risa y

de la emoción del momento, todo hay que decirlo). Los videojuegos no desaparecerían. Ni la tecnología. Ni la luz de las bombillas. Ni Gamedonia.

—Ya no hay peligro de que me quede sin mis largas siestas mientras escucho música —añadió Flynn, como si también me hubiera leído el pensamiento—. Lo cual merece una gran siesta. La que me voy a pegar en cuanto volvamos a Gamedonia.

—Yo no voy a perder el tiempo —le replicó Verkan—, las clases de Telepresencia van a continuar adelante y voy a demostraros quién es el mejor piloto de...

—¿No te apetece una siestecita conmigo? —le interrumpió Flynn haciéndole ojitos.

Creo que nunca en mi vida había visto a Verkan tan colorado como en ese instante.

Todos estábamos tan contentos que, por un segundo, nos dio igual compartir instalaciones con el Directorio XY. Habíamos salvado el mundo. O, al menos, la amenaza de una tormenta solar parecía un poco más remota.

Fue una sensación que exprimimos al máximo, porque un sexto sentido me susurraba al oído que aquel día iba a ser el último día feliz en nuestras vidas. Pero no quiero *spoilearos*, eso os lo explicaré en otra aventura.

Lo que queda por explicar en esta son dos cosas extrañas. La primera es que Yumi, en aquel ambiente de celebración en el que incluso el señor Morris aplaudía y sonreía bajo su bigote, se había acercado a Robin y le había abrazado. Los dos se sostuvieron la mirada. Y las chispas saltaron entre sus ojos.

Un rato después, cuando ya estábamos a punto de regresar a Gamedonia, Yumi nos comunicó que ella se quedaba.

—¿Cómo que te quedas? —exclamó Peary, apesadumbrado, como si hubiera sido sepultado por una tonelada de piedras.

—Lo siento, lo siento de verdad. Pero me he dado cuenta de que tengo que quedarme en el Directorio XY.

Todos intercambiamos miradas de incompreensión. ¿Qué había pasado?

Burakov puso una mano sobre el hombro de Yumi, dirigiendo de nuevo su mirada gélida a Peary.

—Tim, se viene con nosotros, ya lo has oído. Ya arreglaremos todo el papeleo y hablaremos con sus padres. No te preocupes por nada. Es su decisión.

—Ya —se limitó a responder Peary frunciendo el ceño.

—¿Hemos hecho algo que te molestara? —se adelantó Oli con cara de preocupación.

Todos nos sentíamos en cierto modo responsables de que Yumi hubiera abrazado el otro bando, el lado oscuro, la facción antigamer. Porque nunca la habíamos acogido en nuestro grupo. Porque siempre la habíamos mirado con suspicacia. Porque nos parecía extraño que siempre leyera y dijera que todo estaba en los libros. Incluso éramos incapaces de entender su palabra rara en alemán, una palabra que Robin sí que había captado a la primera.

De hecho, Robin se puso a su lado y me miró desafiante.

—Es hora de irse —dijo con una frialdad que trataba de competir con la mirada de Burakov. Lendermain, en segundo plano, bajó los ojos.

—No es por vosotros —trató de aclararnos Yumi antes de despedirse—, es por todo. De hecho, fuisteis vosotros los que me abristeis los ojos cuando dudasteis de que fuera una infiltrada del Directorio. Me dijisteis que tenía un brazo biónico. Que me

interesaba mucho por la realidad, más que por los videojuegos. Me di cuenta de que teníais razón. Mi lugar no está en Gamedonia. Siempre estuvo aquí.

—Mucha suerte, Yumi —dije yo entonces, abatido—, espero que nos volvamos a ver algún día.

Aquella victoria en la misión, pues, fue un tanto agridulce.

—Jo, me he quedado un poco chof —decía Oli mientras nos cambiábamos de ropa en los vestuarios. Ahora ya empezábamos a vestir como gente normal. Yumi, por cierto, se quedó vestida al estilo *steampunk*.

—Ha sido un palo, la verdad —la secundó Flynn.

Por eso, durante nuestro regreso en furgoneta, atravesando las desérticas tierras del *outback*, gasté bromas sin parar, solté muchas tonterías para hacer reír a Oli de nuevo, y mencioné a los reptilianos para hacer rabiar a Verkan. A Flynn le dije que yo también iba a *hackear* el LaserDock en cuanto llegáramos a Gamedonia y que, con él, iba a proyectar de nuevo la señal de Batman en el cielo.

Oli y Flynn aplaudieron. Verkan meneó la cabeza.

—¿Quieres saber la opinión de un chico bien educado y de familia de prestigio sobre por qué esa señal tuya tiene un gusto pésimo?

—Sí, quiero. Pero me basta con la tuya —le repliqué, sonriéndole.

—Eh... muy gracioso.

Y entonces le abracé. Verkan se puso tan tenso que sentí que abrazaba el tronco de un árbol.

—Veo que queréis continuar lo de vuestro beso en Uluru —nos guiñó un ojo Flynn.

—Buscaos un hotel —añadió Oli.

Me separé de Verkan. Me esperaba su mirada de odio. Y la recibí, naturalmente. Pero luego sonrió. Yo también lo hice. Y, de repente, los dos nos empezamos a reír a carcajadas. Creo que habíamos experimentado tanta presión durante aquella misión que por fin podíamos relajarnos. Y reír sin control es la mejor forma de relajarse.

También de tratar de olvidar que no pasa nada malo.

Nos comportábamos como el niño que canta mientras atraviesa un bosque tenebroso para no pensar en lo que escondían las sombras. Sobre todo yo, que aún recordaba vagamente las inquietantes imágenes que se habían formado en mi cabeza tras tocar mi portátil.

—Oíd, chicos —dijo entonces Peary—, ¿no os parece que la Burakov estaba muy mona?

Todos nos miramos sin comprender, y entonces nos echamos a reír.

Ahora me doy cuenta de que en realidad estábamos posponiendo las malas noticias que yo estaba a punto de descubrir. Debido a que mi portátil había tocado durante un segundo el generador de taquiones, dejándose contaminar por unos cuantos miles de aquellas partículas que se habían colado en su disco duro, ahora allí se almacenaba información que no solo procedía del pasado, sino del presente y del futuro.

En mi portátil había vídeos del futuro. Estaban todos en su disco duro. Todos ordenados cronológicamente. Desde el primero hasta el último.

Podría saber lo que nos esperaba porque podía escucharme a mí mismo contándoselo al Pecas. Podría confirmar la mala espina que me habían suscitado aquellas imágenes borrosas en mi mente

debido a que los taquiones también se habían mezclado con mis neuronas.

Cuando llegáramos a Gamedonia, necesitaba mirar a fondo el contenido de mi disco duro, asegurarme de todo.

Gamedonia se recortaba ya en el horizonte. Los últimos rayos del sol de la tarde le arrancaban brillos, como si los edificios fueran lingotes de oro. De fondo, sonaba alguna canción de los setenta que Tim Peary había sintonizado en la radio. Peary comenzó a tararearla. Poco a poco, nos unimos a él. Creo que Peary también cantaba para ahuyentar las sombras. Unas sombras que tenían forma de Burakov.

—Qué pena que en unos días ya empiecen las vacaciones de Navidad —dijo entonces Oli—, os echaré de menos.

¿Sabéis una cosa? Justo en ese momento me hubiera gustado besar a Oli. Ojalá lo hubiera hecho. Porque ahora sí que la echaba de menos de verdad.

CAPÍTULO 22

No os podéis ni imaginar el tiempo que se necesita para ver todos los vídeos que iba a grabar. Eran años y años de material. Al principio, todos los dedicaba a mi Pecas, pero no tardaría en aparecer una plataforma llamada YouTube en la que iba a poder compartir aquellos contenidos con todo el mundo. Era de locos. Además, tenía millones de fans. ¡Menuda rabia iba a darle a Verkan aquello!

Gracias a que todos los archivos disponían de una fecha y una hora de creación, podía saber justo el momento en que los grabaría. Así, aproximadamente, tenía la posibilidad de calcular cuándo iba a pasar todo lo que allí narraba.

Era una sensación extraña conocer tu futuro gracias a unos vídeos que todavía no habías grabado. Era como ver a un pitoniso en la tele, solo que el pitoniso eras tú mismo con unos años más encima.

Vi todos los vídeos una y otra vez. Empecé a conocer más mi futuro que mi presente. Y en mi rostro se dibujó una sombra perpetua de preocupación.

Una vez que hube comprobado que todas las pruebas estaban en mi portátil taquiónico, el primer ordenador de la historia que te contaba el pasado, el presente y el futuro, tuve claro que tendría que pedir ayuda a mis amigos.

—¿Os acordáis del holograma que apareció en mitad de la clase del Directorio XY? —les dije—. ¿Ese que se parecía un poco a mí y decía cosas como «Rubius» y «Mangel»...? Era yo de verdad.

Como los taquiones pueden estar simultáneamente en todos los sitios de una línea temporal, resulta que mi portátil, desde siempre, había sido taquiónico. Y, por tanto, ya lo era cuando iba al Directorio XY. Es un poco lío, lo sé. Es como preguntar qué fue antes, ¿el huevo o la gallina?

Ahora todo empezaba a encajar. Era el momento de regresar a Gamedonia.

V ACABARON
LAS VACACIONES
DE NAVIDAD.

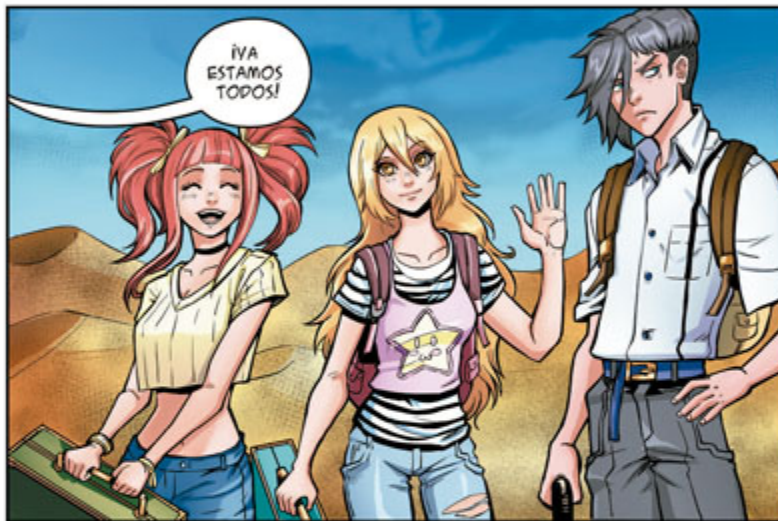


CORTAS, PERO TUVE TIEMPO
PARA REFLEXIONAR SOBRE
LO QUE DESCUBRÍ GRACIAS AL
GENERADOR DE TAQUIONES.



TENÍA QUE
CONTAR TODO
A MIS AMIGOS.







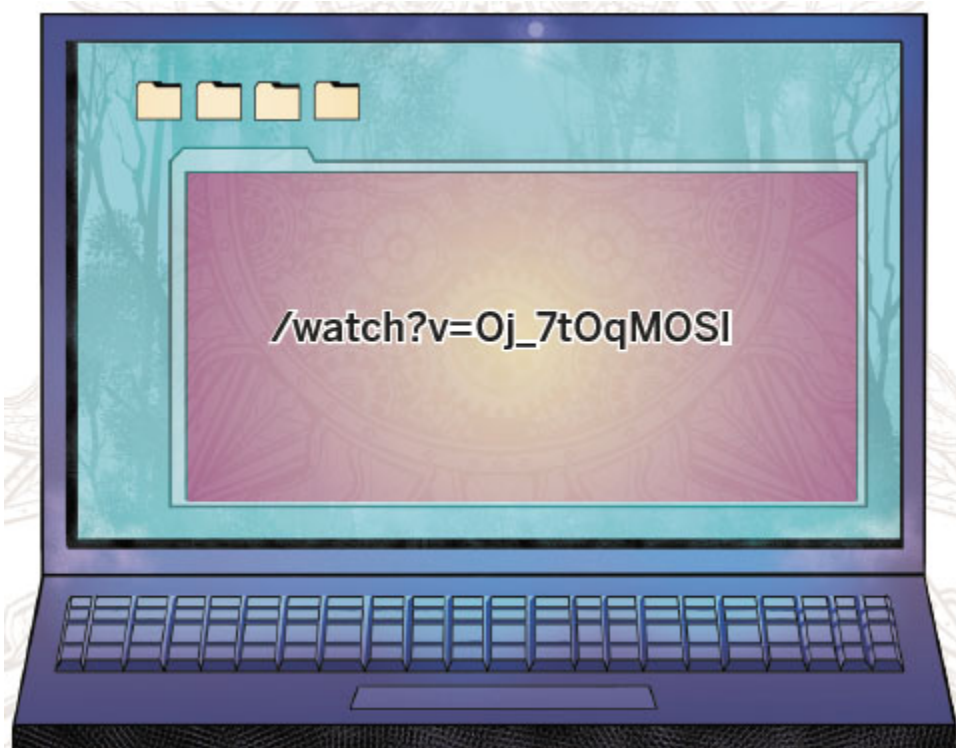
—¿Has descubierto que te pasaré la mano por la cara en Telepresencia? —preguntó Verkan, desplegando su sarcasmo típico de la casa.

Le miré con gravedad, pero no dije nada. No le repliqué con mi agudo ingenio. En aquella ocasión, no empezamos uno de nuestros intercambios de indirectas. Hasta Flynn le dio un codazo para que se callara. En ese instante, Verkan se dio cuenta de que algo muy serio pasaba.

Saqué el portátil y lo abrí frente a ellos. Sabía que no me creerían si no les ofrecía una prueba contundente.

—¿Qué son esos números y letras sin sentido? —preguntó Oli. Suspiré y sentí todo el peso del futuro sobre mi pecho.

—Ahora lo veréis. El vídeo no se escucha muy bien, pero las pistas son muy claras —le respondí mirándola fijamente a los ojos. Y dicho esto, le cedí la palabra a mi otro yo, en la pantalla...



Gamedonia. Escuela de gamers II
elrubius

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Gamedonia. Escuela de gamers II*

© Minerva Miralles Oliver, por layout, entintado, supervisión de color y rotulación, 2018

© Verónica López Pachón, por el color, 2018

Diseño de interior: María Jesús Gutiérrez

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Tipografía del título: Sergio Galarza

© elrubius, 2018

Redacción y versión final del texto: Sergio Parra y Josep Busquet, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda/ Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-270-4508-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com